SEMINARIO CRISTO REY
BIBLIOTECA
JUAN RODRIGUEZ CORREA 1361

EL LEGADO DEL SIGLO XIX

TEMORES Y ESPERANZAS

RESPECTO DE LA SOCIEDAD MODERNA

PASTORAL DEL EXMO. Y RVMO. SEÑOR ARZOBISPO

PUBLICADA EN FORMA DE FOLLETO

COLEGIO JACKSON DE SAN JOSE
BIBLIOTECA
MANGA - MONTEVIDEO

MONTEVIDEO

TIPOGRAFÍA URUGUAYA DE MARCOS MARTINEZ
Calle Buenos Aires 155, Esq. Misiones
1901

278.952
SOLt

EL LEGADO DEL SIGLO XIX

TEMORES Y ESPERANZAS RESPECTO DE LA SOCIEDAD MODERNA

INTRODUCCIÓN

Por ser esta la vez primera que os dirigimos la palabra al comenzar del siglo XX, nos ha parecido oportuno daros una idea sintética del siglo que acaba de espirar para examinar el legado que nos deja y por ende poder barruntar el porvenir que nos espera, segun la marcha del siglo que empieza á figurar en los anales de la humanidad.

Apesar de ser una de las más graves la crísis actual por que atraviesa la Iglesia, como en la víspera de grandes trasformaciones, crísis igualmente grave para la civilizacion contemporánea, no podemos ni debemos temer de su porvenir ni de su triunfo definitivo, que tienden á acelerar los mismos males y peligros pavorosos que amenazan á la sociedad moderna.

La historia de diez y nueve siglos nos ha curado de espanto y de pusilanimidades; la barquilla de Pedro es insumergible, por mas asaltos que sufra en medio de las más bravías tempestades.

Más, para que no vaya á sospecharse que rendimos culto à un exagerado optimismo y que no nos damos cuenta de los grandes peligros de la hora presente, queremos exponer con toda ingenuidad á

016998

la consideración de los espíritus reflexivos y de los pensadores sensatos en cualquier campo que militen, así los temores como las esperanzas para la religión y la sociedad contemporánea.

Comparados así todos los elementos de la situación religioso-social que nos creó el siglo XIX, se verá que no son exagerados nuestros pronósticos sobre el porvenir, sin que por esto dejen de tener cabida trastornos y tempestades más ó ménos intensas y pasageras, según las circunstancias y la preparación de los pueblos y nacionalidades. Ni tenemos necesidad de advertir que, tratándose de una exposición general del estado de las sociedades contemporáneas, no todo lo que digamos podrá tener aplicación exacta á nuestra sociedad; sino que el criterio individual sabrá hacer las aplicaciones que correspondan á nuestro estado social y religioso, que dicho sea de paso, no es de los más tristes, aunque tampoco de los más alhagüeños; pero sí, en vias de una consoladora regeneración y de progreso.

***

Antes de entrar á examinar en qué consisten los temores y esperanzas respecto de las sociedades contemporáneas, dirémos algo sobre la constitución de las mismas en sus relaciones con la Iglesia y el carácter de perdurable existencia de ésta en el seno de la civilización cristiana, para así comprender mejor la razón de esos temores y de esas esperanzas.

Entre la organización del Estado en los pueblos antiguos y la constitución de las sociedades que, bajo la inspiración cristiana surgieron de las ruinas del imperio romano, media un abismo que casi no podemos apreciar ni siquiera ante las descripciones veristas del célebre libro *¿Quo vadis?*

La desaparición de la esclavitud, el ennoblecimiento de la mujer, la santificación de la familia, la regeneración del hombre en el orden espiritual como

en el orden social, el respeto de los derechos de la persona humana, costumbres mas suaves, todos los principios en fin, de incomparable caridad y sabiduría que contiene el Evangelio, constituyen ahora la base fundamental de nuestras sociedades.

Y bien, la Iglesia ha sido el alma de esta transformación portentosa, sin que pueda negarlo ningun historiador que se respete y cualquiera que sea su credo.

Pero uno de los hechos más admirables y fecundos en la organización de los pueblos cristianos es la constitución de un poder espiritual, separado é independiente del poder temporal; puesto que, al decir de un gran publicista, así como la unión de ambos poderes consagraba la esclavitud de la conciencia humana, la creación de una soberanía puramente religiosa, es la suprema garantía moral de la conciencia y del culto para los hombres y los pueblos. Ni el mundo antiguo conoció en la constitución de los poderes públicos un freno moderador que pueda compararse con esta autoridad, puramente moral, que en las sociedades cristianas enfrena donde quiera, y aun sin saberlo, la tiranía del Estado, tan frecuente en la antigüedad, y que dulcifica siempre los poderes temporales.

Este nuevo elemento bastaría por si solo para establecer distinción capital entre las sociedades cristianas y las demás; aunque no es el único, ni con mucho, de los beneficios inapreciables que debemos al Evangelio; ya que el cristianismo representa una revolución trascendental y completa en todos los principios que servian de base al mundo antiguo. No nos vamos á ocupar de exponer en qué consistió esa revolución trascendental, pues solo nos proponemos hacer resaltar la potencia incontrastable de la Iglesia para cumplir su misión.

Natural era, en verdad, que las sociedades paganas, al tener noticia de la aparición de la nueva doctrina, se estremecieran como bajo el peso de una sentencia

de muerte. Sintiéndose conmovida en sus mas profundos cimientos, aquella sociedad, al verse atacada de frente por el culto de un Dios, que desconocía, hizo esfuerzos supremos para ahogar la naciente Iglesia.

Y no rehuyó medio con tal de conseguirlo: la filosofía quiso dar entonces nueva vida á los ídolos, espiritualizando sus símbolos; los Césares dictaron leyes de persecución y exterminio y las muchedumbres se estremecieron de alegría en el circo, contemplando matanzas de cristianos; pero fué todo en balde: ni el poder imperial, ni la filosofía puesta al servicio de las tradiciones seculares, ni los furores de las muchedumbres, pudieron triunfar.

Antes bien, al cabo de crueles siglos de lucha, el cristianismo dispersó las escuelas filosóficas, derribó los ídolos de sus pedestales, prosternó las muchedumbres al pié de la cruz y despojó al César de los atributos de Pontífice para libertar la conciencia humana del despotismo de la fuerza material.

II

Pero, á pesar de haber sido entónces completo su triunfo, no ha cesado, sin embargo, de padecer horribles tormentas. Jamás ha conocido la historia institución más violentamente impugnada, ni sugeta á tan pavorosas tempestades y tantas veces amenazada de total ruina, si no fuese divino su fundador.

Diez y nueve siglos de duración lleva la Iglesia; y han sido para ella diez y nueve siglos de porfiada contienda con los enemigos más implacables, que no cesaron de rodearla de los mayores peligros; pero nunca temió, porque recibió promesa de que había de durar hasta la consumación de los siglos á pesar de todas las furias infernales, y nunca se vió promesa mejor y más solemnemente cumplida. *Non prœvalebunt*: no prevalecerán.

«Desde el día en que se pronunció en Judea la solemne promesa, exclama aún antes que Ranke y Macaulay otro racionalista insigne, la barbarie, el cisma, la reforma, se arrojaron sucesivamente con la tea y el hacha en la mano, contra la Sede de Pedro ocupada por el mismo apóstol en la persona de sus sucesores á traves de mil generaciones. Roma, la ciudad eterna en los tiempos modernos, como lo era en la edad antigua, se vió alternativamente tomada de asalto, saqueada, asolada y abandonada por todos los azotes venidos de Oriente y Occidente. Aun no hace tres siglos, los lazquenetes ébrios, acaudillados por un renegado, entraron allí á nombre de Lutero. No hace muchos años, un emperador, soberano de ese apóstol por derecho de conquista, enviaba á la ciudad un prefecto, como lo hicieron los emperadores de Constantinopla en los primeros siglos del Pontificado...

En vano quisiéramos apartar la vista de esta portentosa perpetuidad. Nosotros, que llegamos á la vida después de las mayores persecuciones que Roma ha padecido desde la era de los mártires, tenemos que reconocer que se cumple la solemne promesa en el transcurso de los siglos... La ambición del filosofismo fué destruír al Pontificado, porque comprendió que en él estaba el corazón y la cabeza del cuerpo católico, y que, si el catolicismo podía morir, no era sino hiriéndole en el corazón y en la cabeza... Estalló, pues, la revolución, trayendo consigo esa consigna; apuntó al corazón y arrastró al Papa al destierro, y allí le hizo morir.

Pero sucedió otro Papa, y la cadena de perpetuidad no pudo hacerse pedazos en nuestros días, como tampoco se quebrantó en las circunstancias más críticas para el catolicismo.

El filosofismo cumplió su tiempo y los destructores duermen en la tumba de lo pasado, al lado de Lutero y de la Enciclopedia, de la República y del Imperio. Pero Roma permanece siempre en pié, y en este centro de la cristiandad, desgarrado por los estragos de la incredulidad y de la indiferencia, hay

un Papa, como lo había en tiempo de Nerón, cuando el cristianismo naciente se veía desgarrado en el circo por las fieras.»

***

«En torno de esta continuidad milagrosa, advierte el mismo autor, se ha mudado tres veces la faz de Europa; desapareció la antigüedad, y la Edad Media ha muerto. Tres imperios, el de Carlo-Magno, Carlos V y Napoleón, se levantaron y desaparecieron. Florecieron naciones que ahora ya no existen. Se descubrió un nuevo mundo, para que en él dilataran su dominación el poder temporal y el poder espiritual; pero sólo este último ha conservado allí su dominio. Todo cumplió su tiempo: ideas, pueblos é imperios. Sólo Roma permaneció en piè; sólo el Papa sobrevivió. Hay en este hecho, no temamos repetirlo, algo que bien merece meditarse.

«Pero vivimos en un tiempo en que se ha inventado para el uso de los partidos, una dialéctica hábil, que acierta á negar la evidencia. Los viejos rencores contra Roma no se han extinguido todavía en nuestro corazón. Nuestros padres creyeron haber regenerado al mundo, y nosotros, sus hijos, haciéndonos solidarios de aquellas ilusiones de grandeza, no queremos aceptar una idea que ensalza al catolicismo á expensas de aquella gloria ilusoria de la revolución, en que teniamos puesta nuestra vanidad. No queremos admitir que el Pontificado, desde su inexpugnable altura, haya contemplado con miradas de tierna conmiseración, y con la entera certeza de las promesas divinas, nuestras terribles rebeliones, nuestros dolorosos alumbramientos, los incendios que hemos producido por todos los rincones de la tierra, la sangre vertida hasta extremecer el corazón, y ese estruendo, en fin, de imperios y reyes caídos, que llena el ánimo de pavor. No podemos admitir que el Pontificado haya presenciado todos esos cataclismos, como

el marino experimentado que contempla desde la playa la lucha de los elementos, seguro por las señales que ha visto en el cielo que mañana habrá cesado tan espantoso estruendo, y que el Océano desbordado volverá á entrar en el abismo».

No deben extrañar estos cuadros, trazados por mano racionalista con tanto vigor como pudiera tener la pluma de un apologista cristiano; porque, aún sin ser creyente, para todo ingenio perspicaz será objeto de perpetuo asombro la duración de esa institución, que permanece inconmovible sobre sus eternos cimientos cuando todo á su alrededor se desquicia y muere.

El hombre más indiferente ó excéptico en materia de religión, con tal que tenga algún entendimiento para leer con fruto la historia, se llenará de admiración al ver ahora, como hace diecinueve siglos, á la barquilla insumergible, dirigida por el mismo piloto, bogando entre mares procelosos hacia su misterioso destino; y cuando, después de haber asistido á los más terribles desquiciamientos, comprenda también que nada subsiste hoy en Europa y en el mundo, que juzgado por los simples cálculos de la previsión humana, se encuentre ahora con tanta vida y lozanía como esta Iglesia, declarará ingenuamente que, después de las tempestades que ha sabido dominar, no se concibe cuáles son las catástrofes que pudieran ocurrir en lo venidero para conseguir la ruina de esa institución, probada ya contra los cataclismos más espantosos. He aquí por qué hemos querido hacer esta consideración retrospectiva antes de entrar á examinar la época actual.

Peligros y temores

Más, estas fianzas de eterna duración que reune el Pontificado y la Iglesia, no impiden que puedan sobrevenir para la cristiandad desquiciamientos tremendos,

aunque más ó menos persistentes. Ni se ha de negar tampoco que la crísis actual es una de las más graves que se han desatado sobre la Iglesia, y uno de los peligros mayores de disolución que puedan tener los pueblos cristianos; por mas que en nuestra época se hayan realizado hermosas conquistas y grandes progresos.

A un tiempo se ve la Iglesia amenazada en su constitución externa, oprimida en la libertad é independencia de su jerarquía y de sus relaciones con los poderes temporales, é impugnados tambien sus dogmas á nombre de la razón y de la ciencia. En el antiguo, como en el nuevo mundo; entre las naciones eslavas, germánicas y anglo-sajonas, como entre las razas latinas; en los pueblos católicos, tanto como entre los cismáticos, la jerarquía católica tropieza con poderes recelosos y hostiles, que le disputan contra toda justicia los fueros más esenciales de su independencia.

Contra el cristianismo se levantan, no sólo los sábios y filósofos, que ejercen el principado en la esfera del pensamiento racionalista, sino también los partidos políticos y las supremas protestades de la tierra: así las que llevan la voz de democracias alborotadas y turbulentas, como muchas de las que representan á las viejas monarquías.

Y es que no han conocido los siglos seductora mayor ni más peligrosa que esa Revolución preparada por las impías doctrinas de Voltaire y de Rouseau. Incita y halaga en todos las pasíones que más poderoso influjo ejercen en el corazón humano. En el órden intelectual halaga nuestra soberbia, prescindiendo de toda autoridad y experiencia. Llena de confianza en la omnipotencia de la razón humana, proclama en filosofía á la razón como único criterio de certeza, y no admite por fundamento social más que unos cuantos principios sentados por la razón pura, acerca de la perfección y bondad originaria del hombre abstracto, y de la libertad, igualdad y soberanía natural; la teoría y el razonamiento puro son el cimiento de las instituciones que levanta.

Para adular á nuestra razón, hace olvidar á los hombres que, en materia de doctrina política y constitución de los organismos sociales, todo aquello que á primera vista nos suele aparecer como evidente é incuestionable, y casi como un axioma de sentido comun, generalmente resulta luego, cuando lo va á probar la experiencia, no sólo falso, sino tambien funesto.

Esa revolución en el órden social y político, á título de libertad y emancipación, sanciona las licencias del hijo contra su padre, del cliente contra su patrono, de los pueblos contra sus gobiernos, de los gobiernos contra la Iglesia. A las muchedumbres les promete bienestar é igualdad, á los poderes temporales suprema independencia, à las naciones prosperidad y libertad, y à las pasiones del individuo las libra del freno religioso de la conciencia.

Todo lo que pueda, en fin, sonreir á los hombres, clases, poderes y pueblos, la revolución lo lisonjea á un tiempo. Así es que no ha habido clase ni jerarquía que no se dejara seducir: lo fueron primero las clases altas del antiguo régimen contra la Iglesia y el gobierno; despues la clase media contra las clases altas y todas las instituciones del antiguo régimen; y ahora las muchedumbres, seducidas por ella, se declaran en rebelión contra la clase media. La Iglesia, desde el primer día, se puso frente á frente de la gran corruptora de nuestros tiempos; anunció que, en vez de ser emancipadora y salvadora, esa revolución producía ó agravaba en nuestras sociedades todos los males que pretendía curar.

Pero, por esta protesta, contra la Iglesia se encendieron al instante todas las iras; pueblos, gobiernos, clases sociales, se declararon emancipados de la autoridad espiritual, conjurándose para destruír el órden cristiano, y suprimir sus dogmas como innecesarios para las instituciones.

***

Pero si graves son los problemas que en el día se agitan en el órden político con el nombre de relaciones entre la Iglesia y el Estado, no ménos amenazadoras son las invasiones de la incredulidad en el terreno dogmático. La revolución, en efecto, no se reduce à una doctrina política; además de principios políticos anárquicos, encierra una doctrina social subversiva, que coloca á la voluntad nacional omnipotente por cima de toda ley moral y de todo fundamento de justicia, y una doctrina religiosa y filosófica contraria al cristianismo.

En religión profesa el ateismo ó el culto de la humanidad, ó á lo sumo el deismo por compromiso doctrinario. En filosofía, un racionalismo que sanciona y justifica el materialismo y el positivismo. Se dirige á un tiempo á todo el hombre y á toda la vida social. Pretende constituir á los pueblos prescindiendo de los dogmas y de todas las tradiciones morales que forman la base de la sociedad.

Su propósito es destruír la sociedad, edificada sobre el principio cristiano, para levantar en su lugar otra, edificada únicamente sobre doctrinas metafísicas acerca de la naturaleza humana. Es un vasto sistema de perversión, aplicado al hombre y à todos los fines é instituciones que interesan á la vida humana: á la familia, á la sociedad, al gobierno, á la filosofía, á la ciencia, y principalmente á la religión. Es, en fin, una conspiración universal para una obra que se apellida emancipadora y salvadora, pero que, pretendiendo organizar las naciones sobre principios radicalmente opuestos á la existencia de una sociedad, se reduce, en suma, á la obra de destrucción más espantosa que se ha conocido, viniendo á rematar lógicamente en el ateismo y la anarquía.

Esta lucha ardiente é implacable, que en todas partes se manifiesta con horribles convulsiones, ha entreabierto pavorosos abismos, y por donde quiera amenaza á los pueblos con catástrofes aún mayores, y la sociedad, así sacudida en sus cimientos, se siente ahora como desquiciada y á punto de perecer.

En medio de sus tribulaciones quisiera refugiarse en el templo; pero en torno del santuario es donde rugen con mayor frenesí las furias revolucionarias. Encuentra allí á la mitad de la naturaleza humana puesta en rebelión contra su otra mitad, la razón impugnando á la fé, la impiedad ahogando á la conciencia; y sintiendo que se ha convertido en gérmen de las mayores discordias el lazo que mas debiera unir á los hombres, la sociedad se estremece como si entrara en la hora de la agonía.

Mal puede, en efecto, el cuerpo social permanecer tranquilo cuando la religión, que es como su alma y el principio fundamental de su existencia, está conturbada. Las controversías religiosas conmueven demasiado profundamente á los pueblos para no convertirse en guerras y disturbios políticos, y engendrar á la postre horrendas catástrofes.

II

De esta anarquía moral, que produce en los ánimos el problema religioso, proviene, á no dudar, que aparezcan ahora como insolubles la mayor parte de los demás graves problemas que turban á nuestra edad.

El siglo XIX trajo de nuevo al palanque de las pasiones de los partidos, quizás con más furia que en ninguna otra época, el problema de las libertades políticas; pero no acertó á resolverlo sino con alternativas de anarquía y despotismo.

Los partidos que se disputan ahora el gobierno tienen todos los caracteres anárquicos de esta época trastornada: ó son revolucionarios vociferadores de repúblicas y democracias socialistas que, no comprendiendo que lo presente y lo porvenir son inseparables de lo pasado, se proponen constituir de nuevo á los pueblos y enmendar el mundo, y repartir á su arbitrio los bienes y honras de esta vida, porque les parece que va todo muy errado y las cosas no están bien

016990

repartidas ni en armonía con la teoría igualitaria y demagógica; ó son partidarios recalcitrantes del antiguo régimen, que consideran las formas del gobierno inmutables como los dogmas; ó conservadores, que no saben conservar sino los elementos de ponzoña y destrucción para el cuerpo social.

El siglo XIX trajo tambien las cuestiones económicas al terreno de las luchas sociales. Pero en lugar de resolver alguno de los complejos problemas de la ciencia económica, no ha conseguido sino congregar y poner en pié de guerra, en medio de las sociedades modernas, á las muchedumbres del socialismo, y colocarnos con ellas bajo la constante amenaza de una nueva invasión de bárbaros. Ninguna época ha presentado más espantable el problema siniestro de la miseria; en ninguna época el pleito viejo y la antigua querella entre pobres y ricos, nacida con los primeros hombres, se descubrió tan imponente como en nuestros dias.

El siglo XIX empezó á vivir entonando himnos á la libertad y á la fraternidad de los pueblos, y al triunfo del derecho sobre la fuerza; en medio de las más espantosas revueltas, nunca ha cesado de fantasear los mismos idilios y soñar con proyectos filosóficos de paz perpétua, supresión del derecho de conquista y abolición de la fuerza para resolver las discordias humanas.

Pero jamás se conoció siglo en que con tanta frecuencia la fuerza causara estado; ni siglo de más innumerables ejércitos y horribles y potentes elementos de destrucción, ni de guerras más frecuentes y sangrientas, ni más despreciador de los derechos de las nacionalidades, ni que con mas violencia aplicara á los imperios vencidos las crueldades de la guerra y las leyes de la conquista; ni siglo, en fin, en que el militarismo prepotente demostrara con mayor elocuencia el imperio absoluto de la fuerza.

***

Y esa centúria, promovedora de tan pavorosos problemas sociales, tocó á su fin, agitándose convulsa y sin solución ninguna en medio de las terribles tempestades que desata sin cesar.

Es, en efecto, insoluble la discordia mientras no reciba solución el problema más grave que agita á nuestra edad: el problema religioso. En el fondo de las sociedades modernas hay dos tendencias que la incredulidad hace inconciliables, que se hacen guerra implacable, y cuya lucha es la causa primera de los sacudimientos que padecen las generaciones actuales. De un lado está la tendencia religiosa, cristiana, hija del Evangelio, encarnada en nuestras sociedades por los esfuerzos de la Iglesia durante diez y nueve siglos, é inseparable ya de nuestra vida social, por más que digan ó hagan sus enemigos. Pugna en sentido contrario el espíritu anticristiano, hijo de la incredulidad y del racionalismo, que más de cien años de propaganda y violencias revolucionarias han infiltrado tambien en el entendimiento y en las costumbres como en los organismos sociales y políticos de los tiempos contemporáneos.

La Iglesia no patrocina ninguna escuela política, ni es campeon de ninguna forma determinada de gobierno, siendo sabido que dentro de su seno caben muchas políticas; otra más alta es su misión. Por eso se ha avenido con cualquier forma de gobierno que ha encontrado á su paso por la tierra, fueran monarquías feudales, monarquías absolutas, imperios ó repúblicas aristocráticas ó democráticas. Para estrechar alianzas con ellas no les ha puesto otra condición que el respeto á la justicia.

Y no es esto decir que se muestre indiferente con respecto al gobierno de la república, ni influya de ninguna manera en la vida política. Sabido es que la teoría social enseñada por sus mayores doctores es la mas sábia y profunda de cuantas han ideado los hombres para afianzar los derechos y libertades de los ciudadanos; y á la inspiración cristiana

debemos no pocas instituciones admirables para el buen gobierno libre y democrático. Pero en la vida social, sea cual sea la constitución de la soberania temporal que encuentre, la Iglesia la respeta siempre, con tal que no mande el césar lo que el pontífice tiene que negar.

Mas, si se acomoda con toda forma de gobierno, la Iglesia no se reconciliará jamás con esta mezcla de racionalismo, impiedad y pasiones anticristianas que constituyen el liberalismo moderno. Ambos elementos contrarios se tropiezan de frente en un terreno comun, y acentuándose de dia en dia su antagonismo de un modo más enérgico, la lucha toma cada vez proporciones más imponentes. El problema es hoy más grave y complejo que nunca; hasta los más profanos en estas materias comprenden su trascendencia y universalidad.

En presencia de las tremendas peripecias y pavorosas alternativas de este gran drama histórico de nuestra edad, no faltan conciencias alarmadas que se preguntan con profunda angustia cómo han de acabar estos formidables conflictos; cuál ha de ser el desenlace de tales escenas de confusión y violencia; cuál de los dos campeones ha de triunfar. Vana ilusión, sin embargo, la de quien se imagine que la potestad espiritual y el culto han de sucumbir; con leer unas pocas páginas de historia pronto se adquiere el convencimiento de que son instituciones indestructibles.

Al liberalismo es á quien corresponde despojarse de sus tendencias anticristianas y quemar sus ídolos para hacerse cristiano y convertirse en partido de verdadera libertad. Resuelta está cuestion fundamental, las demás, ó quedarian tambien en el acto resueltas, ó se despojarían, cuando ménos, del aspecto de violencia y de amenaza de siniestras catástrofes que ahora revisten. Gran necesidad tiene la sociedad moderna de que el soplo bienhechor del cristianismo venga cuanto antes á calmar las tormentas de ódio y discordia que en ella se desatan.

III

Entre tanto, ¿cómo no ha de verse la sociedad fuera de su asiento en medio de la espantosa turbación que reina en el mundo moral? Sucesos graves ha presenciado nuestra edad. Desde los siglos IV y V la sociedad europea no había padecido tan espantosas conmociones como las que hoy desquician á las naciones cristianas. Hemos visto desmoronarse imperios seculares y crearse nacionalidades nuevas; hundirse los tronos de antiguas y novísimas dinastías.

Con más furia que nunca, al Norte y al Sur, en Oriente como en Occidente, se desató la lucha de razas y de ideas; y como en los propios tiempos de los bárbaros, asoló á hierro y fuego todas las regiones de Europa. Ejércitos formidables, que, por sus masas, más que ejércitos parecían pueblos armados y puestos en pié de guerra, no para disputarse la supremacía en los campos de batalla, sino para procurar el exterminio de una nación por otra, han sido los encargados de resolver por la fuerza las más graves cuestiones europeas. Vimos una y otra vez destrozado el poder temporal de los papas, y al soberano pontífice, clave de la constitución cristiana, fugitivo de sus Estados ó prisionero en ellos. En nuestra edad, en fin, el socialismo triunfante produjo, despues de diez y nueve siglos de cristianismo, en el seno de Europa, los estragos de las feroces hordas de Genserico y Atila

Antiguas y nobles naciones cayeron precipitadas en tal desquiciamiento, que parecía como que entraban de nuevo en siglos de barbárie, para desmembrarse y deshacerse, y volver al estado de tríbus sin disciplina. Y ante tales explosiones de barbárie los gobiernos pusieron más afan en devorarse unos á otros que en hacer frente al enemigo comun de la demagógia.

*
* *

Pero, ademas de todas estas catástrofes, hay cierto orden de cuestiones, á las cuales se da el nombre de *problemas sociales* que deben preocupar con preferencia al hombre de Estado, é infundírle espanto mayor que los temerosos acontecimientos que en el orden de los hechos se suceden.

Entre estos problemas sociales ocupa el primer lugar el problema religioso. De él principalmente proviene el aterrador aspecto de los trastornos que afligen á nuestra edad. Ningún hombre de Estado, ningún hombre de sano juicio, deja de tener el íntimo convencimiento de que los males que aquejan á la sociedad contemporánea son principalmente terribles, porque revelan el cáos que reina en el orden de las creencias religiosas, y que las tremendas explosiones que se suceden en el mundo de los hechos no son sino un anuncio de las catástrofes más horribles que pueden sobrevenir como consecuencia del desquiciamiento que se siente en la región de los principios.

El orden moral está en ruinas. La ciencia ahora, en lugar de edificar, destruye; en lugar de unirse á la religión, para consolar y aliviar las masas, se declara impía, y exalta á esas mismas masas con propaganda de materialismo concupiscente. Los filósofos se han olvidado de que sin Dios no hay ciencia posible, y los legisladores no comprenden que sin religión, sin dogma de justicia suprema, sin la creencia de una vida futura, no hay tampoco gobierno posible.

El mal se hace incurable, y seguirán entre tanto terribles los escarmientos, mientras los hombres que en sus manos tienen la dirección de los pueblos no se persuadan de nuevo de que las grandes cuestiones sociales, los capitales problemas de la filosofía, de la ciencia y de la política, no los puede resolver la humanidad sino ante Dios y la religión.

¿Quién no ve que son imposibles los derechos y deberes naturales en una sociedad donde no hay creencias religiosas? ¿A quién no le ha dicho la historia que un pueblo sin fe tiene que ser pueblo esclavo,

y que las invocaciones á la libertad no pueden producir en sociedad semejante sino las tormentas del cesarismo y de la anarquía? ¿Quién no ve que, generalizada la creencia de que tras de esta vida no hay otra, que no hay justicia suprema, que no hay Dios, que el hombre en fin, no tiene otro campo mejor para su actividad é inteligencia que la satisfacción de sus necesidades en la tierra, en vano se intentará contener el desenfreno insaciable de las turbas?

El proletario, sin esperanza ni resignación cristiana, se alzará indignado contra la sentencia que le excluye de los goces de este mundo hasta que la muerte le reduzca á la nada.

Blasfemando de su destino, y del mundo entero, y de las disciplinas sociales, antes de someterse á las tiranías egoistas de los demás hombres, convocará á los suyos al combate; se organizará en sociedades tenebrosas, que liguen al mundo entero con planes siniestros de venganza; concitará á las muchedumbres de proletarios á que hundan á la sociedad, á la patria, á la familia, en sangre y luto; y revolviéndose contra las leyes fatales de su destino, proclamará á la fuerza y á la concupiscencia como ley suprema de las cosas humanas. Y si fuese verdad que no hay Dios; si fuese verdad que no hay justicia suprema; si fuera un delirio que hay cielo, esas turbas desenfrenadas, que roban, matan é incendian para vivir y gozar, tendrían razón: el derecho estaría de su parte, porque el derecho se reduciría, en tal caso, á una manifestación de la fuerza; y ninguna razón, divina ni humana, se opondría á que ellos, que son los más y los más fuertes, reivindicasen su derecho de gozar á costa de los demás mortales antes de volver al seno de la nada.

Estas nubes de tormenta que las sociedades contemporáneas han acumulado sobre la verdad religiosa son, pues, la causa principal de que los tiempos actuales se muestren tan revueltos.

Para las generaciones del presente, devoradas

por la incredulidad, se ha hecho imposible el ejercicio tranquilo de los derechos naturales. Roto todo freno moral, perdida la fe y soltados los apetitos de la bestia humana, las muchedumbres, en medio de las aberraciones más monstruosas que en el mundo han podido imaginarse hasta hoy, se lanzan delirantes á la reivindicación de lo que ellas llaman sus derechos, que no consisten en otra cosa sino en perseguir, con todos los estragos de la violencia, vanos y monstruosos ideales de una igualdad brutal y de una mancomunidad ilusoria.

Por donde quiera se entreabren abismos y amenazan los peligros mayores que hayan corrido jamás las sociedades humanas; y en frente de tanta indisciplina social se tiene que levantar un Estado omnipotente, armado de abrumadora tiranía. A falta del freno religioso para dominar las pasiones del hombre, el cesarismo es ahora el encargado de devolver á la sociedad su disciplina por medio de la policía y fuerza pública.

IV

A pesar de todo esto es, no obstante, opinión común entre los contemporáneos, que las naciones progresan hoy á pasos agigantados en las vías de la civilización y de la libertad. Asaltan, sin embargo, al ánimo graves temores de que nuestra brillante civilización bien pueda contemplar en época, tal vez no lejana, la aparición de la barbarie dinamitaria, resolviéndose á la postre todas las ilusiones de fundar gobiernos libres en el despotismo más terrible y destructor que conocieron los hombres.

Nada en efecto, anuncia, en Europa especialmente, la consolidación de gobiernos libres; muchos indicios hay, por el contrario, de que se está preparando en la mayor parte de las naciones un despotismo parecido al de los peores tiempos de la decadencia romana. Por todas las naciones se está organizando un mónstruo de tiranía, una máquina formidable de opresión, tirano abstracto, indefinido, invulnerable, que todo lo abarca y oprime con incontrastable omnipotencia. Esta máquina de tiranía la empezó á organizar el despotismo real; pero la revolución la ha perfeccionado con irresistible empuje, dándole en pocos años atribuciones de omnipotencia que no pudieron conseguir los césares en dos siglos de monarquía absoluta.

Eliminado el despotismo del poder real, se ha alzado en lugar suyo un espectro de soberanía democrática; porque en las mismas democracias y repúblicas quedó intacto, y centuplicó sus fuerzas en proporciones que espantan, un poder que se llama el poder central, organismo acabado y perfecto de la tiranía, que en sus atribuciones omnímodas todo lo abarca y todo lo puede. Por igual dispone de todos los ciudadanos; sacrificando sin reparo, á sus caprichos los intereses públicos y privados, ordena cuando le place el despojo en gran escala: unas veces el despojo de las corporaciones; otras el despojo de los particulares. Individuo ó corporación, nadie en la nación puede respirar ó moverse sin su consentimiento y permiso.

Ese tirano innominado ha pulverizado y deshecho á la sociedad, concentrando en una oficina todos los poderes y toda la vida social, y con extraordinario rigor continúa acumulando siempre aún mayores elementos de omnipotencia, ese poder central y los mismos partidos que más declaman contra esa centralización absorbente, son los que le sirven con mayor eficacia en cuanto llegan al poder; todos son iguales: el mal está en la misma organización social. Se cree que, teniendo el poder, todo es lícito y posible; que ante la soberanía del Estado no hay derechos individuales, y que los que pueden hacer leyes, pueden disponer de todo y como quieran, con tal que así lo quiera la mayoría.

Y al mismo tiempo que como hecho universal se constituye esta centralización absorbente, por todas

las naciones tambien se organizan ejércitos formidables. Nunca se vió tan espantoso alarde de fuerza militar. La guerra y los elementos de fuerza y destrucción, se han convertido en la preocupación más importante de los Estados modernos.

Ahora, el objeto principal de los impuestos parece ser arbitrarse recursos para cubrir de fortalezas el territorio nacional, adquirir escuadras y armamentos y sostener los ejércitos más numerosos que se han conocido, para procurar en los campos de batalla la ruina de las naciones. Con ese fin, Francia é Inglaterra levantan empréstitos de sumas que la imaginación difícilmente concibe; Alemania afronta todos los azares de las más graves crísis económicas para aumentar aún su terrible poderío militar; Austria é Italia imitan su ejemplo; hasta las naciones más humildes, aquéllas que por su posición y naturaleza no debieran pensar sino en la paz, se preparan, sin embargo, para la guerra; la misma pacífica Suiza quiere congregar hueste guerrera tan fuerte como lo permitan sus flacos recursos y escaso territorio.

Seguramente que tales aprestos de fuerza militar, combinados con la fiebre de centralización que se ha apoderado de los pueblos, no son los preparativos más adecuados para fundar un gobierno libre, propio de pueblos cristianos y civilizados donde á medida que crece el imperio de la conciencia y el respeto á la ley, disminuye el imperio de la fuerza.

Y si se nos pregunta porqué nos hemos ocupado de hacer ver que en vez de la consolidación de gobiernos libres nos amenaza la centralización más despótica con el militarismo como régimen de fuerza, es para hacer notar que sin religión son imposibles los gobiernos libres á pesar de las ilusiones de la revolución, constatándose así el aforismo de M. de Tocqueville: «sin religión es imposible la libertad, sólo el despotismo puede existir sin ella».

***

Más, cuando la fuerza se organiza así en proporciones tan jigantescas que las naciones se asemejan á un campamento ó á una oficina, donde todo se mueve sistemática y reglamentariamente, al mismo tiempo en esas mismas sociedades hierven con furia las pasiones y concupiscencias de la mayor indisciplina y discordia.

Los hombres se dividen en partidos y sectas innumerables, que se aborrecen de muerte; el ódio, la ira, los furores de la ambición y de la venganza, constituyen el lazo principal de los partidos políticos y la fuerza más poderosa que agita á las clases sociales, concitándalas unas contra otras. Por donde quiera amenazan tempestades sin precedente en la historia, y asoma por el horizonte social una revolución espantosa, en la cual habrán de hacer explosión los instintos más viles y perversos del corazón humano, produciendo desastres y cataclismos tremendos que precipiten á las naciones en una época parecida á los tiempos de desquiciamiento y barbárie que siguieron á la disolución del imperio romano.

Esa es la amenaza de disolución que se cierne hoy sobre las naciones de la sociedad moderna. No es, ciertamente, una amenaza de barbárie parecida á la que puso fin al mundo antiguo; el peligro no es de que los pueblos semibárbaros acudan de los confines de la tierra para asolar las sociedades y deshacer, como conquistadores, la obra secular de las nacionalidades cristianas; la soberbia y populosa China estará pronto dominada por Europa, como el resto de los pueblos paganos.

Se trata, al decir de Girardin, de la peor de las barbaries; no de la barbarie que precede á la civilización y la prepara, sino de la que le sigue y es su decadencia y ruina. Hay, en verdad, peligro inminente de que en el seno mismo de las naciones se levanten hordas anárquicas, que, sin el auxilio de conquistadores extranjeros, con sólo la fuerza destructora de las teorías disolventes que proclaman,

BIBLIOTECA - SAN JOSE

destruyan y reduzcan á polvo en breves años la civilización de veinte siglos, arruinen el comercio y la industria, agoten los manantiales de toda prosperidad y riqueza, deshagan y supriman las instituciones tutelares de la vida social, no dejando en pié sino las artes é instituciones groseras indispensables para la vida animal.

Basta para ello que prevalezcan, por la fuerza ó por la complicidad de gobiernos funestos, algunas de las doctrinas que ahora se proclaman. Si así sucede, pronto las ciudades más florecientes y famosas arruinadas ó incendiadas por sus propios moradores, serán montón de escombros y ruinas desiertas. Constituyen, en efecto, hasta para el observador menos entendido, amenaza inminente de barbárie los principios de la revolución, representados hoy más genuinamente, y con mayor lógica que por ningún otro partido, por esas turbas feroces, que, ya más de una vez, han estremecido á la Europa, apareciendo á la superficie de la sociedad para producir horrendas orgías, en medio de las cuales, el incendio y la matanza, la impiedad, la anarquía y el robo, se proclamaron como instituciones sociales.

¿Quién no se ha sobrecogido de terror ante esa tremenda revelación que nos muestra los abismos sobre cuyo borde se levanta la sociedad moderna, y deja ver la flaqueza de los vínculos que nos sujetan sobre el cráter de ese volcan, que, á la menor conmoción, vomita sobre la tierra legiones destructoras? Constituyen una amenaza inminente de barbarie las doctrinas niveladoras, despóticas y disolventes á un tiempo, de los demagogos, que ahora usurpan el nombre y los derechos de la democracia social y que no son sinó teorías tan antidemocráticas como antisociales.

Triunfe el radicalismo en sus matices diversos tal como se manifiesta, es decir, como una secta de energúmenos, desatinados hasta el frenesí contra todo gobierno regular, por que viven convencidos,

por el más extraño de los fanatismos, que ellos son los poseedores de la única receta eficaz para conseguir un buen gobierno; triunfen, en fin, todas esas pasiones y doctrinas subversivas que hierven en nuestra época y han puesto á las naciones como sobre el cráter de un volcan, y no tardará la civilización en verse sumergida en el caos.

Podrá creerse que «hay en la moderna civilización un no se qué de inexpugnable, de resistente y de inmortal».

Esto solo es cierto en cuanto á los destinos de la humanidad por el cristianismo de un modo general; pero nó en cuanto á sus etapas históricas; igual ilusión se hicieron todas las civilizaciones: todas se creyeron inexpugnables, resistentes, inmortales; pero sobre tales ilusiones está la experiencia de la historia, que no ha cesado de probar en el curso de todos los siglos que, á pesar de las mayores grandezas en letras, ciencias y artes; à pesar del mayor esplendor de las armas y del poderío político, y del bienestar material, las naciones más civilizadas y brillantes se hallan siempre próximas á las mas pavorosas caídas.

Sobran, por consiguiente, motivos para entrever que sobre los destinos de las sociedades se ha levantado la amenaza, ó de verse arrojadas á la barbárie ó entregadas inermes á un despotismo brutal, comparable sólo con aquel abyecto cesarismo romano que se sostuvo por medio de motines pretorianos ó con escandalosas subastas de la dignidad imperial.

V

Y este cesarismo se ha hecho, no sólo inminente, sino inevitable ya para la mayor parte de las naciones, donde la revolución triunfante desata sus furores. Son de tal magnitud las tragedias que ha presenciado nuestra edad, que por donde quiera se anuncia próxima la hora en que los pueblos, consumidos por

la anarquia, desengañados con terribles escarmientos de todas las ilusiones y de todas las doctrinas, se entregarán á discreción al hombre encumbrado por la guerra ó por las sediciones dominadas en la plaza pública, y constituyéndolo dictador le encarguen de devolverles la tranquilidad y sosiego.

Cualquier despotismo parecerá entonces mejor que la falta de estabilidad en el gobierno. Y hecha inevitable esta dictadura, lo que habria que desear es que el dictador ó el césar sea un gran carácter y político experto; que tenga todos los instintos, la inteligencia y la energía del verdadero hombre de Estado, y pertenezca á la raza de los grandes reformadores, que en medio de otras crísis sociales supieron imponerse á su siglo y dominar todos los obstáculos, legando á la posteridad una obra grande y duradera; que sea un Carlo-Magno ó un Gregorio VII, un regente como C sneros, ó un protector como Cromwell.

Si el dictador sale de las filas revolucionarias, formado en los campos de batalla, ó en los bandos de los sofistas parlamentarios, como hombre de acción podrá mantener el orden durante algún tiempo y hacerse dueño absoluto de la sociedad, y arraigar más firmemente en las instituciones de la vida civil y política los principios revolucionarios.

Pero puede anunciarse desde luego que resultará impotente para edificar nada estable y duradero; y su obra, como los imperios de los Napoleones, perecerá antes de una generación arrebatado por el soplo del mismo huracan que le hizo cesar. No ha sido otra la historia de todas las dictaduras que se improvisaron en los tiempos modernos.

Pero si el dictador es, por el contrario, un hombre que, con la energía de carácter, tenga tambien el sentimiento de las necesidades sociales, y el golpe de vista y la inspiración del verdadero hombre de Estado, su obra se trasmitirá á la posteridad y acabarán las convulsiones de la anarquía.

Ese hombre comprenderá que no hay ahora en la

sociedad más que dos fuerzas principales: la Iglesia y la Revolución; y que es preciso fortalecerse con una de ellas para no sucumbir bajo el peso de la otra. Sabrá entre estas dos fuerzas escoger aquélla que representa la justicia y el órden. Comprenderá que no puede darse situación más imprevisora é impotente que aquella en que suelen colocarse los gobiernos llamados conservadores, cuando con objeto de halagar las pasiones revolucionarias, que no aspiran más que á destruirlos, cercenan la acción y procuran anular la influencia de la Iglesia, que es la única fuerza que podría dar vida y vigor á las instituciones sociales para precaverse contra todo desquiciamiento.

Comprenderá que es un mal que el Estado sea despótico y la acción del gobierno violenta, y que el órden social esté cimentado solo en los funcionarios administrativos y agentes de la fuerza pùblica; comprenderá que el poder pùblico así constituído es débil, y está en peligro inminente de ruina en razón de su misma violencia. Pero al mismo tiempo comprenderá tambien que el Estado tiene que ser despótico mientras no tenga vigor el freno religioso; que la acción del gobierno tiene que ser violenta mientras sea débil y poco respetada la autoridad moral; que ha de existir una burocracia omnipotente, y gerarquía numerosa bien disciplinada de fuerza pública, mientras no existan las naturales disciplinas sociales y las costumbres públicas. Sabrà encontrar, por consiguiente, á todo mal su natural remedio; y así, al acabar su dictadura, sea monarquía ó república lo que al fin de la terrible crísis quede como forma del poder supremo en ese organismo social, por donde quiera en el suelo de esa nación se verán germinar unidos el órden y la libertad.

Una sociedad revuelta y descreida, que combate la propia razón de su existencia, no tiene, en efecto, otro medio de conjurar la anarquía que postrarse servil á los piés de césares y dictadores.

Proclamaba Napoleón una gran verdad cuando decía con su acento brutal: «Los hombres sin Dios

los he conocido; á esos hombres no se les gobierna, se les ametralla». Cuando la religión ha perdido su imperio convirtiéndose en objeto de ira ó indiferencia; cuando la autoridad, lo mismo en el hogar doméstico que en la vida pública, se discute y no se respeta, y las relaciones de clases se transforman en pasiones de ódio y concupiscencia, fatalmente ha de venir el despotismo más opresor como remedio supremo contra la anarquía y natural encargado de refrenar la indisciplina social.

No hay poder en la tierra que pueda ahora librar á nuestras sociedades de tiranía semejante, á no ser la Iglesia. Unicamente ella, que sabe santificar la obediencia y poner las pasiones del hombre en oposición con los mandatos de la conciencia, y presentando á la humanidad destinos más altos que los de esta vida transitoria, imponer á todos, grandes y pequeños á nombre de Dios, derechos y deberes que para alcanzar lo que individualmente interesa más á cada hombre, tienen todos que cumplir con responsabilidades tanto mayores cuanto mayor es su jerarquía, únicamente la Iglesia, repetimos, es capaz de librarnos de la tiranía del Estado, sustituyéndola con una sanción moral que, dentro de cada conciencia, ampara el derecho de los demás.

VI

Ha habido siempre males en la tierra, y siempre los habrá. La religión, aunque en apariencia sólo tiene por misión llenar el inmenso espacio que separa el cielo y la tierra, es también la principalmente encargada de traer alivio á los males de este mundo; ella es la única institución que con alguna eficacia puede mitigar las amarguras y tribulaciones del hombre en la tierra. Pero entre todas las religiones, ninguna como el cristianismo para mitigar los males de la condición humana (1).

[1] ¡Admirable prodigio! dice Montesquieu. La religión cristiana, que no parece tener otro objeto que nuestra felicidad en la otra vida, es también para nosotros nuestra ventura en este mundo.» *Esprit des lois*, l. XXIV, c. II.

Lo que el mundo pagano resolvía con el infanticidio y la esclavitud, el cristianismo, desde su aparición, lo resolvió con la resignación y la caridad. Enseñó al señor la justicia, al esclavo la libertad, la caridad al rico, al pobre el sacrificio.

Lo que el mundo antiguo resolvía con la omnipotencia del poder público, con la doctrina del dios-Estado, que ha vuelto á hacerse novísima, el cristianismo lo resolvió con el Estado, encargado nada más que del cumplimiento de nuestros derechos, y velar por que se respeten.

Pero únicamente dentro del cristianismo cabe una soberanía política así limitada y constituida; porque, en efecto, sólo con una religión como la nuestra, que impone á cada una de nuestras conciencias la ley que por sí misma ampara el derecho de los demás; sólo con una religión que, dentro del alma misma de cada hombre, invocando los destinos supremos pone á salvo el derecho de los demás individuos, puede la sociedad humana prescindir de la acción omnímoda y tiránica del Estado, y vivir con un poder público dotado de estrechas atribuciones. Si por el contrario, cundiendo la incredulidad en los ánimos, desaparece esta defensa que la religión imponía en cada uno de nosotros, fuerza es que el Estado se encargue de ella, y se haga avasallador, revistiéndose de las atribuciones de tiranía, que la necesidad social impone.

Así, la Iglesia, con sólo cuidar de su misión principal y hablar á los hombres de sus grandes y sagrados destinos y de los medios de alcanzarlos, arraigó tambien en el suelo europeo instituciones benéficas é ideales de gobierno llenos de la inspiración cristiana: arrancó el despotismo del cetro de las césares; desterró la esclavitud de la vida de los pueblos; devolvió á la ley la justicia, al hombre su dignidad, y al cabo de esfuerzos seculares produjo al fin la obra admirable que se llama la cristiandad.

«Los obispos han construido pieza por pieza el reino

de Francia, como las abejas construyen su panal», dice Gibbon, y la historia afirma otro tanto de los demás pueblos de Europa. La Iglesia en efecto, ha formado pieza por pieza á todas las naciones de la sociedad europea. Como las abejas construyen su panal, la Iglesia, ella sola, de por sí, ha edificado esas soberbias construcciones de justicia y libertad que se llaman las repúblicas cristianas. Por obra de la Iglesia, el Evangelio se ha convertido en la constitución interna de las sociedades europeas; la Iglesia ha conseguido ya que los principios del cristianismo sean el cimiento primero de los Estados, el principal fundamento de las leyes civiles y políticas.

Y los grandes destinos de la humanidad, los intereses supremos de los pueblos, los más altos deberes de la política, están para en adelante irrevocablemente ligados al mantenimiento de la obra cristiana. Si la filosofía, la ciencia, los cálculos menguados de la razon de Estado se hacen impíos, como quiera que se llamen, sea cual sea la forma que revistan para impugnar los principios del cristianismo, los pueblos se conmueven hasta en sus cimientos, la sociedad entera languidece y se siente á punto de perecer.

Un esfuerzo anticristiano representa en la sociedad actual un esfuerzo hácia la decadencia. De aquí no más proviene la tremenda gravedad de la crísis moral contemporánea. Por eso, en medio de ésta nuestra civilización, en la esfera de la cultura material tan brillante, sentimos entreabierto el abismo de la anarquía social.

Sobre la boca de este abismo se está resolviendo el temeroso problema; el cristianismo y la revolución se disputan los destinos de Europa y del mundo civilizado. De la solución de este problema dependerá la salvación ó la ruina de la civilización de los pueblos.

Mas, para que esa solución sea acertada, es necesario que estadistas y publicistas se hagan superiores

á las preocupaciones y prejuicios revolucionarios. El mundo actual en cuanto se refiere á su civilización en el verdadero sentido de la palabra, lo debe todo al cristianismo, por mas que el espíritu de incredulidad pretenda atribuir sus grandes y verdaderas conquistas á la Revolución.

Pero esto ya no puede sostenerse sin prejuicios, pues, como declara el eminente historiador de la civilización, Mr. Guizot: «Todo lo que hay de verdadero y de bueno en los principios de la Revolución francesa *es cristiano* y ha sido proclamado por el cristianismo, con la añadidura de que este condena y rechaza expresamente todo lo que tienen de falso y de funesto.»

Separar, pues, y combatir todo lo que tienen de falso y de funesto los principios de la Revolución, así como procurar la aplicación de cuanto tienen de verdadero y de bueno, como inspiración del cristianismo; hé ahí la gran obra de salvación y regeneración social del porvenir. Y en esta obra regeneradora hay que trabajar con fe y aliento, seguros del triunfo definitivo, porque como advierte el mismo publicista: «no salamente en esta terrible confusión el cristianismo proclama el bien y condena el mal en principio; sino que él solo tiene de hecho la autoridad y la fuerza necesarias para dominar el mal sin que el bien perezca tambien en la lucha.»

Augurios y esperanzas

En medio de los oscuros horizontes de la edad presente brilla, sin embargo, una esperanza. Si la crísis de nuestra edad es una de las más graves que ha tenido que padecer la Iglesia, en cambio la resurrección católica, tal como empezó á manifestarse, promete ser una de las páginas más brillantes de la historia del cristianismo.

Hace más de medio siglo que el ilustre protestante Macaulay terminaba su memorable juicio crítico de la *Historia del Pontificado*, presagiando en nuestra época una reacción católica, parecida á la del siglo XVI. «Esperemos, decía, que en los tiempos venideros algún historiador, tan hábil é imparcial como Ranke, habrá de narrar la resurrección católica del siglo XIX.» Aún no ha bajado al sepulcro toda la generación que fué contemporánea del insigne crítico é historiador, cuando empezamos ya á ver el cumplimiento de su presagio.

Después de los desquiciamientos revolucionarios, la religión, en efecto, vuelve á reaparecer entre los pueblos rodeada de toda la fuerza y esplendor de una tradición antigua, y de todo el encanto de una cosa nueva. Es una doctrina y una institución, á la cual vuelven las sociedades por el camino de la ciencia y de la experiencia, después de haber corrido los mayores peligros por intentar abandonarla; y á ella se acogen con tanto mayor fervor, cuanto más terrible fué la prueba de que sin ella no pueden vivir. Se siente la nostalgia de la fe aún por los que la persiguen.

La Iglesia, que al principiar el siglo pasado parecía tan desquiciada y en ruinas que se necesitaba la fe de un creyente á toda prueba para fundar en ella alguna esperanza, se nos muestra ahora más vigorosa y enérgica que nunca. Jamás el catolicismo descubrió mayor vigor y unidad, lo mismo en su apostolado entre salvajes, que en sus luchas contra las rebeliones de la impiedad entre las sociedades cristianas. En ninguna edad la Santa Sede ha recibido mayores testimonios de fidelidad y cariño por parte de los verdaderos fieles, que los que recibe en nuestro tiempo. Motivos tenía ya en 1871 el excelso Pío IX, no obstante el despojo reciente, para exclamar con júbilo, después de haber observado este movimiento católico desde las alturas de la cátedra apostólica: «Representan, sí, un triunfo para la Iglesia todos estos testimonios de afecto que continuamente recibe la Santa

BIBLIOTECA JUAN RODRIGUEZ CORREA 1361

Sede; representa un gran triunfo para la Iglesia este espíritu de oración que se manifiesta en Roma y en el orbe católico. No existe playa tan desierta, ni ribera tan lejana, en que no se eleven al Señor votos y plegarias ardientes por nuestra libertad. Vosotros direis que aún ha de venir el verdadero triunfo final; pero yo añado que este triunfo tampoco puede ya hacerse esperar. Si no este vicario de Cristo, uno de sus sucesores verá ésta nuestra ciudad en su primitivo estado, y tranquila y floreciente como no hace mucho; verá á la Santa Sede reintegrada en sus derechos, y desde aquella famosa galería del frontispicio de San Pedro dará de nuevo su bendición á la ciudad y al orbe cristiano».

En Alemania, el cesarismo hizo estallar de pronto horrorosa tormenta en contra de la Iglesia. Prelados, sacerdotes y fieles se vieron perseguidos con saña parecida á la que empleaban los emperadores romanos para acabar con la que llamaban secta de los galileos. Los pastores, separados violentamente de sus rebaños, fueron reducidos á prisión, condenados á destierro, despojados de sus bienes y temporalidades, considerados como reos de alta traición si se atrevían á desempeñar sus funciones espirituales, juzgados y condenados, en fin, inicuamente por los magistrados y tribunales civiles del paganismo moderno.

Pero, ¿cuál ha sido el resultado de tan cruel persecución? En cuanto el poder temporal empezó sus violencias, el fervor religioso y la adhesión de los fieles á la Santa Sede se manifestaron allí con incontrastable energía, que llenó de asombro á las naciones. No sólo el cesarismo ha resultado impotente contra la Iglesia, sino que, sacudiendo fuertemente los ánimos con la persecución, fortaleció la fe en los corazones, sacándolos del estado de inercia ó indiferencia religiosa en que se hallaban, y aumentó el místico rebaño con conversiones admirables, que quizás hubiera intentado en balde la simple predicación del misionero.

Ante semejante explosión de fe y piedad cristiana, el pontífice, al recibir en el Vaticano á los peregrinos alemanes, les pudo decir, señalando con la mano en el horizonte al nuevo imperio germánico: «Oí decir á virtuosos y buenos católicos que era preciso que álguien viniera á reanimar á los pueblos, demasiado entregados á la inercia. Pues bien: Dios se ha levantado y ha enviado un azote como lo hizo siglos atras. Entonces hizo aparecer un Atila que despertara á los pueblos; y hoy también por medio de otro nuevo Atila, ha venido á reanimar á la generosa nación germánica. Este nuevo Atila, que quería destruir, ha edificado. Este nuevo Atila que quería anonadar por todos los medios sobre la faz de la tierra á la religión de Cristo, ha dado nuevo vigor á vuestra fe.» Y todos sabemos cómo al fin el gran perseguidor, el canciller de hierro Bismarck se declaró vencido y tuvo que ir á Canosa.

***

En Francia la Iglesia no ha cesado de recobrar el perdido dominio y multiplicar fundaciones piadosas en medio de los tremendos sacudimientos revolucionarios que allí periódicamente se desatan desde hace un siglo. Al día siguiente de una catástrofe nacional, como ofrecen pocos ejemplos cuarenta siglos de historia, al terminar una orgía inmunda, sin precedente quizás entre los humanos, hemos visto surgir allí al catolicismo con brío y esplendor comparables sólo con el de la iglesia de Francia en los tiempos de Carlo-Magno y San Luis.

Como por ensalmo, el sentimiento católico ha levantado de improviso en aquella tierra universidades y centros de enseñanza, que desde el primer año fueron más concurridos que los cursos privilegiados de la enseñanza oficial. Asombra el número, prosperidad y pujanza que ahora tienen sobre aquel suelo las fundaciones cristianas de toda clase. Las furias

del radicalismo, como en Alemania las persecuciones de los césares, no consiguen sino aumentar el número y el fervor de los fieles. Y si el furor de los sectarios que hoy gobiernan la nación cristianísima promueven un nuevo *Kulturcampf*, dará los resultados del alemán con nuevo esplendor para la Iglesia.

Igual movimiento católico se hace sentir por el resto del orbe; habiendo sido uno de los primeros actos del pontificado de León XIII, poner en estudio el establecimiento de nuevos obispados en los Estados Unidos de Norte América en vista de los progresos del catolicismo en aquella región, y tratar de instituir allí una nueva jerarquia eclesiástica por reclamarlo ya las necesidades de la Iglesia, que en el espacio de pocos años ha decuplicado el número de los fieles.

Si se estudia en fin, por todas las regiones de la tierra la resurrección católica, tal como ha empezado á manifestarse en las tres últimas décadas, se verá que nunca la Iglesia apareció más inexpugnable ni más llena de elementos de triunfo para lo venidero. Esto fué lo que demostramos con datos estadísticos al exponer el estado de expansión de la Iglesia católica en el mundo con ocasión de la anterior Pastoral.

Ahora solo queremos añadir lo que la revista inglesa, «The Review», dice sobre los misioneros en el siglo XIX.

«Hácia fines del siglo XVIII, la Compañía de Jesús fué suprimida y sus miembros fueron secularizados; sin embargo, en el presente siglo las instituciones monásticas y de misioneros han florecido y florecen de inusitada manera.

Desde 1800 no menos de 430 congregaciones religiosas han sido fundadas: próximamente 100 de hombres y 330 de mujeres; y las antiguas órdenes, así como la Compañía de Jesús restaurada en 1816, cobraron nuevo vigor.

Hoy tenemos en las misiones solamente unas 40 congregaciones de clérigos y 20 de religiosos, comprendiendo un número total de 18.000 miembros, en-

tre los cuales se cuentan 600 Benedictinos, 2.500 Franciscanos, 700 Capuchinos, 700 Trapistas, 500 Domínicos, 5.600 Lazaristas y cerca de 4.000 Jesuitas.

A estos debemos agregar por lo menos, unos 3.000 Sacerdotes seculares, que trabajan en las misiones. Sus más decididas y valiosas auxiliares, las Hermanas Católicas tienen 120 comunidades con 52.000 Hermanas y 10.000 nativas de los respectivos países en que se extienden las misiones, sin hablar del gran numero de asistentes en China y otras naciones.

Más de 2.000 misioneros han vertido su sangre por la fe en el presente siglo, sin contar los millares que han sucumbido á los terribles trabajos y enfermedades. ¿Cómo puede, entónces, decirse que la hoy como nunca atacada Iglesia ha perdido su vigor maravilloso?»

Y esto, conviene advertirlo, lo dice un escritor protestante!

II

Mas, para comprender mejor todo lo que ha ganado el catolicismo, conviene hacer un recuerdo retrospectivo.

El final del siglo XVIII nos dió en verdad, el ensayo más perfecto de todo lo que es capaz la impiedad, y de cómo la Iglesia triunfa de las pruebas más terribles. Entonces estalló frenética la impiedad contra el dogma cristiano; chistes más obscenos, blasfemias más atroces, sarcasmos más satánicos contra la religión, no los oyeron jamás los nacidos. La impiedad se encaramó sobre el teatro del mundo, y literatos juglares, filósofos bufones, presentaron al público, con grotescos disfraces, las cosas más santas.

Nunca se manejó el chiste con mayor maestría ni más éxito; nunca se exhibió con más audaz cinismo la truhanería sacrílega. Al ver á los pontífices y sacerdotes presentados como histriones y verdugos, y como gente la más baja y ruin comedora de los pueblos, y al santuario como antro de crímenes y supercherías y foco de ignorancia, y á las vírgenes del Señor como meretrices; al ver ultrajada la familia en los misterios más augustos del hogar, y manchada la dignidad del padre, de la esposa y de la madre con la baba de los vicios más inmundos, la sociedad, en vez de indignarse y llorar, aplaudió con estólido regocijo la impía bufonada.

Todas las clases sociales, las mismas mujeres, que en este asunto de religión ó impiedad desempeñan principal papel para el bien como para el mal, se pusieron del lado de los blasfemos y convirtieron en sus ídolos á los grotescos bufones. En un paroxismo de alegría, entre estrepitosas carcajadas, toda aquella sociedad se entregó á las convulsiones de risa sardónica, cuyos alaridos resonaban todavía como ecos infernales, cuando sobre la guillotina y en la Convención, en las prisiones y en los templos, en las plazuelas y en los campos de batalla, representaba el Terror su espantosa tragedia de saturnales y matanzas.

El principal adalid de aquella bacanal sacrílega, alzado como ídolo en medio de la sociedad, ejerció sobre su siglo una tiranía moral, sin ejemplo entre los hombres. No había nombre que en Europa se pronunciara con más entusiasmo que el suyo. Los reyes buscaban como insigne fortuna el tenerle por huésped; las muchedumbres aristocráticas y populares se honraban con llevarle en andas en medio de manifestaciones anticristianas mal disfrazadas con el pretexto de ovaciones literarias.

Entre aclamaciones delirantes y triunfos cual nunca los conoció en vida ningún escritor, durante cerca de un siglo por la pluma de ese hombre vomitó la impiedad todo su veneno y desahogó en la tierra sus iras contra el cielo. Cuando ya no era el corifeo más que una momia octogenaria, un esqueleto muecarrero en el borde de la tumba, todavía le abrazaban con efusión las damas más principales, y cubriéndole la

arrugada frente con flores y guirnaldas, ante él se entregaban al desenfreno, como bocantes ante el sátiro.

Ese hombre, que había sabido inspirar á los contemporáneos sus ódios satánicos, y tenía por cortesanos á príncipes y pueblos, se imaginó en un arranque de soberbia que le había de ser fácil á él, príncipe de los escritores, destruir el cristianismo, propagado por los doce oscuros plebeyos, que llamaba «los doce *galopines*.

Bajo su inspiración redoblaron las mentiras y sarcasmos de la secta para destruir cuanto antes la obra cristiana. Sus imprecaciones corrieron con tanto furor por Alemania, España é Italia, como por la misma Francia. Europa entera se extremeció en ódios contra el culto.

***

Ante tal explosión de blasfemias, pudo un momento creerse que se derrumbaba para siempre el templo católico. Pero, ¿qué es lo que queda hoy de la obra de Voltaire? En el terreno político podrá todavía rechinar de júbilo el radicalismo al oir los sarcasmos volterianos; podrá todavía profesar á las paparruchas de la *Enciclopedia* más amor de sectario que el que profesa al Koran el creyente de Mahoma; pero en el orden científico ninguna huella han dejado aquellas negaciones fanáticas

Ninguna persona dotada de sentido común é instrucción mediana se atrevería hoy á impugnar el culto con cualquiera de las blasfemias que en su tiempo presentaba Voltaire como argumentos sin réplica. Conformes están hoy fieles y adversarios de la Iglesia en que la ignorancia de aquella escuela era demasiado crasa en materias tales, para que su argumentación, puramente negativa, pueda servir de arma científica contra el dogma; y que su famosa *Enciclopedia* sea otra cosa que el mayor monumento escrito de la

ignorancia humana, como lo reconocen Strauss, Renan y los principales corifeos del anticristianismo contemporáneo.

III

Pero á la sarcástica invectiva volteriana sucedió otra explosión todavía más grave. El racionalismo amofinó á todas las ciencias contra la Biblia. En lugar de los epígramas, se opusieron al dogma las lucubraciones de la filosofía, las teorías de las ciencias naturales, la crítica histórica y todos los demás recursos de que se vale el racionalismo bíblico. Más, si para confundir á los alegres escépticos del siglo XVIII, bastaron las obras de Weith y Du Clot, y los apotegmas profundos y sarcásticos de J. de Maistre, para hacer frente al nuevo formidable enemigo, necesitaban los apologistas y expositores cristianos remover en la controversia todas las ciencias y meditar sobre los más graves y oscuros problemas que agita el humano saber: filosofía, ciencias naturales, ciencias exactas, historia, geografía, astronomía, filología, epigrafía y arqueología; todos los ramos, en fin, de la ciencia se habían de investigar, hasta en sus más profundos arcanos, para contestar á las objeciones de los hipercríticos.

Y al mismo tiempo, como las negaciones del racionalismo moderno se fundan, por razones del mismo adelanto de las ciencias, en no pocos argumentos que tienen aspecto de novedad, con frecuencia no bastaba ya para la réplica el inagotable tesoro de doctrina y vastísima sabiduría que contienen los innumerables infólios de los antiguos Padres y tratadistas de materia eclesiástica; sino que había menester acomodarse á los progresos y novísimos descubrimientos científicos, y con arreglo á las necesidades de este tiempo crear propiamente una apologética cristiana del todo nueva. Era obra tan gigantesca, que ni una ni dos generaciones, ni todo

un siglo, parecían bastante para darle cima. Sin embargo, podemos decir que la obra está ya completa; de manera que la impiedad vino á ser ocasión de un inmenso adelanto apologético en favor del catolicismo.

Con fecundidad maravillosa, á medida que la impiedad lanzaba al viento uno de sus escritos, los controversistas ortodoxos multiplicaron sus réplicas contundentes, apoyadas siempre en la última palabra del saber humano. No intentaremos enumerar siquiera los múltiples problemas tan varios como complejos que se han discutido en esta controversia, digna de los Jerónimos, Agustines, Buenaventuras, y de los grandes doctores del siglo XVI y primer tercio del XVII. Es tal la magnitud, y dificultad de las cuestiones que se han dilucidado, que queda el ánimo abrumado y confuso en presencia de tanta ostentación de saber.

*
* *

No ha habido un solo ramo de las ciencias en que no apareciera compacta falanje de sábios de primer órden, campeones de la fe. Teólogos, filósofos, apologistas, escriturarios, controversistas, historiadores, arqueólogos, literatos, críticos, lingüistas, jurisconsultos, naturalistas; comprobando los unos con la crítica histórica los hechos contenidos en la narración mosaica; resolviendo los otros las dudas filológicas que podían ofrecerse acerca del texto sagrado; éstos asombrándonos con la conformidad de los descubrimientos novísimos de las ciencias y de los versículos del *Génesis*, que hasta entonces permanecían inexplicables; aquéllos demostrándonos que la historia, bien meditada, no es sino una apología del cristianismo, que la religión es la verdadera filosofía de la historia, y que no hay en los anales del mundo hecho ninguno que se pueda demostrar mejor como el de que sólo el catolicismo representa la legítima é

invariable tradición cristiana: todos vinieron á dar á la Iglesia un esplendor científico, que ha confundido á la impiedad, produciendo conversiones admirables entre los sábios más eminentes, que se han decidido á estudiar el catolicismo.

Inútil añadir también cómo los hombres más ajenos á la controversía religiosa, discípulos del racionalismo ó de la impiedad, ó miembros fervientes de Iglesias heterodoxas, han venido á prestar insignes servicios à la causa católica. Inútil explicar cómo desde la demostración de la unidad de razas por la historia natural y la filología, y la armonía entre la creación mosáica y las observaciones de la geología y la paleontología, y las teorías de la física y de la química, hasta los descubrimientos de Champolion y de los egiptólogos y asiriólogos, dando la llave de las inscripciones geroglíficas, y los estudios de los indianistas, y el descubrimienlo de la ciudad de Senaquerib, y de la inscripción trilingüe de Behistum, y de la biblioteca de libros cuneiformes de Assurbanipal, todo ha servido en nuestro tiempo de providencial é inapreciable tesoro para la exégesis bíblica. Hechos providenciales son estos, que solo tienen su explicación en los designios inexcrutables del Altísimo.

Para reconocerles tal carácter, baste solo tener en cuenta las circunstancias extraordinarias y la oportunidad en que se han producido. Cuando más arreciaba la tempestad contra el dogma católico, y se producían contra las Escrituras argumentos que, en el estado en que se hallaban las ciencias, consiguen de un golpe prodigiosos adelantamientos, que todos vienen á servir de auxiliares á la causa cristiana.

Explicando por un lado con admirable sencillez multitud de dudas que hasta hoy no se acertaba á interpretar, y descubriendo por otro horizontes desconocidos, en donde el pensamiento se asusta al verse como perdido en la inmensidad sin límites, vinieron à demostrar mejor que nunca que el princi-

pio y fin de cada ciencia se encierra siempre en arcanos que el hombre no podrá jamás escudriñar, y que los problemas más fundamentales, el fin y orígen de toda cosa, el tránsito del sér al no sér, la información de la vida en la materia, la manifestación de la libertad y del pensamiento en la criatura, serán eternamente para los humanos misterios que sólo la fe puede sondear y tinieblas que sólo se iluminan con la revelación.

***

Cuando con más implacable fúria redoblaba la crítica histórica sus golpes contra el arca santa, negando toda legitimidad al relato de las Escrituras, convirtiendo todos los sucesos en mitos, y poniendo en duda hasta la misma existencia de los personajes bíblicos, es cuando se empiezan á rasgar los velos que cubrían el misterioso Oriente, quien, llamado como testigo á la controversia, viene ahora con sus tradiciones, lenguas y monumentos de piedra y bronce á confirmar todos los hechos que se querían impugnar.

En medio de una de esas catástrofes que se presentan en la ruina de los imperios, Nínive, seis siglos antes de Cristo, había desaparecido de tal manera de la escena del mundo, que la huella de su existencia estaba por completo borrada de la superficie de la tierra. La voz del profeta vaticinó la ruina de aquella gran ramera, y poco despues vinieron sobre ella muchedumbres invasoras, que la pisotearon y vertieron la sangre de sus moradores. Y envuelta en los torbellinos de humo y polvo levantados por el ejército enemigo, desapareció de la tierra la soberbia ciudad, cuyo circuito no podía el hombre recorrer en tres días.

Sobre el mismo solar donde yacía sepultada, el trascurso de las edades desenvolvió grandes episodios del drama de la historia. Al lado de aquellas ruinas pasó Xenofonte sin oír nombrar siquiera á la

ciudad que fué en un tiempo reina del Oriente. Por aquellas márgenes del Tígris paseó Alejandro su ejército cuando trataba de constituir á Babilonia en capital del imperio; pero Alejandro tampoco tuvo noticia del lugar donde estaba el sepulcro de la soberbia Nínive, que tantas veces en lo antiguo llenó á Babilonia de espanto.

Por allí Roma tambien extendió su dominación y fundó colonias; allí se levantó más tarde el imperio de los Sasánidas; y luego Mahoma tambien lanzó por aquellas regiones á los hijos del desierto recien fanatizados por el Koran; y Gengis Kan y Tamerlan las cruzaron una y otra vez con sus hordas sanguinarias; pero á pesar de tantos pueblos y ejércitos que pisaron aquella tierra, á pesar de ser la parte más poblada del globo, nadie, sin embargo, tuvo noticia del lugar donde descansaba Nínive.

Sólo ahora, que faltaban armas para contestar á ciertas negaciones del racionalismo bíblico, es cuando se ha levantado la losa del gran sepulcro, y al cabo de veinticinco siglos el hombre ha vuelto á pisar de nuevo las calles, palacios y bibliotecas de la gran metrópoli de Oriente, para recoger allí en nuevos manantiales las tradiciones primitivas del género humano. Salieron del olvido las ruinas venerandas conjuradas para hacer una misma revelación, y dieron elocuente realce á la tradición bíblica. Fué un triunfo inaudito é inesperado para la religión.

Y así se comprobó una vez más que la obra propia de cada siglo se reduce, para el órden cristiano, en asentar con mayor vigor los dogmas que la ignorancia de alguna generación haya querido impugnar. Hoy, con más razón que en ningun otro tiempo, puede decirse que las ciencias, examinadas desde su verdadero punto de vista filosófico, no son sino una comprobación del texto sagrado. Ni en ninguna época se demostró mejor que, sólo cuando el saber está en infancia, ó en grado de imperfección suma, es cuando puede motivar argumentos contra la religión; y

que, por el contrario, á medida que los hechos se estudian y conocen mejor, brotan de las ciencias conclusiones que confunden á la impiedad.

La misma Exposición Universal de 1900 en Paris donde se han ostentado con todo esplendor los adelantos y conquistas de la ciencia y de la industria, no ha podido ofrecer dato ó invención alguna contraria á la fe y á la revelación.

La religión ha triunfado definitivamente en el terreno científico, y por tanto, ha tenido completo descalabro la impugnación del dogma á nombre de la ciencia; impugnación que en un principio se presentaba tan amenazadora. Los que antes pudieron llamarse conflictos entre la religión y la ciencia, no son ya sinó conflictos de la impiedad con la ciencia. Ha sido lo que Brunetiere ha llamado con verdad *la bancarrota de la ciencia* impía.

Y tan grande ha sido la derrota que en lugar de un racionalismo bíblico, que, aunque profundamente extraviado, sustentaba la herejía con objeciones que revestian aparato científico, ha vuelto á aparecer ahora el racionalismo, que no vive sino de negaciones brutales, y enarbola los tristes lemas de la extrema izquierda hegeliana.

Lo mismo ha sucedido en las escuelas filosóficas. En lugar de aquel espiritualismo doctrinario y racionalista, no desprovisto de grandeza, que durante la primera mitad del siglo XIX tenía apiñada alrededor de sus cátedras á entusiasta y ardiente juventud, y por la elocuencia de sus grandes oradores estremecía á la sociedad con enseñanzas contrarias al materialismo, prevalece ahora un escepticismo grosero que, con nombre de positivismo ó teorías de la evolución, en medio de cínicos desvaríos, aclama con tristes voces la ciencia sin Dios.

De este modo, á la generación doctrinaria que en medio de sus vagos sistemas mantenía, no obstante, los dogmas del alma espiritual y libre, vemos suceder una generación que proscribe á la filosofía, niega

toda verdad metafísica, llama á Dios una abstracción sin realidad; al alma, un mito; á la libertad, una ilusión; á la Providencia, la ley fatal de la evolución de las cosas; á la religión, una institución humana; á Cristo, un sabio, ó un hombre de bien, ó una piadosa ficción de la superstición humana; hemos visto suceder, en fin, una generación tan pedante como impía ó indocta, que prostituye la ciencia y no acierta á esgrimir contra el creyente otras armas que la garrulería del sofisma.

Puede, en efecto, decirse que ya la impiedad está expulsada del terreno científico, no quedándole otro recurso que el de la mentira, el sarcasmo difamatorio, el libelo, la gacetilla y la declamadora pedantería de los eruditos á la violeta; pero al fin acabarán por ser despreciados de las gentes sensatas, ya que no puede ser eterno el reinado del sofisma.

IV

No ménos enérgica que en el terreno de las ciencias empieza á descubrirse la resurrección católica en el órden político. A medida que la revolución fué completando la ruina de los antiguos poderes políticos y pulverizando los restos del antiguo régimen, se hizo también más manifiesta su impotencia contra el órden religioso.

A pesar de los furores anticristianos removidos en nuestra edad con tanta violencia, el santuario ha permanecido intacto. La barquilla de Pedro ha bogado majestuosa en medio de las más deshechas borrascas que conocieron los siglos. Lejos de extirpar la fé del fondo de los corazones, como en un principio lo pudo imaginar, la revolución no ha conseguido sino ver cómo se reanimaban las creencias allí donde parecían extinguidas, y cómo el sentimiento religioso volvía á apoderarse de las sociedades y á conmoverlas con tanto vigor como al día siguiente de la rebelión de Lutero ó en la época de las cruzadas.

Todo lo que con esfuerzos titánicos ha intentado levantar el espíritu anticristiano para sustituir la acción de la Iglesia, amenaza ahora ruina, y está á punto de desplomarse, como edificado sobre arena.

En el siglo XVIII las pasiones de impiedad se habían apoderado de todas las clases, pero principalmente de las que tienen por misión dirigir á las demás. La religión parecía entonces una superstición de los siglos de tinieblas, un legado del oscurantismo, que muy luego tenía que desechar para siempre la humanidad, llegada ya á edad de razón. Pero al fin de aquellos sueños, espantosas catástrofes se encargaron de desacreditar las teorías y desvanecer las ilusiones, convirtiendo en desengaños los desvarios.

Entonces, con triste experiencia, las clases volvieron á acogerse al santuario; y, antes que las demás las clases superiores, que pervirtieron á las ignorantes, fueron las primeras en abjurar la impiedad.

Nada más natural que así sucediera. Como la política es, por naturaleza, una ciencia experimental, ninguno de sus principios se puede sentar como falso ó verdadero sino después de haberle probado en la vida real con largos y laboriosos ensayos. Por falta de experiencia, la ciencia del gobierno sufrió horrible extravío, por más que entonces se creyera que había realizado insignes adelantos.

Los funcionarios reales eran los únicos que intervenían en la administración y gobierno del Estado; frente à este cuerpo burocrático, tan rutinario como omnipotente, y separados de él por toda la distancia que média entre la teorta y la práctica, los escritores soñaban en sus gabinetes, y con declamaciones sentimentales arrebataban de entusiasmo á los concurrentes de los salones aristocráticos. Así, literatos, políticos inexpertos y clases ociosas ajenas á la vida pública, habían convertido á la política, de ciencia experimental, en ciencia de razonamientos y teorías abstractas.

Se necesitaba una solidez de juicio á toda prueba, que seguramente no tuvo el siglo XVIII, para que

en ese mundo imaginario y de abstracción que, lejos de toda experiencia de la vida real, se habían formado los espíritus soñadores, do se desataran los sofismas y desvaríos propios de las ciencias extraviadas, y no corrieran las doctrinas más anárquicas como sistemas de gobierno los más sabios; y las teorías más infantiles, los principios más detestables, los desatinos màs desprovistos de seso, no se recibieran como los descubrimientos más asombrosos de la filosofía y el *non plus ultra* del saber humano.

*
* *

Favorable era aquella atmósfera de declamaciones sentimentales y paparruchas literarias, en donde se resolvían á carcajadas los problemas más árduos y graves, y se ventilaban con largas disertaciones los asuntos más baladíes; favorable era, repito, aquella atmósfera de paradoja, chistes y gigantescos silogismos, para que cundiera la impiedad entre escritores traviesos y niños con canas, enfadosos, gárrulos é ignorantes que se creían profundos políticos porque discurrían sobre la mejor forma de gobierno, y disputaban sobre si el hombre fué más libre y feliz en el estado salvaje que en la vida social.

Aquellas plumas é imaginaciones desenfrenadas necesitaban los desengaños de la experiencia para cambiar la pedantería por el juicio, y juzgar las instituciones con más sano criterio, y tratar á la religión con más filosofía. Las trágicas escenas de la revolución fueron las encargadas de llamarlos á la vida real y devolverles la experiencia de que tanto habían menester.

De aquí el cambio de ideas en cuanto estalló el primer trueno revolucionario. Las clases que las primeras habían aplaudido la bufonada sacrílega y blasfemado contra el culto, fueron tambien las primeras en sufrir los golpes de la tormenta.

Tras de horribles escarmientos volvieron á la Iglesia, reconociendo que es vicio de la naturaleza huma-

na el que no haya acción irracional en que no pueda caer el hombre si le falta el freno religioso; y que sin creencias, sin dogmas de la vida futura, no puede haber ni justicia, ni libertad, ni más gobierno que una lucha implacable entre la anarquía y el despotismo, y «no son los reinos, como decía San Agustin, sino grandes latrocinios». Nunca mejor que al terminar el siglo que se proponía suprimir el culto, como rueda inútil para el gobierno de los humanos, se confirmó la verdad de que *el gobierno* SOLO *no puede gobernar*.

Desde entonces no ha cesado la Iglesia de recobrar dominio en las conciencias. Acogidas á ellas las clases más sábias, que pervirtieron á las ignorantes, tratan de enmendar el yerro, pero la empresa no es ahora fácil, porque más pronto entiende el pueblo el lenguaje de las pasiones que el de la razón.

En la larga sucesión de los siglos, cuyos anales ha recogido la historia, siempre el desgraciado y miserable pueblo fué juguete del audaz y engañador palabreo; y como la ignorancia de las muchedumbres jamás ha de ser capaz de experiencia, están condenadas á servir siempre de juguete vil de sus astutos y desvergonzados tribunos.

Con igual facilidad se trae al pueblo á impiedad ó superstición; con el mismo esfuerzo se consigue que promueva revueltas en la república para levantar el ídolo de la libertad ó el de la tiranía. De él decía Voltaire: «Bueno es que el pueblo sea guiado, pero no instruido. El pueblo se parece á los bueyes, que tienen bastante con el aguijón, el yugo y la ración de paja.» Sin embargo, ahora le han dicho al pueblo que adore à Voltaire, y con entusiasmo lo coloca sobre sus altares y lo tiene por divinidad tutelar, y se desvive y alborota en cada ocasión que se le ofrece de conmemorar al bufón sacrílego; y por la doctrina y la secta volteriana se precipita en conjuraciones y motines que no le valen sino matanzas y miserias.

*
* *

Para conmover de esta suerte las masas populares y arrebatarlas de entusiasmo, ó soltar sus furores y hacer que abrasen ciudades, provincias y reinos, basta pronunciar ante ellas con artificiosa audacia algun mote sonoro.

Con apellidar ante ellas á la sedición y tiranía, libertad ó religión, igualdad ó buen gobierno, saben á maravilla los más vulgares tribunos arrastrarlas á novedad y hacerlas servir á proyectos ambiciosos y beberles la sustancia de sus haciendas. Pero una vez fanatizado y puesto en sedición por un lema cualquiera, necesita el pueblo muchos y muy terribles escarmientos para volver de su ilusión.

Por eso las muchedumbres amotinadas en nuestros días contra el altar, contra la familia, la propiedad, contra toda especie de gobierno, necesitan largos días de luto y catástrofes aún más pavorosos para llegar á desengaño.

Nada significa, por tanto, para el rumbo que han de seguir los sucesos humanos, que entre el vulgo haga todavía estragos y excite furores la impiedad. Si el estadista debe prestar la mayor atención al estudio de las pasiones que se desenvuelven entre las clases populares, y atender á sus necesidades y reclamaciones legítimas, previniendo con tiempo las explosiones; no es, en cambio, entre esas clases, sino entre las que por el saber dirigen á las demás, donde hallará los mejores y más seguros presagios para escudriñar los arcanos de lo venidero.

Así como las altas cumbres son las primeras que se iluminan con los reflejos de la aurora, y por ellas se extiende la luz cuando aún los valles permanecen envueltos en tinieblas, así tambien las eminencias sociales perciben más temprano los destellos de la aurora y disfrutan del crepúsculo del día cuando por las regiones inferiores se extiende aún noche oscura.

Claros resplandores anuncian ahora que por las eminencias sociales empieza á dibujarse el crepúsculo de una edad de triunfo para la Iglesia. Se nece-

sita para no verlo tener ofuscado el entendimiento por los odios y pasiones de esa clase de ruidosos y recalcitrantes vocingleros de liberalismo, que todavía encuentran ameno y distraído declamar contra la Iglesia y continúan padeciendo contracciones nerviosas en cuanto se trata de religión.

Políticos energúmenos, se enfurecen sin cesar contra el oscurantismo y la superstición; pero son en realidad tan supersticiosos, rutinarios y fanáticos como la criatura más indocta é irracional que produjo el siglo XII. Hombres en cuyo estrecho magin no caben sino las preocupaciones de su siglo, han abundado en todas las épocas de la historia, y los ocho mil años que hace que viven por el mundo no los han variado un ápice.

Si los de hoy hubieran vivido en la Edad Media, creyeran á pies juntillos todas las pías y candorosas leyendas, grotescas ó angelicales, desatinadas ó sublimes, que eran el alma de la literatura popular de la época; y seguramente que no hubieran conocido aquellos siglos más frenéticos desolladores de judíos y más sañudos é implacables verdugos de herejes, como hoy son perseguidores de monjas y religiosos, amigos de incendiar conventos y de apropiarse los bienes de manos muertas.

Imposible hallar caractéres más curiosos que los de estos hombres para el estudio psicológico de la humanidad.

A nadie debe extrañar, por tanto, los singulares ofuscamientos de estas gentes, que todavía no leen sinó las trágicas descripciones de los crímenes jesuíticos y lúgubres escenas del tribunal de la sangre, y no tienen ante la vista sino pueblos chupados por frailes, las hambres y miserias de la amortización eclesiástica, y demás horrores y ficciones espeluznantes de este género de literatura.

¿Cómo con impresiones tan sombrías no han de llegar las pobres gentes al paroxismo del furor cada vez que les hablan de religion? ¿Cómo no han de

conservar todos los resábios trasnochados de las tres ó cuatro generaciones de sentimentales y fanáticos de la incredulidad, que les han precedido, y continuar creyendo en la próxima ruína de la Iglesia, y discutir sobre los viejos ideales, destinados á desvanecerse muy luego con las últimas sombras del oscurantismo?

IV

Pero ¿quién que se vea libre de este género de ofuscaciones y no tenga alteradas sus facultades mentales por la incredulidad, enfermedad endémica de nuestra época, al observar atentamente el curso de las ideas y de los acontecimientos, no reconoce que la Iglesia, en medio de los desastres, se ha rejuvenecido y prosperado?

Muchas son todavía las preocupaciones que dominan sobre materias de religión y en contra de las comunidades religiosas, y de la jerarquía eclesiástica, y de las atribuciones del poder espiritual; pero ¿dónde hallar en el día un hombre de Estado, digno de este nombre, que acepte las conclusiones de impiedad que tan en voga anduvieron durante cerca de un siglo entre pueblos y gobernantes, teniendo por corifeos à reyes y filósofos?

Grandes daños ha causado y está causando la Revolución á la Iglesia: despojada de sus bienes, calumniada y vilipendiada, vive como de limosna, y con harta frecuencia poderes hóstiles manejan contra ella las regalías con intentos cismáticos. Pero, á pesar de todo, palpamos ya la lenta reacción que decididamente se está manifestando á su favor. Su influencia ha crecido de un modo tanto más eficaz cuanto que, ahora mejor que nunca, se ha visto que de sí misma saca toda su vitalidad y energía.

Perseguida ó abandonada por los gobiernos, privada de todo recurso material, obligada á desempeñar su ministerio con la mayor pobreza y escasez de me-

dios, la Iglesia, sin embargo, ha sabido arraigarse cada vez más en los corazones.

Mientras las pasiones se revuelven en lodo y sangre por la arena política, y al decir del citado Macaulay, «el mundo se estremece con las terribles convulsiones que padecen los principales pueblos de la cristiandad, y los gobiernos que parecían construidos para duración secular caían como heridos del rayo, y la guerra civil vertía arroyos de sangre por las calles de las más soberbias capitales de la Europa occidental; y todas las pasiones perversas, la sed de riquezas y la sed de venganzas, el ódio de castas y los tradicionales rencores de raza, rompían el freno de todas las leyes divinas y humanas; y el espanto y la incertidumbre se apoderaban de los corazones, y se suspendía el comercio, y se paralizaba la industria, y el rico se hacía pobre, y el pobre más pobre aún; mientras se proclamaban en las tribunas parlamentarias y se defendían con el sable doctrinas enemigas de las ciencias, de las artes, de la industria, de las virtudes domésticas, doctrinas que, si hubieran de aplicarse, destruirían en menos de treinta años lo que treinta siglos acumularon para el bien de la humanidad, y convertirían á la más hermosa provincia de Francia ó Alemania en regiones tan salvajes como el Congo y la Patagonia; mientras Europa, en fin, se veía amenazada de una invasión de bárbaros, que habrian hecho parecer civilizadas y humanas á las hordas de Alboino y Atila, la Iglesia ha sabido cruzar los grandes vaivenes de nuestra edad, dominando las iras y enconos sociales que desgarran á los pueblos.»

Mientras todo á su alrededor se desquicia, pereciendo arrebatado por el torbellino revolucionario, que arrastra como hojas secas las instituciones más seculares, la Iglesia es lo único que aparece indestructible en medio de la tempestad. Y cuando fuera no se conoce sino perplegidad, vacilación, incertidumbre, y el día de mañana no anuncia sino catás-

trofes y miserias mayores, Ella, y sólo Ella, fiada en la inalterable certeza de sus principios, y comprendiendo que no necesita para su triunfo ni sordos manejos, ni mezquinos apoyos, aguarda tranquila la hora que la Providencia le tiene señalada en lo venidero para brillar de nuevo con todo esplendor.

Así, á medida que la guerra y la revolución van disolviendo partidos, y los trágicos sucesos desvaneciendo ilusiones, vuelven los hombres á acogerse al seno del santuario, como al único asilo de la paz y conciliación, y el único lugar donde los ideales son eternos y las esperanzas no se trocan en desengaños.

De este modo va preparándose lentamente el desenlace del gran drama de nuestros tiempos, siendo fácil presagiar desde ahora que una vez más de manos de la Iglesia han de recibir feliz solución los complejos problemas del orden político y social para la formación de gobiernos libres y respetados y felicidad de los pueblos.

***

De antiguo sabe la Iglesia que en las naciones los males que traen su origen del estado social no se curan con golpes de Estado; ni se cierra la sima de las revoluciones con reacciones violentas ó actos de fuerza; ni se cambia la situación moral de un pueblo con un decreto ó una intriga política, ó con el triunfo de un partido, sino que es menester ir extirpando del cuerpo social, con lento trabajo, los gérmenes de ruina y descomposición, y procurar primero que la sociedad esté sana, si se quiere que llegue á estarlo el Estado.

Por eso, alejándose en lo posible de las discordias civiles, escoje con predilección el terreno de la propaganda para hacer frente á las doctrinas disolventes y sistemas de violencia y anarquía ideados á fin de dejar las pasiones sin sujeción.

Admirablemente ha comprendido que el remedio más eficaz para combatir los males de ahora consiste

en preparar en silencio, una era en que el espíritu cristiano se mantenga intacto en medio de las disenciones políticas, y el freno religioso sujete mejor, dentro de cada individuo, las pasiones, que andan en nuestro tiempo tan revueltas. Conoce mejor que nadie que, cuando la religión tiene el suficiente dominio para con solo su autoridad moral hacer respetar á cada uno el derecho de los demás, no necesita el Estado atribuciones tiránicas, y son inútiles y no pueden prevalecer los cesarismos y dictaduras; pero que, en cambio, desde el momento en que faltan las creencias, el Estado, para poder atender á la defensa de los intereses sociales, necesita armarse de atribuciones despóticas, y, como remedio supremo contra las explosiones de la anarquía, son inevitables los latigazos del cesarismo.

La Iglesia, aguardando así confiada la hora en que se han de serenar estas tormentas cuando se cumpla el plazo señalado por la Providencia; aplicando, previsora, á los males sociales el remedio más lento, pero tambien el más eficaz, que consiste en sembrar por los mismos surcos que la revolución ha rasgado en las entrañas de los pueblos los grandes gérmenes del orden moral, para que fructifiquen en generaciones venideras; la Iglesia, enseñando apacible á la juventud, en lugar del liberalismo, la libertad; en lugar de los cesarismos, violentos como todo poder débil, una autoridad que, por ser fuerte y respetada, evita la tiranía; la Iglesia, en fin, manteniendo donde quiera las disciplinas sociales contra los asaltos de las hordas que nos amenazan con nuevos siglos de barbárie; fortaleciendo la ley, con sólo hablar á los hombres de los destinos inmortales y de los principios de la moral cristiana; amparando la miseria de las muchedumbres, no con las violencias del socialismo, sino con los preceptos y heroismos de la caridad cristiana,—forma singular contraste con los furores que en el campo opuesto se desatan; con la corrupción, intrigas, escándalos, crímenes, vergüenzas y

horribles explosiones de apetitos brutales que produce la ambición de los demagogos, disputándose como animales de rapiña los despojos del poder y del erario público.

Nada más á propósito que este contraste para apreciar de qué lado están la verdad y la justicia en medio de la hirviente disputa de nuestros días. Es experiencia recogida en la historia de todas las revoluciones que, para conservarse y adquirir imperio en las sociedades, los grandes partidos, como los grandes hombres, moralizan y gobiernan; los mezquinos, intrigan; los malvados, corrompen y los osados, oprimen.

Al recoger estos presagios de triunfo para la Iglesia, que ahora empiezan á germinar entre las sociedades asoladas por la fuerza terrible que hace más de cien años lleva rodando delante de sí á cuanto se le opone, hemos procurado encerrarnos en el campo de los cálculos de la previsión humana. En efecto, aún escudriñando los problemas sociales con sólo los limitados recursos de la humana previsión, es indudable que en la observación de los grandes sucesos que estamos presenciando, se descubren en el día elocuentes síntomas de reacción en favor de las creencias; pero no necesita el creyente de estos síntomas y presagios humanos para creer y esperar firmemente en el triunfo de su Iglesia.

Habituado está á conservar inquebrantable la esperanza en medio de escenas de mayor desolación.

Como ante los ojos de Ezequiel, con las horribles destrucciones de la revolución, se han extendido en nuestros tiempos ante las miradas del creyente, muchos campos de desolación, cubiertos de huesos secos. Pero hoy, como entonces, el creyente espera que esos huesos, secos y macerados por el soplo revolucionario, de nuevo se cubran de músculos, nérvios y piel, y revivan con el espíritu cristiano. Y con la firmeza de su fé ha de conseguir el creyente que germine de nuevo la vida entre las cenizas de los se-

pulcros, como tantas veces ha sucedido al travéz de los siglos.

***

La fe es, en efecto, el secreto principal de la fuerza del catolicismo, y tambien el secreto de la debilidad é impotencia de la revolución contra el templo.

Cuando todo parecía perdido, y los fieles y pastores andaban en dispersión, y los ejércitos de la revolución recorrían triunfantes la Europa profanando todos los santuarios, y arrastraban al pontífice en cautiverio y escribían luego sobre su tumba: *Aquí yace el último papa*, y los hombres se llenaban de espanto, y se estremecían de terror las naciones al ver rotos los ejércitos, volcados los tronos, quebradas todas las dominaciones, y levantada una espada sobre todas las cabezas por fuerza irresistible, que parecía sobrenatural y salida del fondo del abismo para cambiar la faz de la tierra en una hora de convulsión sin ejemplo; cuando, soltadas todas las fúrias infernales, parecía como que ya iban á arrancar de raíz la secular encina y realizar la obra de más terrible destrucción que se ha conocido debajo del sol, el creyente, á pesar de tantas incertidumbres y congojas de muerte, no perdía la esperanza; y sentado solitario sobre las ruinas de lo antiguo, contestaba tranquilo al incrédulo que le interrogaba: «Desaparecerá el impío como la tempestad que vuela.»

A una fé de este temple, nada resiste: con ella se llega á dominar todas las tempestades y á andar á pié firme sobre los mares revueltos. Así que desde aquella primera explosión revolucionaria, la fe no ha cesado de extender sus dominios; mientras en el campo opuesto, van cayendo rápidamente ilusiones y entusiasmo, ó, por mejor decir, ya no los hay, y hierven en su lugar los furores de la desesperación y de la anarquía.

Hubo un tiempo en que campeones llenos de convicción y entusiasmo ardiente sustentaban los principios revolucionarios; entonces, á pesar de crímenes nefandos, de matanzas y abominaciones como no se habían visto en la tierra desde los tiempos de Nerón, la talla de aquellos terribles convencionales parecía veinte codos más alta que la de los demás hombres, y las masas que lanzaban á la guerra no se podían comparar sino con los escuadrones fanatizados por Mahoma para cruzar por las naciones como un torbellino del desierto, propagando con el alfanje su evangelio terrible. Pero aquel frenesí pasó, y hoy la fe y entusiasmo sólo se hallan en el seno de la Iglesia.

En las luchas sociales, cuando dos causas irreconciliables se disputan el dominio de los hombres, el triunfo es seguro para aquella que excita más fe y entusiasmo en los suyos. En balde su contraria, dueña de todos los elementos de dominio y árbitra del empleo de la fuerza material, se desatará en furores y accesos de violencia: su esterilidad no ha de resultar por ello sino más completa; los alardes y ostentaciones de poderío sólo servirán para hacer más manifiesta su impotencia. Tan verdadero es respecto de los partidos en política, como respecto de los individuos en religión, el principio de que sólo se salva y triunfa el que tiene fe y firmes convicciones.

La falta de fe, es en el terreno religioso el flaco de la armadura de la revolución. Su propósito ha sido realizar contra la Iglesia el programa del siglo XVIII: «Destruir al infame»; colocar á Voltaire en el lugar de Cristo.

Pero ¿quién hoy día cree y espera en las doctrinas de Voltaire, si es estadista de buena fe?

Por lo demás, los partidos de la revolución recogen ahora lo que sembraron: sembraron iniquidades, y están comiendo fruto de mentira. La falta de la fe los pierde; donde no hay entusiasmo, no puede haber ni unidad de acción ni energía, sino división y discordia; y lo que está dividido, no puede reinar.

Por mucha que sea la audacia de semejantes parti-

dos, irremediablemente tienen que ser humillados y rotos por el entusiasmo que inspira la Iglesia á sus fieles.

Son ya demasiado grandes las brechas que ofrece el edificio revolucionario para que pueda resistir el asalto de las legiones creyentes.

Así es que, aunque todavía muchos hombres, por propia conveniencia, adulen, inciensen y adoren los principios revolucionarios, que en el fondo de su corazón reprueban y desprecian; aunque todavía se califique de hipocresía ó fanatismo á toda pasión que no sea ánsia de dinero y apetitos viciosos ó codicia de dignidades y medros; aunque las concupiscencias humanas, los cálculos de la razón de Estado y las intrigas de la política se conjuren para sostener la obra anticristiana, todo el mundo vá comprendiendo que la ciudad edificada con sangre y cuyos muros se asentaron sobre injusticias, tiene que venirse abajo irremisiblemente; y encargada de esta obra parece ser la anarquía, última palabra de la revolución atea é incrédula.

¡Dios castiga á las sociedades por donde pecaron para hacerlas sanables!

En confirmación de lo expuesto queremos añadir esta reflexión tan sensata como sintética de M. de Vogüé, de la Academia francesa, al resumir la obra *Un siglo:* « Nuestro siglo, dice, ha atravesado crísis amenazadoras para el cristianismo; él ha reconocido impulsos de renacimiento religioso, seguidos de depresiones; se ha podido creer en ciertos momentos que la necesidad más imperiosa del alma, la religión, estaba á punto de desaparecer, al menos para ciertas fracciones de la sociedad, considerables por la inteligencia ó por el número. Las ideas que parecían empujar al mundo con más ruído y más esplendor, guardaban por las cosas religiosas un silencio indiferente ú hóstil. La Iglésia católica ha sido singularmente probada en su cabeza y en sus miembros por las condiciones nuevas y difíciles que le eran

impuestas por los trastornos de la Europa, la abolición del poder temporal y el triunfo de los partidos democráticos generalmente opuestos á esa Iglesia. Sin embargo se la ha visto levantarse, encontrar en un estado lo que se le escapaba en otro, ganar en una parte lo que perdia en otra, triunfar de las persecuciones y preparar para el porvenir una especie de concordato moral y social con las democracias. Todos saben con qué amplitud su jefe actual ha manifestado su poder espiritual, á falta del temporal, y como este soberano destronado, ha beneficiado fuerzas de opinión, que sustituyen en nuestra época las fuerzas materiales.

«El historiador que juzgará el siglo XIX y hará su balance sin prevenciones, seguramente dirá lo siguiente: «La Iglesia militante ha atravezado las tormentas del siglo XIX sin decaer del sitio à que tantos siglos la habían elevado; ella ha conservado sus posiciones contra formidables asaltos; ella ha seguido la evolución general; ella ha continuado haciendo mucho bien, y hoy más que nunca preocupa, inquieta ó tranquiliza á todo hombre que medita sobre sus propios destinos ó influye sobre los de los otros.

Para sus intereses, su autoridad, su gloria, la Iglesia no echa de menos la vida más fácil, pero menos enérgica y menos pura, de que ella habia gozado durante los siglos que le otorgaban más obediencia exterior, pero menos acción sobre los espíritus y los corazones».

V

No queremos poner término á estas consideraciones sin hacer notar que el actual Pontífice con su sábia política religiosa contribuirá grandemente á acelerar el triunfo de la Iglesia, ratificándonos así en lo que hemos dicho en otro lugar.

La célebre Encíclica *Præclara*, que es como el coronamiento de la obra de León XIII, fué como la voz

de salvación caída sobre un mundo que se agita en la angustia y en la incertidumbre de los más grandes problemas; pero que busca un ideal, porque así no puede vivir. Y de esa Encíclica puede decirse que es la síntesis luminosa de todas las ideas y de todas las empresas de León XIII; apareciendo en la hora propicia, en el momento de una crísis universal, cuando mas que nunca teníamos necesidad de luz y de principios regeneradores.

El mundo contemporáneo reclama grandes carácteres y espíritus elevados, porque atravesamos una época en que las transformaciones producen esas crísis pavorosas de la historia, precursoras de grandes acontecimientos. La agitación se siente en todas partes y la sociedad no encuentra reposo, porque las ideas fundamentales sufren la influencia del excepticismo filosófico.

¿Cuál ha sido, pues, la obra de León XIII en favor de la sociedad contemporánea y de la Iglesia?

Este gran Pontífice tomaba posesión del poder en la hora en que los signos de las metamórfosis sociales aparecían en el horizonte, y sintió en su alma la necesidad de un plan magno en la dirección religioso-social: conservar, crear y salvar.

Conservar el depósito divino haciendolo brillar á la faz del mundo; separar y entresacar de la civilización actual lo que contenía de bueno y de fecundo; preparar el porvenir por la renovación de los métodos del pasado, presintiendo los acontecimientos que estaban próximos á sucederse. Este ha sido el papel del grande y sabio Pontífice, la misión del doctor, del estadista y del reformador.

Leon XIII recuerda suscintamente en la citada Encíclica, que es la màs notable, todos los esfuerzos hechos desde el principio de su pontificado; y puede sin falsa gloria señalar ese hermoso ciclo de Encíclicas en que la doctrina divina se coordina con su encadenamiento riguroso, en donde la síntesis brillante se une á un análisis sutil y en donde con magistral

cultura ha sabido engastar el tesoro de Dios con las magnificencias del arte del hombre.

Y en verdad, jamás obra alguna ha respondido mejor á las condiciones intelectuales y necesidades sociales del momento histórico.

En nuestros días, á la vez que se sabe demasiado, nada se sabe á fondo. De aquí nacen los equívocos, la falta de precisión y exactitud; de aquí las luchas y discusiones estériles, los prejuicios y también desgraciadamente, la perversión de los espíritus y el choque de sistemas los más contradictorios y extraños sobre la misma materia.

Y sin embargo, cada vez que ha hablado Leon XIII el mundo le ha prestado atención; su gran palabra se insinúa en los espíritus, y si los más tercos no rinden homenaje á la verdad, se inclinan por lo menos ante la lucidez, la franqueza y nobleza de la exposición; la Iglesia aparece sobre la cumbre en todo su grandor y en toda su belleza y ya no puede ser tratada de enemiga de la civilización, antes bien es considerada como su inspiradora y su genio tutelar.

Pero, el Pontificado y la Iglesia no sólo tienen la misión de conservar y afirmar la eterna verdad; tienen un papel más elevado quizás, y sin contradicción más difícil y más complicado, cual es el de adaptar los principios inmutables á las condiciones de cada época, con esa sabiduría y esa prudencia que deben caracterizar á los *conductores de los pueblos*.

Cada período tiene sus necesidades, sus vicios y sus grandores; transformar los hechos contingentes en vehículos de la verdad y de la justicia; seleccionar de las corrientes históricas los elementos de verdad y de bien; saber dirigir y encarrilar los movimientos sociales, en lugar de detenerlos con riesgo de provocar las crísis reaccionarias: tal es incontestablemente el deber y el papel de un hombre de gobierno y de doctrina á la vez.

Pues bien; con esa tenacidad y esa paciencia, que *es la mitad del genio*, ha cumplido el gran Papa este

noble y gran designio. Estos propósitos de alta política y sabia dirección resplandecen al travéz de todos sus actos y han llegado á su más perfecta expresión en las Encíclicas *Immortale Dei*, *Libertas*, *Rerum Novarum y Præclara*, en donde el hecho relativo se armoniza con la idea absoluta en una sintesis tan feliz, que amigos y adversarios las consideran como el triunfo del filósofo y del estadista, en la explicación del problema político-social que es el más tremendo de la época presente.

***

Comprendiendo perfectamente el pensamiento de León XIII, decía Mons. Ireland: «El siglo, la sociedad moderna, en sus grandes ambiciones, que espantan á los miedosos y á los de corta vista, busca los dones celestiales que la Iglesia ha recibido de Jesucristo para que los distribuya á la humanidad con una generosidad divina: la civilización, el progreso moral, la igualdad, la fraternidad, el bien estar social, las libertades políticas y civiles, el respeto á la dignidad humana, la justicia y la paz social, todas las aspiraciones legítimas de la humanidad.

«El siglo puede denominar estos dones con nombres algo extraños y preguntarse con cierta incertidumbre, bajo que forma los aceptará; pero en el fondo y para quien sabe comprenderlo, se trata de los dones que la Iglesia conserva en su seno y que ninguna otra mano, sino la suya podrá esparcir y distribuir con seguridad.»

Así pues, al reivindicar León XIII para el cristianismo todo lo que constituye el honor y la fecundidad de nuestra civilización; al trazar á los católicos la medida en la que pueden cooperar á la obra de regeneración y tomar parte en las luchas modernas, ha logrado conciliar y pacificar; ha renovado la atmósfera intelectual, y al transformarla, ha resuelto muchas cuestiones, por el solo hecho de saberlas plantear. Este es el arte ideal; el triunfo del tacto en las grandes situaciones, y aquí está el gérmen de las proyecciones para dirigir el porvenir.

Superior á la vez y mezclada á los acontecimientos históricos, la Iglesia permanece digna de su misión: ella será mañana lo que ha sido ayer; pero la parte del hombre que la gobierna tiene su intervención propia.

Es necesario preveer y preparar; leer en los acontecimientos y en los espíritus contemporáneos; aprovechar del torbellino de los hechos para imprimir al mundo una dirección que responda de la mejor manera á las necesidades y á las condiciones inmutables del catolicismo.

Esta presciencia de lo que vá á acontecer y de lo que conviene obrar ó tolerar, tiene un valor especial en las circunstancias extraordinarias, cuando todo se agita, todo se transforma y todo busca llegar al equilibrio y al reposo de una gran conquista. He aquí nuestra época: aquí está su originalidad y su atractivo, al mismo tiempo que sus dificultades y peligros y sus grandes esperanzas.

Sería indisculpable torpeza negar que una era acaba y que comienza otra: *la gran panacea* de la Revolución francesa ha muerto y no resucitará jamás ante las verdaderas conquistas de la ciencia política, social y económica; porque no se puede retrogradar.

Nos encontramos en la *epoca social* que se presenta imponente y amenazadora. Solamente los que se renuevan y se adaptan á las nuevas necesidades se salvarán y salvarán tambien sus intereses. Volver hácia atrás, al pasado, echándolo de menos como inmutable, es error: es necesario mirar hacia el porvenir. Más ¿en qué consistirá y cómo prepararlo, formarlo y adivinarlo en cierto modo? Hé aquí el gran problema; y sin embargo, esta ha sido la preocupación predominante del pontificado de León XIII.

¿Porqué, sino, su inteligencia se ha fijado siempre con preferencia en los pensamientos sociales? ¿Por-

qué ha apurado todos los tesoros de la paciencia en habituar los espíritus á dirigir su atención y cuidado sobre las transformaciones que se han hecho necesarias en la sociedad moderna? Porque su genio ha presentido que allí estaba el porvenir; que era necesario modelarlo con nuestros propios esfuerzos en vez de abandonarlo á la incredulidad y al socialismo y prevenir con tiempo los movimientos que arrastran la sociedad hacia tumultuosos sacudimientos y trastornos pavorosos.

Estos consejos y estas direcciones del gran Papa han perturbado á veces á los espíritus timoratos, ó los ha dejado perplejos, por que ignoran la naturaleza del presente y no saben presentir el porvenir. Analizando los actos del actual Pontífice bajo este aspecto, se ve que este propósito predomina en toda su obra directríz tan diversa y armónica á la vez; todo se coordina y todo viene é parar á esta orientación clarovidente.

Y este gran Papa, que parece providencialmente destinado á llevar la paz y la conciliación á todos los espíritus, aún á aquellos mismos que ciegamente se apartan de las enseñanzas luminosas del cristianismo, llama con amor de Padre á todos los hombres de buena voluntad, do quiera que se encuentren, y les exhorta á que, buscando en la Iglesia el centro de unidad y de fuerza moral, se lancen á la defensa de la sociedad en estos momentos de supremo peligro para la civilización.

Muchos años hace que el conde de Montalembert aseveraba con aliento profético que día llegaría en que la humanidad pidiese á gritos que la sacaran del abismo en que había caído, y acudiría á la Iglesia en busca de consuelo y salvación, volviendo sus ojos hacia el faro luminoso del Vaticano, puesto por Dios sobre roca inconmovible para guiar al género humano en su marcha providencial al través de los siglos.

Estos tiempos se acercan: el dolor, el desquicio y la infecundidad evidente de las teorías anticristianas

han abierto los ojos á muchas gentes extraviadas; y muchos genios leales, que por antecedentes de educación viven fuera de la Iglesia, empiezan á comprender que sin esta gran potencia moral, única que resiste á todas las tempestades, no se podrá salvar la sociedad.

En verdad, aún existen espíritus tan preocupados que acusan de retrógrada á la Iglesia, como enemiga de la ciencia y de la libertad, y hasta anuncian que está próxima á desaparecer; pero á estos tales no hay más que recordarles que esas acusaciones ya son despreciables por rancias y gastadas, como que se vienen repitiendo desde los primeros siglos.

Cuando al través del curso de los tiempos, se repara en las atroces calumnias que el paganismo romano dirigía contra los cristianos primitivos, se vé con asombro el retrato fiel de las odiosas inculpaciones, con que se había de perseguir al cristianismo en la sociedad moderna. Entonces se acusaba á los cristianos de ateismo, no obstante ser los más ardientes adoradores del verdadero Dios; de ódio al género humano, siendo los instauradores de la dignidad del hombre y de la fraternidad universal; de encenagarse en la prostitución en reuniones clandestinas, cuando eran prodigios de santidad; y de causantes de la ruina del imperio y de la civilización romana, cuando eran los destinados á regenerar y salvar la sociedad. Así que si parece increíble que á tan bajas intrigas haya descendido el paganismo, más increíble parece que de no menos vergonzosos recursos había de echar mano la incredulidad moderna. Táchase á la Iglesia de enemiga de la libertad, cuando por la doctrina de Jesucristo es la conservadora de la verdadera libertad en el mundo; se afrenta á los cristianos con el apodo de retrógrados, cuando el cristianismo es la doctrina del progreso y su eterno manantial sobre la tierra; se acusa al sacerdocio de retardatario de la civilización, cuando ésta es obra de los pastores de la Iglesia; y por último, se proclama que la fe pone ligaduras á la ciencia,

cuando en realidad la despoja de las antiguas supersticiones y nadie fomenta mejor su crecimiento fecundo.

Por otra parte, los incrédulos modernos, convirtiéndose en profetas, anuncian la próxima ruina de la Iglesia; pero no tienen siquiera el interés de la novedad: hace tiempo que vienen publicando este vaticinio; más él no se cumple; sólo se realiza el de Jesucristo. Ya en sus días, catorce siglos hace, se reía de él San Agustín, cuando escribía estas palabras: «Miran á la Iglesia y dicen: *Va á morir*, y *muy pronto desaparecerá su nombre*, y *no habrá ya cristianos: llegó su hora;* y mientras están diciendo esto, veo que mueren ellos todos los días, y sin embargo la Iglesia permanece siempre en pié, anunciando el poder de Dios á todas las generaciones que se van sucediendo.»

Y esa es la verdad; todo muere en el mundo: desaparecen individuos y naciones; perecen imperios y reinos; cámbianse dinastías y formas de gobierno; instituciones de todo género se suceden unas á otras; las sociedades contínuamente se trasforman. Más la Iglesia subsiste intacta, la misma de siempre, inconmovible é inmutable. He aquí un hecho único en su especie durante los diez y nueve siglos que lleva de existencia la Iglesia, hecho que por sí solo constituye una prueba clara é inconcusa de su divinidad.

Y siendo esto así ¿cómo no comprenden los incrédulos que es históricamente ridículo el vaticinio de muerte para la Iglesia, así como debe ser inquebrantable la esperanza de supervivencia para el catolicismo en medio de las más tremendas tempestades?

Si; la Iglesia católica por medio del Pontificado está en condiciones de conducir la humanidad á su glorioso porvenir, muy lejos de encontrarse en la decadencia que le achacan sus adversarios vulgares, ya que al decir de Mr. Guizot, el historiador de la civilización moderna: «en esta terrible confusión y lucha actual, no solamente el cristianismo proclama el

bien y condena el mal en principio; sino que él solo tiene de hecho la autoridad y la fuerza necesarias para dominar el mal sin que el bien perezca también en la lucha.»

No; el catolicismo no está próximo á desaparecer, antes bien, podemos afirmar con Mr. Gladstone que «ésta maravillosa Iglesia, tan antigua como el cristianismo y tan universal como la humanidad, es hoy despues de diez y nueve siglos de existencia tan jóven, vigorosa y fecunda como aquel día en que el fuego de Pentecostés descendió sobre la tierra.»

Y ¿cómo había de peligrar la existencia de una institución que tiene en sí ese vigoroso gérmen vital de adaptación á las edades y á los siglos, fortificándose con las conquistas sin debilitarse jamás! «Tal es la potencia de transformación de la Iglesia, dice M. de Vogüé, que, fija en su doctrina, adapta con admirable sagacidad su gobierno y su acción humana á todas las necesidades de los tiempos, que es la condición de su inmortalidad. La Iglesia es *católica* (universal) y al extender sus conquistas sobre la tierra, no hace más que fortificarse, sin que se debilite, como nosotros.

«Por tanto, es evidente que *nuestra época* trabaja en favor de la Iglesia, cuando unifica al mundo con sus conquistas, como trabajaba otrora en su favor la Roma imperial, conquistando el mundo antiguo».

Por fin, así por su imparcialidad, como por constituir una respuesta la más adaptada á los pronósticos de decadencia y ruína para la Iglesia, citaremos la opinión del publicista M. Gladden, director de la *Revue Historique*, quien lejos de suponer la ruína de la Iglesia, la considera como la suprema esperanza de salvación en la crísis actual de la sociedad.

He aquí sus palabras, con ocasión de un sensato trabajo sobre el Pontificado, preciosa confesión de un protestante: «Una singularidad de la época actual es ver á esa institución, cuya existencia, parecíanos pocos años hace, una especie de anacronismo, (se-

gun las preocupaciones racionalistas y protestantes), gozar en todo de un nuevo vigor de vida y popularidad, añadiendo el entusiasmo de juventud y de esperanza á la aureola de antigüedad y á los recuerdos gloriosos de que la han coronado los siglos.

«En medio de la turbación arrojada en las conciencias y en los intereses por el creciente poder de las clases obreras y de sus aspiraciones apasionadas hácia un estado social más feliz y más justo, se pregunta el mundo moderno si el Papado no es la única autoridad capaz de servir de árbitro entre el capital y el trabajo y de facilitar la solución de los problemas sociales, dando á los que poseen el sentimiento de sus deberes y desarmando la codicia de los que no poseen.

«Frente á la ostentación de perversidad refinada y de cinismo procáz que deshonra á la literatura y á la sociedad moderna, que encuentra formidables auxiliares en los progresos de la demagogía y en la teoría de la libertad ilimitada de imprenta, nosotros estamos dispuestos *á ver en la Iglesia católica la única fuerza moral organizada capaz de levantar las conciencias y de acabar con una desmoralización que amenaza borrar el respeto á la pureza de costumbres y hasta las más simples ideas de probidad y de honor.*

«Al contemplar á la Iglesia católica, no se puede menos de experimentar un sentimiento de profunda veneración hácia la institución más notable por su influencia universal y más importante por su duración que el mundo ha visto. Ante ella los más poderosos imperios son una débil figura; porque ella ha sido en todos los siglos un emporio de heroismo, de moralidad y de civilización.»

Esta franca y grandiosa confesión ó profesión de fe sobre la grandeza y soberana influencia de la Iglesia en los destinos de la sociedad no necesita comentarios, y solo nos ocurre dar de ella traslado á los espíritus tan llenos de preocupaciones contra esa maravillosa institución, que desprecian y hasta aborrecen, por que no la conocen sinó al través del prisma de añejas, aunque juglares calumnias. Y lo que es más doloroso, llenos por otra parte de nobles y generosas ambiciones, creen desgraciadamente que atacándola y denigrándola hacen obra de amantes del progreso y de la civilización, sin desconfiar siquiera que la Iglesia católica es el auxiliar más póderoso para todas las grandes conquistas que redundan en honor y bienestar social de los pueblos y sociedades.

Segunda parte

Por encuadrarse en las ideas emitidas al tratar del *Legado del Siglo XIX* sobre los temores y esperanzas respecto de la sociedad moderna y venir á ser una especie de ampliación del mismo asunto, hemos creído conveniente insertar aquí á manera de apéndice algunos trabajos de actualidad, empezando por la oración inaugural que pronunciamos en la apertura solemne del tercer Congreso Católico del Uruguay.

El homenaje á Jesucristo y el siglo XIX

«Christus heri et hodie; ipse et in saecula.» (Hebr. 13.8.)

Es muy consolador contemplar como el siglo XIX al finalizar, termina levantando con eco atronador un grandioso himno de amoroso homenaje y gratitud á Jesucristo Redentor y de respeto y obediencia á su augusto Vicario, el Romano Pontífice. Este acontecimiento van á celebrar los católicos del Uruguay con un solemne Congreso, que será la más elevada demostración pública que podamos ofrecer á Jesucristo y á su representante en la tierra como protesta de respetuosa adhesión.

Merecen, pues, el más sincero y caluroso aplauso los miembros del III Congreso Católico del Uruguay, porque han querido congregarse en nombre de la

santa causa para rendir pleito-homenaje al Padre de la civilización y Rey de los siglos, Jesucristo; ya que de Cristo es la victoria, el reino y el imperio, en este y en todos los siglos: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

Y en verdad, era una exigencia de nuestra fe y de nuestra gratitud al Redentor dar este espectáculo esplendoroso de la afirmación y profesión pública y solemne de nuestras creencias al celebrar el gran acontecimiento de dos siglos que se dan la mano para continuar la obra de la redención, á pesar de los combates y de las persecuciones que en cada centuria hacen más espléndido el triunfo perenne de Jesucristo.

Al tener el honor de dedicar este Congreso en homenaje al Redentor y á su Vicario, quiero dar una idea acerca de la conveniencia del homenaje que va á celebrar el mundo cristiano y en el que queremos tomar parte tan principal, así como de la situación de la sociedad moderna con relación á la Iglesia católica.

El fin del siglo y el homenaje á Jesucristo— Nuestro siglo ha sido llamado el siglo del progreso, y no sin razón; puesto que deja impreso un gran surco en el campo de los conocimientos humanos y ha realizado maravillosas conquistas. Pero ese surco y esas conquistas, que revelan su pensamiento y su carácter, demuestran que desgraciadamente ha sido también el siglo de la materia y que, descuidando el progreso moral, se ha propuesto con ahinco los bienes materiales y sensibles.

Ebrio de orgullo con sus triunfos, se sirvió de ellos como pretexto para hacer guerra al orden sobrenatural, y olvidando que el apellidarse siglo *diecinueve* era rendir homenaje á la Era cristiana que tiene su razón y principio en la Redención, llegó en su racionalismo hasta la negación de Dios; impío osó atentar contra la divinidad de Jesucristo; frío é indiferente no se ha preocupado de Dios, ni de su Providencia, rindiendo

culto al nefasto positivismo, negación raquítica de los grandes ideales para la razón y la libertad.

Y hélo aquí próximo á desaparecer arrebatado por la onda de los tiempos sin tener siquiera el consuelo de haber proporcionado à los pueblos la decantada felicidad que en cambio de la apostasía les había prometido; pues vése al contrario, rodeado de sociedades descorazonadas, inciertas del mañana, sin una sonrisa del cielo, con la conciencia de una vida inquieta y devoradas por la sed de paz, de verdad y de luz. Y lo que es más tremendo, como fruto funesto de los errores que sembrara en sus caminos comtempla á la sociedad temblorosa por sus destinos, esperando la àrdua solución de las graves cuestiones que minan y roen todo su organismo, amenazado por la negra y feróz anarquía.

Más, he aquí que, esparciendo la mirada á su rededor, él, que mecido en brazos de la impiedad incrédula y heredero del nefasto siglo que le precediera, pretendió desmentir las promesas divinas y nutrió la esperanza de asistir à los funerales del último Papa; se encuentra con la invicta Iglesia de Jesucristo, que entre los perpetuos é implacables asaltos de la incredulidad, continúa magestuosa en su glorioso camino, y maestra inmortal del mundo por la palabra del Romano Pontífice, ilustra á todas las gentes con los esplendores de su ciencia divina, viéndose aclamada cual faro de salvación para las sociedades tambaleantes.

Y ojalá que tan clara visión del presente ilumine al siglo que muere, de manera tal que postrado en adoración exclame: *Peccavi, Domine, miserere mei;* y cual testamento cristiano, entone un himno de gratitud y adoración á Jesucristo Redentor, de amor y obediencia á la Iglesia y á su jefe visible, el Papa.

Pues bien, es de este testamento que quiere ser ejecutor el Comité Internacional, aprobado y bendecido por León XIII, el Pontífice de los grandes ideales.

Y es con este santo y magno propósito que ha promovido entre los católicos de todo el mundo un *solemne Homenaje á Jesucristo Redentor y á su augusto Vicario al terminar el siglo XIX y comenzar el XX.* Así este homenaje será el último acto de fe del siglo que muere y el primero del siglo que nace; será un acto de reparación del pasado y una promesa santa para el futuro; y este acto solemne dirá con pregón sublime que el siglo que acaba y el siglo que nace han tenido una sola voz para aclamar al Redentor del mundo: *Christus heri, hodie et in saecula:* Cristo vive y reina en todos los siglos.

El homenaje de gratitud que el mundo civilizado ofrecerá á Jesucristo tiene un significado y un alcance incomparable y alentador. Es, en efecto, consolador el pensamiento de que el siglo que muere adore de rodillas al Cristo Redentor y baje al ocaso con la esperanza del perdón para sus faltas, agigantando así sus triunfos y conquistas en lo que tienen de grandes y benéficos.

Creemos adivinar toda la grandeza y trascendencia del plan arriba mencionado afirmando que es síntesis suprema del mismo unir en un gran concierto las almas y los corazones de los católicos de todo el mundo y dirigirlos á un sólo punto: á *Jesucristo Redentor.*

La gratitud, que debiera ser infinita, si lo comportase la naturaleza humana, solícita al alma creyente en todos los instantes de la vida; sentimiento que tiene necesidad también de pública expansión; pues la plegaria y la acción de gracias en común hablan más eficazmente al alma y hacen más vivo el pensamiento de que Dios no sólo beneficia al hombre individuo, sino tambien á la familia y á la sociedad.

Al cumplirse un siglo, gran período de la historia humana, la necesidad y el deber de dar gracias á Dios se centuplica, porque es más vivo el recuerdo del inmenso beneficio de la Redención, época desde la cual el mundo civilizado enumera los siglos, porque es la era de la regeneración de la humanidad con todos los beneficios de la civilización cristiana.

Principio y fin del siglo XIX—Triste fué la herencia que nos legó el siglo XVIII. Los miasmas de una sociedad frívola y corrompida con las funestas teorías del filosofismo incrédulo, condujeron á las horribles tragedias del Terror y al sangriento triunfo de la guillotina: la impiedad había enloquecido las cabezas desviando de sus primeros y sanos propósitos á la gran Revolución.

Dias de angustia atravesó entónces la Iglesia; y en la patria de S. Luis IX, abolida por impiedad la religión, viéronse renovadas las orgías más nefandas del paganismo; y como en los siglos de las catacumbas, los sacerdotes de Cristo celebraban en secreto los augustos misterios del altar, por ser un crímen que se expiaba con la muerte.

En todas partes la Iglesia era perseguida ó esclavizada; el augusto Pontífice Pío VI moría en el destierro y á su sucesor le reservaba años de dura prisión la prepotencia napoleónica. El Episcopado y el Supremo Senado de la Iglesia sufrían igual persecución y la grey de los fieles, dispersa y atónita, vivía sumergida en el mayor sobresalto y en la más profunda inercia. Parecía que la Iglesia sucumbía y así lo pregonaba la impiedad, porque no recordaban que tiene promesas divinas.

Tales fueron los comienzos del siglo XIX, del que no vamos á tejer la historia, pues nos basta recordar que en combatir al cristianismo y á su Iglesia fué digno heredero del siglo precedente. De los antros secretos y de las cátedras de una mentida ciencia, descendió en campo abierto favorecido por el liberalismo que profesaba los principios revolucionarios. Adoptando formas suaves persiguió tenazmente el mismo plan, auxiliado por la Masonería, que declaraba: «nuestro fin es el de Voltaire y de la revolución francesa, destruir y anonadar el cristianismo.» Prueba de ello son la ilimitada libertad concedida á la prensa, al vicio y á las doctrinas más perversas y subversivas, la instrucción y la escuela sin Dios, el

matrimonio profanado, la secularización de todas las instituciones sociales que con el pretexto de neutralidad resultaban ateas; las Ordenes Religiosas despojadas y suprimidas de nuevo; el patrimonio de la Iglesia absorbido y dilapidado; los antiguos dominios de la Iglesia arrebatados; la libertad del Papa sometida al arbitrio ageno, con el designio confesado de acabar con el Pontificado.

Y sin embargo, se engañaría quien creyese ser completa la semejanza entre el siglo en su aurora y el siglo en su ocaso; pues ¿quién será tan ciego para no ver que la Iglesia en medio de sus dolores y amarguras ha sido consolada con grandes triunfos y conquistas?

Reunida en el Concilio Vaticano define las relaciones entre la fe y la razón, la revelación y la ciencia; ilumina á los creyentes delatando los errores que son mengua de la civilización moderna, y por el magisterio del Pontífice afronta y resuelve los más árduos problemas; penetra con divina sabiduría en las relaciones de la vida pública y privada, y en esa palabra augusta, única que tiene eco en el mundo entero, los mismos adversarios sienten la grande potencia moral del débil anciano que representa la colosal institución del papado.

Y ¿no es también un admirable espectáculo la maravillosa unidad de la Iglesia, esto es, del Episcopado y del Clero con el Pontífice, al que se une reverente el Laicado Católico, que se gloria de combatir por los derechos de la Iglesia y los intereses de la Religión, concurriendo con actividad creciente al reflorecimiento de la vida cristiana en Congresos é instituciones católicas de poderosa y eficáz propaganda?

Tales triunfos y tantos consuelos para la Iglesia, tienen un eco profundo en medio de los pueblos, que hace respirar el aura nueva que va gradualmente modificando el ambiente social y político, mientras prepara el gran acto de gratitud al Dios Redentor que

en su infinita providencia *ha hecho sanables á las naciones.*

Gratitud y expiación—Lo digimos y volvemos á repetirlo; la gratitud debe ser el carácter distintivo del *Solemne Homenaje* al final de este siglo. Este noble y grande sentimiento tiene un poderoso estímulo en los corazones cristianos en todos los instantes de la vida por los beneficios que Dios en todo momento nos dispensa. Más, en el punto en que dos siglos se unen, aquel sentimiento es más vivo; porque en aquella hora es más vivo también el recuerdo de la gran obra de la redención, por la que el inmenso amor del Dios humanado regeneró á la humanidad en lo espiritual y temporal, restableciendo á la mayor altura y honor la dignidad de la naturaleza humana caída.

Al pensamiento de los beneficios se une el recuerdo de las ofensas al divino Redentor en el curso del siglo que acaba; y la consideración de las propias culpas y de las del mundo dá una nueva dirección al sentimiento de gratitud, porque no sólo se dan gracias al Redentor por sus beneficios, sino también por haber suspendido el brazo de la divina justicia y mantenido constante la fuente de las perennes misericordias: *misericordia Domini quia non sumus consumpti.*

Este nuevo aspecto de la gratitud engendra el arrepentimiento, tan noble como la primera, é igualmente generoso; porque pedir perdón á Dios de las culpas es grandeza de alma y nobleza de corazón; y pedirlo bajo la inspiración de la fe, de la esperanza y del amor, mientras constituye una reparación de la ofensa y una expiación, procura á las almas generosas aquella dulzura santa y perfecta que solamente se experimenta en la dulcísima esperanza del perdón de Dios que de nuevo dignifica y ennoblece las almas; es el restablecimiento del equilibrio entre la justicia y la misericordia infinitas, entre Dios y su criatura.

Y es este segundo aspecto de la gratitud que no

debe faltar en el *Solemne Homenaje*, la gratitud del arrepentimiento. He aquí la razón de los actos de expiación con que los católicos se proponen anular las consecuencias de todo lo malo y reprochable en la vida del siglo que fenece para que no sea imputado en los destinos del siglo que nace y pueda la humanidad continuar radiante y gloriosa sus caminos en la marcha hácia el porvenir.

Cristo y su Vicario—El homenaje solemne de las almas y de los corazones de todos los católicos hará que nuestro siglo desaparezca envuelto en la nube de incienso que se elevará al trono de Jesucristo Redentor desde las cinco partes del mundo. Será un espléndido ocaso como antítesis felíz de su tenebrosa aurora!

La gran manifestación de fe, de esperanza y de amor que realiza el orbe católico con aplauso del Episcopado y con santo entusiasmo de los pueblos cristianos, al mismo tiempo que constituirá la gran expiación para los extravíos del pasado, será consoladora promesa y prenda de ópimos frutos para el porvenir. La universalidad, que por sí sola imprime un carácter solemne á este gran acto religioso social, hará que cada rincón de la tierra donde laten corazones fieles á Cristo Redentor, señale un punto de partida del concierto universal; pero ¿acaso podría señalarse otro centro hácia el cual converjan estos rayos esplendorosos de amor y homenaje al Dios Redentor sino el trono augusto del Romano Pontífice?

Es allá donde se verán reunidos todos los católicos del mundo, y se encontrarán todos allí, sino en persona en espíritu; porque el homenaje que brotará de cada lábio se unirá al himno inmenso de alabanza y de gratitud que el Vicario de Jesucristo, Pastor universal de los pueblos, entonará en aquel día solemne en el templo mayor de la cristiandad, y cuyo eco resonará en el mundo entero.

Así el homenaje rendido á Jesucristo Redentor debe extenderse hasta Aquel que hace sus veces en la tierra.

Es por tanto, un sábio pensamiento é inspirado por un santo y legítimo afecto unir en este acto solemne el homenaje á Jesucristo y á su Vicario; y al profesar el mundo católico obediencia y devoción al Romano Pontífice se duplica el acto de gratitud al Redentor, que quiso dejar á sus hijos una guía segura para seguír el camino que á él conduce, confiando al Papa el magisterio supremo en su Iglesia.

¡Arriba, pues, los corazones, para realizar entusiastas el solemne homenaje para gloria del divino Redentor en obseqvio obediente á su augusto Vicario, el Papa, á quien Dios ha colocado en el mundo para dirigir y salvar la humanidad en sus destinos.

León XIII—Es un deber en los católicos rendir obediencia y amor filial al Romano Pontífice; pero ¡cuán dulce es cumplir este deber cuando este Pontífice es León XIII!

León XIII es ese anciano sublime del Vaticano, hácia quien el mundo vuelve sus miradas, no sabiendo qué admirar más, si esa robusta ancianidad que, en un cuerpo de apariencias débiles, no sucumbe bajo el peso de casi una centuria, ó ese genio que semeja tomar nuevo vigor y proyectar una luz más intensa, á medida que las solicitudes de su alto magisterio se hacen más pesadas y las pruebas más dolorosas.

Es ese rey de las almas, soberano del mundo moral, prisionero voluntario de su augusta misión y deber sagrado, á quien se le ha privado de la pequeña porción de reino temporal, que reclamaba la libertad de su palabra, y que agigantado por la ingratitud y la desgracia, si recibe el tierno homenaje de sus hijos, es también honrado por los homenajes de soberanos, diplomáticos y estadistas, que se ven obligados á reconocer en el Papado la más grande potencia moral que existe en el mundo.

Es ese Padre de los obreros y proletarios oprimidos, cuyas reclamaciones afirma, cuya defensa toma á su cargo, y cuyas necesidades declara que es urgente socorrer. El ha llamado las almas de buena voluntad, incitándolas á una cruzada de caridad y de justicia en favor de las clases populares más desgraciadas que culpables, y no se podría negar que él ha trazado los grandes principios que deben regir en la paz las relaciones entre el capital y el trabajo, entre ricos y proletarios.

Es el Pontífice que ejerce una vigilancia y activa solicitud sobre cada una de las partes de su inmenso imperio espiritual, despertando á unos de su sueño y exhortando á otros al cumplimiento de los grandes deberes de la hora actual. El abre la puerta del aprisco á las almas que vienen del cisma y de la heregía, sin ceder ante los abstinados en nada de la doctrina, cuya guarda tiene; proclama los beneficios admirables de la ciencia moderna; pero enseña también que siendo la ciencia limitada, como todas las cosas humanas, por extenso que sea su poder, se detiene en los umbrales de lo sobrenatural y lo infinito.

¡Cuántos beneficios para la Iglesia y cómo podremos jamás pagar la deuda de gratitud que los católicos han contraído! Unamos al menos nuestros homenajes á los que León XIII recibe de todas las regiones del mundo, y rodeemos con toda nuestra admiración y ternura filial al ilustre Pontífice, que quedará en la historia con el sobrenombre de *Grande;* y procuremos dulcificar con nuestra veneración y docilidad las amarguras que le proporcionan sin cesar la ingratitud y el ódio de hijos desnaturalizados.

La situación del mundo civilizado al final del siglo XIX—Grandes bienes ha realizado el siglo XIX, por los que debemos dar gracias á Dios; pero también grandes males por los que debemos implorar la misericordiosa intervención de la divina Providencia.

En efecto; bajo el punto de vista material no podemos menos de alabar y aplaudir los progresos realizados; el inmenso empuje y desarrollo dado al comercio, á la industria, al bienestar de la vida por incesantes descubrimientos. Los caminos de hierro,

la telegrafía, la trasmisión de la voz humana y de las grandes fuerzas de la naturaleza por la aplicación de la electricidad; el poderoso mecanismo de las usinas y de las manufacturas, el perfeccionamiento de los instrumentos agrícolas; los trabajos incomparables de la ingeniería en el corte de las montañas y construcción de puentes, fabricación y lanzamiento de naves, como el lanzamiento de los cables al través de los océanos á fin de permitir á la palabra humana realizar en algunos minutos la vuelta del mundo y al hombre en algunos días, con mil otros inventos y perfeccionamientos de la mecánica y de las ciencias físico-naturales; hé aquí lo que dará al siglo XIX un lugar eminente en la historia del género humano y le merecerá bajo el punto de vista científico y utilitario el nombre incostestable de siglo del progreso.

¿Ni qué más consolador y humanitario como la lucha emprendida por la ciencia contra los más tremendos flajelos de la humanidad? Será eterna gloria del siglo XIX haber inventado los métodos que garanten la inmunidad del cuerpo humano contra la peste, la rábia, el cólera y levantará un día no lejano una barrera infranqueable contra las enfermedades contagiosas. El sólo nombre del sábio católico Pasteur bastará en lo porvenir para la gloria de este siglo; así como el invento de los rayos X hecho por ese otro sábio católico , Mr. Roentgen, será de inmensos resultados.

Las letras y las bellas artes dejarán sin duda el siglo XIX muy por debajo del siglo de León X y de los grandes siglos pasados.

Sin embargo, ¡cuántos escritores notables, profundos pensadores, oradores eminentes en la tribuna y en el púlpito, y cuántos artistas de génio honrarán para siempre el siglo que vá á expirar!

Ni olvidemos tampoco que el siglo XIX ha trabajado con todas sus fuerzas por extirpar la ignorancia, por arrancar á la naturaleza sus secretos, por esparcir la instrucción entre las clases populares, y que

estas han realizado una notable ascensión intelectual y social con las conquistas de la democracia cristiana, destinada á detener los desmanes de la demagogía y los avances de la anarquía.

Por lo que respecta á la religión en sí, debemos guardarnos de la fácil y banal costumbre de recriminar nuestro tiempo, cargándolo á él sólo con todos los desfallecimientos en la fe y de todos los males de la impiedad; pues ¿cuál es el siglo qne no haya tenido sus pasajeros eclipses en las creencias ó que nada tenga que reprocharse contra la Iglesia? Sin duda que el siglo XIX acaba de una manera inquietante bajo el punto de vista religioso, y el estado de su alma nos llena de alarmas; pero está muy lejos de ser lo que fué en sus principios, y puede afirmarse que, comparado con el siglo precedente, el progreso religioso es inmenso.

Por lo demás cuántas páginas hermosas no ha añadido en la historia de la Iglesia! Y sin que repitamos lo expuesto en «*el Pontificado en la Iglesia*», hay alguno que como el siglo XIX haya tocado más de cerca el cielo en los fastos sobrenaturales de la historia? Paray-le-Monial, Lourdes, La Saletta, Nueva Pompeya y muchos otros lugares predestinados ¿no constituyen la narración de las más grandes intervenciones celestiales y las más expléndidas manifestaciones católicas que hayan tenido lugar sobre la tierra despues de Loreto y las Cruzadas? Y esas contínuas romerías á la ciudad eterna ¿no demuestran el creciente desarrollo del movimiento religioso en el mundo entero como acaban de demostrarlo las grandes peregrinaciones con ocasión del Año Santo?

El siglo XIX, en fin ¿no será inmortalizado para siempre con los nombres de dos Pontífices incomparables? Pío IX, el Papa de la Inmaculada, de la infabilidad pontificia, del Concilio Vaticano, de las comunidades religiosas centuplicadas bajo su reinado; y León XIII, el Papa de la inteligencia, de las admirables encíclicas, de las reformas sociales; el restaura-

dor de las relaciones de la Santa Sede con todos los gobiernos del universo y el feliz promotor de la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús.

Pero hé aquí que para ser justos, debemos suspender esta nomenclatura gloriosa; y despues del balance del bien, es para nosotros un deber episcopal establecer el balance del mal con igual imparcialidad.

El mal del siglo XIX—En efecto, el gran mal del siglo XIX está en la sociedad toda entera; es el mal revolucionario, y no es que tengamos ódio á esta palabra; pues el cristianismo ha sido la revolución mas completa y trascendental para el género humano.

La palabra revolución es susceptible de dos interpretaciones ó acepciones, porque comporta dos sentidos muy distintos.

Existe la revolución legítima, basada en la ley del progreso, que consiste en reformar las cosas inútiles, envejecidas, injustas y nocivas, y en reemplazarlas por cosas é instituciones nuevas y fecundas, más apropiadas á las costumbres de la época presente, y sobre todo más conformes al bien de la sociedad.

Bajo este aspecto, lo repetimos, ninguna reforma más asombrosa, progresista y benéfica que el cristianismo: á él debemos las conquistas de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad, inconcebibles é ilegislables sin los dogmas cristianos, en especial de la unidad y solidaridad del género humano en Adan y en Jesucristo, Redentor y Libertador de los pueblos. La misma revolución francesa estuvo animada en sus principios de intenciones geniales y perfectamente cristianas y generosas, fruto de la experiencia del pasado en tantos siglos de cristianismo y orígen de un fecundo porvenir.

El río de sangre que pasó sobre ella, no lo arruinó todo, á Dios gracias; aunque mezcladas con grandes aberraciones, la revolución nos legó admirables conquistas, de las que aún gozamos; porque todo lo que la revolución tuvo de bueno y de justo era engendro

del cristianismo, al decir de Mr. Guizot, el historiador de la civilización.

Pero existe también la revolución impía, la revolución imbécil y maniática, que ha sido una verdadera rémora social, puesto que quiere destruirlo todo por el placer de destruir, cambiar por el prurito de reformar y hacer alarde de impiedad, porque antes la piedad y la religión informaban las costumbres y las instituciones. Tal ha sido el mal que el siglo XIX ha contraído desde su nacimiento, engendro del siglo de Voltaire y que nosotros llamamos con un nombre genérico *el mal revolucionario*, aunque tan desacreditado por sus funestas consecuencias, como las bufonadas impías del volterianismo.

Ni podemos dejar de señalar las muy justas alarmas de los sabios estadistas que temen para un próximo porvenir los progresos de la anarquía, última expresión de la demagogía social y atea.

Como resultado de la revolución francesa, la democracia ha llegado al poder, como advierte un ilustre Prelado, y este ascenso de las clases populares es conforme á los principios católicos según los cuales, aunque el poder siempre viene de Dios, ya que ningún gobernante tiene delegación directa divina, sino la sociedad. Por lo tanto, la soberanía reside en esta, esto es, en el pueblo, quien la distribuye necesariamente según la forma de gobierno que adopte. Más aún, bajo el punto de vista social el pueblo tiene un derecho sagrado á su bienestar individual y al ver que sufre, en tanto que otros gozan, es natural que emprenda las campañas, que puedan modificar en su favor el estado social moderno. De aquí ha nacido el movimiento socialista, movimiento que no carece ni de generosidad, ni de justicia; aunque por atentar contra la propiedad particular, el socialismo se convierte en irrealizable quimera y en tremendo peligro social por sus consecuencias anárquicas, pues su paso á la anarquía es un lema proclamado ya por el célebre Proudôme.

Pues bien, esta potencia fatal ya no disimula sus esperanzas; aguarda tener su turno para dominar la sociedad, aunque no sea más que para pasar sobre ella como esos torrentes que nada dejan en pie de cuanto se opone á su paso. Se le ha visto de lo que era capaz en los breves días de la Comuna de París. «Ni Dios ni Amo» es la divisa y el programa de esa secta político-social, y que es la última consecuencia del espíritu revolucionario y ateo, y que no señala su poder sino por las destrucciones que realiza y los asesinatos que comete con alevosa premeditación.

Ojalá que el buen sentido, el instinto de defensa social bajo la acción de la Providencia consigan detener sus progresos é impedir que llegue á ser la dueña de nuestros destinos, porque entonces sería el reinado del ateismo, la persecución violenta, la decadencia social y la ruina de la libertad. Todos los despotismos son terribles: el de uno sólo es un gran mal; pero el de una muchedumbre es el peor de todos: es el terror.

El porvenir—Acabamos de exponer con sinceridad las pruebas de la Iglesia durante el siglo XIX y tenemos el pesar de suspender esta revista bajo el espectáculo de un estado doloroso que podría hacer temer males mayores para el porvenir.

Pero ¿debe concluirse que el siglo que termina es una época nefasta, peor que la edad precedente, durante la cual se acentó la decadencia de la Iglesia, y que deba predecirse para un porvenir próximo su ruina completa y hasta su desaparición, como afirman ciertos escritores?

Estas previsiones y anuncios pesimistas no son fundados. Sin duda el siglo XIX no ha sido una época de trégua y una era de paz: no nos presenta á la Iglesia honrada y poderosa como en el siglo XIII ó en el XVII, durante los cuales sin embargo no hay que creer que haya encontrado en todos una sumisión perfecta y que haya gozado de una paz sin pruebas. El siglo XIII vió nacer las heregías de los Albigenses y de los Libertinos; ya que la Iglesia de Jesucristo no ha dejado jamás de sufrir la contradicción de parte de las pasiones humanas que reprime: «Me han perseguido á mí, decía su divino fundador, y os perseguirán también á vosotros.» Y esto durará hasta el fin de los tiempos.

Pero podemos constatar en ventaja de nuestro siglo que ha sido una edad reparadora durante la cual la Iglesia ha reconquistado una parte del imperio que había ejercido sobre las almas para bien y honor de la civilización, y que también ha conocido tiempos más calamitosos.

En sus comienzos el cielo estaba muy oscuro y la situación era mucho más difícil hasta el punto de hacer creer que todo estaba perdido. Sin embargo, el primer cuarto del nuevo siglo fué de latente reacción y se ocupó en este trabajo casi insensible, pero cristiano y progresivo hasta nuestros días en que, luchando á brazo partido con la gran enemiga, la Masonería, el Pontificado ha vuelto á ocupar su puesto de primer potencia moral del mundo civilizado.

Más ¿qué será el siglo XX? Sería temerario predecirlo en detalle. Siendo siempre idéntico el fondo de la humanidad, es de suponer que todavía existirán guerras, disensiones, crímenes y luchas políticas y hasta religiosas: se disputará la influencia, la tierra, el capital; pero si los cristianos y los buenos ciudadanos no se abandonan, si saben defenderse en el campo de las grandes conquistas de la civilización, su trabajo no será vano y el progreso moral no podrá ser detenido.

Pero es necesario ir al pueblo, que es la gran víctima de sus aduladores, es necesario ilustrarlo, conquistarlo, traerlo al buen camino; no desalentarse por sus defectos, ni siquiera por su ingratitud. El pueblo es como los niños que no siempre manifiestan la gratitud que debieran, aunque sus padres no dejan por eso de amarlos. Cristianos, es necesario amar al pueblo, amarlo, como Nuestro Señor Jesucristo,

amarlo no para nosotros, sino para él y por Dios, como ha hecho la Iglesia en la multitud de instituciones de beneficencia ideadas y creadas para auxilio de todas las desgracias y necesidades del prójimo y que son el más bello florón de la civilización moderna.

Es innegable que las contínuas convulsiones, los malos consejos, las mentiras y sofismas de la mala prensa han desconcertado al pobre pueblo; pero él abrirá los ojos y no será perpétuamente engañado.

En lugar de gemir y descorazonarse, es necesario obrar, hacer siempre el bien, que los buenos instintos volverán á despertarse ya que el pueblo en este fin de siglo es más bien extraviado que culpable, más bien engañado que malvado; el gran culpable ha sido la educación atea y materialista: «De las bancas de la escuela saldrá un pueblo feroz, porque se le ha dicho que no tenía necesidad de religión», según advertía el gran Portalis.

Pero el mismo exceso del mal trae la reacción. Para los espíritus que piensan y reflexionan, la verdad cristiana ha ganado terreno haciéndose conocer, y la ciencia trabaja más en su favor que contra ella.

Resultados análogos se han conseguido en la historia, en la arqueología y en la misma astronomia. El abyecto materialismo, que estaba en boga en la aurora del siglo, ha hecho bancarrota; la filosofía que ha sido impotente para construir por sí misma, no desdeña los datos de la ciencia cristiana; la apología tiene un gran puesto en sus trabajos, haciendo desaparecer muchos y grandes perjuicios, reduciendo á la nada los decantados sofismas de Voltaire, hasta el punto de que no se atreven á repetirlos, los que saben respetarse, mientras los verdaderos intelectuales se convierten en proselitos inesperados, como los Brunetiére, los Copée y los Paul Bourget. Así que el renacimiento religioso, á pesar de cuanto se ha hecho para detenerlo, se revela bajo todas las formas; irritando ó aturdiendo á sus adversarios; y en presencia de esta maravillosa resurrección, obra

de un siglo tan agitado, se puede preguntar si es permitido á un cristiano dudar de la suerte que el porvenir reserva á la Iglesia de Jesucristo en presencia de los admirables monumentos y las obras de todo género que testifican el despertamiento en la fe. En todas partes, en efecto, qué sorprendente exhuberancia de nuevos templos, de santuarios, de monasterios, de toda clase de institucioses de propaganda, erigidos ó restaurados al precio de los más admirables sacrificios.

Para terminar, vamos á responder á los falsos profetas, que persisten en afirmar que la Iglesia Católica desfallece, con un hermoso juicio sintético del ilustre estadista Mr. Gladstone quien, aunque protestante ha hecho esta magnífica declaración y profesión histórica: «Después de los tres primeros siglos de persecución, la Iglesia ha marchado durante mil quinientos años á la cabeza de la civilización, ha enganchado á su carroza como á caballos de carro triunfal las principales fuerzas intelectuales y materiales del mundo. Su arte, el primero del universo; su genio, el genio por excelencia; su grandeza, gloria, esplendor y majestad han sido, sino absolutamente, casi en su totalidad aquellas de que puede enorgullecerse la historia.

«Sus hijos son más numerosos que todos los sectarios unidos; ella dilata todos los días los límites de su vasto imperio; sus altares se levantan en todo clima y sus misioneros se encuentran donde quiera que haya hombres que puedan aprender el Evangelio y almas que salvar.

«Y esta maravillosa Iglesia, que es tan antigua como el cristianismo y tan universal como la humanidad, es hoy después de diecinueve siglos, tan joven, tan vigorosa y tan fecunda como aquel día en que el fuego de Pentecostés descendió sobre la tierra.»

Como lo veis, nada es igual á la apología que acabáis de oír de boca tan imparcial y justiciera; según ella nada es más grande que esta maravillosa Igle-

sia; y si despues de diecinueve centurias conserva la juventud vigorosa y fecunda del día de su nacimiento, figuraos si podrá afrontar serena y segura de su suerte las contingencias del porvenir, y si ella ha marchado gloriosa á la cabeza de la civilización durante quince siglos ¿quién la desposeerá? y sobre todo ¿cómo no hemos de amar, llenos de santo orgullo y de gratitud al Redentor, una institución cuya grandeza, cuya gloria, cuyo esplendor y majestad constituyen el orgullo de la historia del género humano?

Es por tanto, muy justo y laudable rendir solemne homenaje á Jesucristo Redentor y á su augusto Vicario ante el espectáculo grandioso de su Iglesia en la confluencia de dos siglos que vienen á inclinarse ante ese coloso que ha uncido á su carro triunfal las principales fuerzas intelectuales y materiales del mundo.

He aquí la razón y el significado de la celebración del III Congreso Católico del Uruguay para adherirse al solemne homenaje á Jesucristo Redentor y á su Vicario en el presente año jubilar; y esto sólo bastaría para consagrar toda su importancia y esplendor. De esta manera ha querido despedir al presente siglo proclamando ser de Jesucristo la victoria, el reino y el imperio: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat,* en este y en todos los siglos.

Un sofisma contra la benéfica influencia del catolicismo en las naciones

Hemos dicho que la gran esperanza de salvación para la sociedad moderna está en el cristianismo, pero en el cristianismo verdadero que es la Iglesia católica. Más, hé aquí que M. Camilo Pelletan, éco del libre pensamiento incrédulo, desde las columnas del «Eclair», al llegar al fin del año de 1900, que era como el fin del siglo, casi de una manera profética ha

echado una mirada sobre *El Pasado y el Porvenir* y desde la altura de esa tribuna juzga al uno y al otro, con una seguridad que según él, no tiene réplica.

Ante él desfilan los pueblos y después la Iglesia comparece tambien para ser juzgada. Para M. Camilo Pelletan, como era de suponerse, la Iglesia es la gran culpable. ¿Cómo y porqué? Hé aquí: Si las grandes naciones de Europa caen, si la Francia sufre un eclipse en su gloria, si el siglo muere vergonzosamente, si por todas partes se constata *la decadencia más desconsoladora*, la culpa la tiene la Iglesia.

Lástima que sea esta una inculpación idéntica á la que hacían los decadentes del paganismo cuando el imperio romano y la sociedad pagana sentían la más desconsoladora decadencia, pues tambien entonces la culpa la tenía la Iglesia, que iba sin embargo á salvar la civilización humana. Lo que se iba era el paganismo, como hoy se vá el liberalismo incrédulo.

Más, para resumir, hé aquí como condensa su juicio sobre la culpabilidad de la Iglesia católica en la decadencia de los pueblos y sociedades: «Todas las naciones que la teocracia católica ha tocado, las ha muerto » (¡!)

La frase es de efecto, y M. Pelletan, que es literato, ha sabido dar á esta frase una forma que Bossuet escritor no hubiera desdeñado, pero qué terrible encogimiento de hombros hubiera tenido para responder á este juicio de libre-pensador, á este razonamiento de sofista!

Sin embargo, es necesario ser justo y constatar que M. Pelletan ha tomado sus precauciones y que, como el sabio, no dice nada que no pruebe, da en apoyo de su terrible sentencia los ejemplos más sorprendentes y más desastrosos... para ella y para sí mismo. «Contemplad á España, dice, tan grande por su corazón, tan rica hace algunos siglos, y tan poderosa durante tanto tiempo. ¿En qué está... Mirad el Austria: dos veces vencida, dos veces mutilada....» Después de esto es justo que eche una

mirada patriótica sobre la Francia para constatar que si «un sério retroceso ha marcado los últimos años del siglo XIX, es por que la Iglesia ha vuelto á tomar al país y el 89...»

Así, queda sobrentendido que España, Austria y Francia son las grandes víctimas de la Iglesia, y serán próximamente tres cadáveres que ella arrastrará en su historia, si no son curadas y salvadas por las «fuerzas vivas que se elaboran en el fondo de la democracia,» Pero está sobrentendido tambien que M. Pelletan profesa una admiración muy grande hácia esas naciones, y reconoce que han sido poderosas en el pasado. Tomad esa España, tan grande, tan rica, tan poderosa, como él dice, y preguntaos en qué época ha sido tan grande, tan rica tan poderosa; y constataréis sin duda que era en un tiempo en que la Iglesia ejercía en la península una influencia más grande que la que ejercce en nuestros días. Si, pues, se le atribuyen las desgracias y la decadencia de este fin de siglo, ¿por qué se le rehusa la gloria de las grandezas y de la prosperidad, del poder de las épocas más bellas de la historia española?

Ah! España es desgraciada y sín creer que su decadencia sea tan profunda como parece, su gloria palidece, su poder está destruído, no cuenta ya en los consejos de los pueblos, no pesa ya sobre la marcha de los sucesos, y le cuesta mucho vivir replegada sobre sí misma. Pero las causas de esta decadencia son bastante visibles para que no se culpe de ello á la Iglesia. Esas causas las hallamos en las debilidades, las faltas, la incapacidad de los principes, en las divisiones de la familia real, en la infiltración de las ideas revolucionarias, en la influencia de la masonería, y en las funestas divisiones de los partidos que son la triste consecuencia de todo esto. La desgracia es que con estas revoluciones tan seguidas, la Iglesia ha perdido una gran parte de la influencia que ejercía sobre los poderes públicos y

sobre las masas. En realidad, se ha elegido un mal momento para reprocharle una responsabilidad tan grande.

Mas, hé aquí que la iglesia debe responder de todo, hasta de la pérdida de las batallas; pues M. Camilo Pelletan le reprocha Solferino y Sadowa; y de su parte no es esta una mala broma, pues parece tomar más bien el tono de los profetas: «Mirad el Austria quien, con España, fué la potencia devota por excelencia... dos veces vencida, dos veces mutilada...»

Pero sucede con el Austria lo que con España. Hubo un tiempo en que su poder era preponderante, en que Europa sufría su influencia. En este caso, ¿porqué no exalta M. Camilo Pelletan la gloria de la Iglesia cuyo poder no estaba aún equilibrado por los judíos y por la revolución? Si no lo hace, con qué derecho la culpa de las desgracias del presente? La lógica lo obliga á elegir; pero él no se preocupa para nada de la lógica: la desvía.

En efecto, prosiguiendo este hábil razonamiento, hace de él la aplicación más sorprendente en Francia, y en la Francia de estos últimos veinte años. Constata que esta no está próspera y que sufre un «serio retroceso en estos últimos años del siglo 19.»

Hé aquí lo que llama la atención al espíritu profundamente observador de M. Pelletan y esta constatación lo pone inmediatamente muy por arriba de sus colegas en política y en libre pensamiento, pues la mayor parte de ellos ó no saben reconocer el mal ó no quieren confesarlo.

Si lo ven, se callan porque son simplistas y porque no quieren permitir que sus enemigos digan que en una época en que ellos eran los maestros, en que sólos dirigían los destinos de Francia, esta gran nación baja y marcha á grandes pasos en la vía de la decadencia.

M. Camilo Pelletan, que no es simplista, pero que es inconsciente de su parte de responsabilidad y de

su partido, no tiene dificultad en reconocer el mal, más bien lo exagera. «Es, dice, casi por todos lados la decadencia más desconsoladora.» Y ¿creéis que él va á lanzar el anatema á los que han puesto á la gloriosa Francia en este estado? Estáis equivocados.

Para este terrible razonador, ó para este inocente sofista, la culpable es la Iglesia. Si no comprendéis que la Iglesia sea mucho más culpable de la decadencia de Francia cuando ella está excluida de todas las manifestaciones de la vida oficial, que ella no tenía derecho de compartir su gloria cuando podía trabajar en extenderla, es que vuestra lógica no procede como la de M. Camilo Pelletan.

Para él es evidente que cuanto más aniquilada está la Iglesia por los poderes públicos, cuanto más apartada esté de todo y tratada como sospechosa, tanto mayor influencia tiene, y por consiguiente más responsabilidad en la marcha de los asuntos del país. Que M. Camilo Pelletan diga, pues, todo lo que piensa y que le reproche en seguida Fashoda, como Solferino y Sadowa para el Austria.

Para poner un ejemplo que haga resaltar más la falta de lógica en los enemigos de la Iglesia cuando la juzgan, hé aquí lo que poco há decía un publicista liberal:

«La unidad nacional de España pareció lograda por un momento en la segunda época del reinado de Felipe II cuando en 1580 fué incorporado Portugal á la monarquía española. ¡Qué hermoso instante aquel en nuestra historia! Poseíamos toda la península Ibérica con sus islas, los Países Bajos, Flandes, el Rosellón, el Franco Condado, Cerdeña, el Milanesado, Nápoles, Sicilia, Malta, Orán, Túnez, Trípoli, las posesiones portuguesas de Africa, India y China, toda América del Sur, casi toda Amèrica del Norte con sus islas, las Filipinas, Carolinas, Marianas, Formosa y la mayor parte de Micronesia. Las colonias españolas eran un ceñidor colosal que daba la vuelta al mundo, formaban un imperio ocho veces más vasto que el romano en su mayor grandeza, y ese patrimonio gigantesco parecía el sueño de un loco, realizado por un capricho de la Providencia. Y eso que obedeciendo à razones de alta política, había renunciado ya el poderoso monarca español al cetro de Alemania, tan vigorosamente mantenido por Carlos V y que tantos sacrificios y guerras había costado á nuestra patria.

«Sí; fué un momento este de sobrenatural esplendor, y hay momentos en que nos parece fabulosa tanta grandeza. Bien puede afirmarse que apenas se movía una hoja en Europa sin la voluntad de Felipe II, director supremo de la política internacional, y ante cuya voz se inclinaban Francia y Alemania, temblaba Inglaterra y se enfrenaba la fiera pujanza de los turcos y berberiscos.»

Pues bien, este mismo escritor liberal y español, despues de haber proclamado «aquel hermoso instante de la española historia» y aquel momento de sobrenatural esplendor», en otro momento de mal humor declara *ominosa la época de Felipe II*; y en la época actual en que impera el liberalismo, afirma que la decadencia de España se debe al catolicismo, cuando éste empezó á dejar de influir desde la época de los ministros volterianos Aranda y Florida Blanca.

¡Qué lógica la de los liberales! Si el mayor esplendor de gloria y prosperidad fuè para España, Francia y Austria cuando era decisiva la influencia del catolicismo, hoy que éste no influye ni oficial ni casi socialmente, es, sin embargo, la causa de la decadencia de esas mismas naciones! Qué ha hecho, pues, el liberalismo, que influye imperante desde hace un siglo, ante esa decadencia desconsoladora, que él ha precipitado al desalojar oficialmente al catolicismo? y porqué no citan el ejemplo de Bélgica gobernada oficialmente por el partido católico, y cuya prosperidad así como el imperio de las instituciones de un gobierno libre y constitucional son un verdadero modelo para todo el mundo?

II

Pero este sofisma ha sido tambien explotado por los protestantes como argumento apologético en favor de la Reforma; y aunque ha merecido entre otras refutaciones la del P. Flamerión en su libro: «La prosperidad comparada de las naciones católicas y de las protestantes» es conveniente que lo tomemos en consideración.

Es desde luego muy digno de observarse con cuánta paciencia y habilidad los adversarios de todos los países se han ingeniado para aminorar la benéfica influencia ó más bien la doctrina y divinidad de la antigua Iglesia católica, siempre vieja y siempre nueva.

Todos los medios han sido buenos; pero, mientras el mundo envejece, muchas cosas se rejuvenecen. Las viejas fórmulas y los viejos ódios, las viejas armas y las viejas guerras han sido puestas de lado, y he aquí que se ha imaginado un nuevo agravio.

Digamos enseguida que es estremadamente hábil, pues su fundamento es una consideración económica, material, iba á decir, una cuestión de dinero, y todo el mundo sabe la pasión extraordinaria que toda cuestión de dinero despierta hoy en día en las almas.

He aquí ese agravio: Las naciones protestantes siguen hoy una marcha ascendente, en tanto que las naciones católicas declinan.

Consultad la historia de los dos últimos siglos: ¿qué véis en ella? España, Austria, Francia, Italia, pierden sucesivamente su preponderancia; las naciones protestantes, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, crecen todos los días; las primeras se empobrecen lentamente como un organismo anémico, las segundas prosperan á cada hora como un temperamento lleno de sávia.

Pues bien, esta cuestión económica no es otra cosa,

se nos dice, sino una cuestión religiosa: el catolicismo, á fuerza de despreciar los intereses materiales, ha debilitado las almas y los pueblos, ha paralizado el esfuerzo, desanimado las iniciativas. El protestantismo por el contrario, que ha abierto la puerta á la luz, que ha preparado el camino á la libertad, ha, por esto mismo, estimulado las energías, multiplicado el esfuerzo, creado un mundo de ideas. Hay entre esta decadencia y la religión católica, por una parte, entre esta prosperidad y la religión protestante, por otra parte, relación de causa á efecto.

Un célebre religioso el R. P. Flamerión, ha tenido la idea de examinar este agravio, de pesarlo y de decirnos lo que se debe pensar de él. Su obra no es un libro común, es el expediente de un proceso. El autor aboga por su causa como se hace hoy día en los Tribunales, con muchas piezas y con muy pocas frases, ó por lo menos, con piezas claras y con frases cortas.

El primer cuidado del que aboga es precisar la cuestión; por eso el autor comienza por disipar un error particularmente grave, estableciendo que una religión, cualquiera que sea, ni el protestantismo ni el catolicismo, no tiene por fin único, esencial y directo, la prosperidad material de un pueblo. Una religión cualquiera, en un país cualquiera, está hecha ante todo para las almas, y es solo irradiando en esas almas que ella puede extenderse al exterior y contribuir, por vía indirecta, al desarrollo y al bienestar materiales de un pueblo. ¿Qué podrían hacer los hombres más íntegros, los trabajadores más encarnizados, los gobiernos más previsores, en una tierra desolada, insalubre, hecha de montañas y de precipicios? ¿Qué podría hacer una religión cualquiera para mejorar una posición geográfica ó modificar un clima?

He aquí el punto delicado, el punto principal; una vez demostrada esta verdad, la objeción ya no subsiste.

El P. Flamérion desarrolla, sin embargo, y con mucha penetración, estas dos tésis: ellas forman para decir verdad la parte capital y también la más interesante de su obra.

Para probar en efecto, que el principio católico es la causa de la decadencia de las naciones sometidas á su influencia, sería necesario establecer dos cosas: en primer lugar, que este principio es tal, que no pueden dimanar de él sino consecuencias funestas ó por lo menos peligrosas bajo el punto de vista económico; en segundo lugar, que efectiva y ciertamente, las naciones llamadas naciones católicas están sometidas á la influencia de ese principio y se dejan dominar por él.

Pues bien, la doctrina católica puede explicar claramente que ella no es y no puede ser una causa cierta de desastre ni de peligros bajo el punto de vista económico, porque, al fin, sus preceptos son el respeto á las ideas y á las leyes, la deferencia hácia el gobierno, el reconocimiento de todo derecho legalmente fundado, la concordia, la unión, la honradéz. Y por otro lado, aunque estos preceptos fueran más puros y más perfectos que lo que lo son, aunque la Iglesia fuera una escuela de moral aún más admirable, se sabe que ella no es siempre escuchada, y hasta se sabe que es en el momento en que ella no es atendida cuando se oye hablar de decadencia.

La vida se retira de las naciones católicas precisamente á la hora en que, bajo el imperio de no se que locura, las almas tratan por millares de rebelarse contra sus leyes. Envidiada, encadenada, contrariada de todos modos y por todos los gobiernos, la Iglesia sólo ejerce su influencia de una manera intermitente, siempre precaria en la esfera oficial principalmente.

En nombre de la supremacia del poder civil, hipócrita ó abiertamente se la ha combatido; de suerte que no solamente el principio católico no es por cierto la causa de esa decadencia sino que toda decadencia tiene por causa el aminoramiento ó el abandono de este mismo principio.

Este último punto podría ser desarrollado; pero el autor de la obra no lo ha hecho. Indica solamente cierto número de desórdenes, de miserias, que son el resultado cierto de este aminoramiento y de este abandono del principio católico.

Pues bien, hay un desórden profundo, una miseria desgarradora que extraño no ver señalados en éste análisis clarovidente. Hablo de la educación, tal como la comprende la sociedad moderna.

Creo que es una laguna y la deploro, porque si hoy existe un mal social terrible, á tal punto que todos los hombres que piensan no reflexionan en él sino temblando, es ésta sin duda nuestra educación. ¡Qué espectáculo el que ofrecen todos los padres y todas las madres de hoy en día teniendo el deseo irreflexivo pero todopoderoso de hacer penetrar en sus niños, en sus hijos y aún en sus hijas, la totalidad de un saber que un gobierno complaciente pone al alcance de todas las manos! De diez veces nueve, las almas en las que penetra esta luz no están hechas para recibirla; lo que conviene á lo selecto está extendido en la masa.

Durante este tiempo, la energía natural no se desarrolla. De un temperamento mediano que estaba dotado de buen sentido, se hace un espíritu nulo, envenenado de vanidad; lo que explica tantos seres inactivos, tantos brazos inútiles, tantos cerebros pretenciosos é incompletos, tanto desaliento en unos, tanta envidia y rábia loca en los otros. Como desgracia social, como obstáculo á la prosperidad de una nación, no hay nada mas terrible que esto. Pues, pregunto, ¿á qué es precisamente más opuesta esta orientación desastrosa que al espíritu católico? ¿Qué es ella sino un resto, un vestigio, una prolongación de la más gran locura de la revolución francesa, en la que el orgullo y el egoismo, las dos debilidades más maldecidas, han empezado el envenenamiento del que morimos hoy?

Si el principio católico no es una causa de decadencia, si por el contrario es el abandono de este mismo principio lo que aminora á una nación, ¿cómo es que los países protestantes han progresado tanto, hasta el punto de asombrar primero, de amenazar después á otros países?

No es ciertamente al principio protestante á que deben esto.

Este, en efecto, es el *libre exámen*, y nada es más capaz de precipitar la caída de la autoridad en el orden social, como la caída de la autoridad en el orden sobrenatural: «porque el hombre, desde entónces, no tiene ya derecho sobre el hombre, y si lo domina no puede ser sino por la fuerza. Esta tiene necesariamente que llegar á ser tiránica y violenta para obtener una sujeción que no tiene ya objeto moral y que cesa de ser voluntaria.

«No consistiendo ya la libertad, por su lado, en esa sumisión voluntaria á la autoridad y en la actividad en el seno del orden que ella constituye, no es más que resistencia al poder desprovisto de autoridad, no es más que insurrección y rebelión.» *(A. Nicolás.)*

Tal es el principio en su fundamento. Constituye un veneno. Hay pocos, creo, más mortales y sobre todo más antisociales. Y para colmo de desgracia, el protestantismo ha hallado el medio de esparcir este veneno mortal y antisocial, con una habilidad increíble, en las venas de todo el cuerpo social, gracias á su alianza sistemática y constante con el poder civil. Está probado, en efecto, que no hay compromisos, que no existen cadenas ni sacrificios que el protestantismo no haya aceptado del poder para obtener sus favores.

¿Cómo es que un principio, malo en sí mismo, esencialmente antisocial, que, léjos de ser contenido y manejado como un veneno, se extiende libremente, ayudado por el favor de los poderes civiles, ¿cómo es, repito, que un principio semejante ha podido ser proclamado sériamente la causa de la superioridad

de una nación, es lo que hay que renunciar á comprender.

III

La verdad es que todo lo que hay de bueno ó de hermoso en las naciones protestantes, todo lo que se admira y se alaba en ellas, no es otra cosa que el efecto prolongado y benéfico de tradiciones, de costumbres, de instituciones que tienen sus raíces en la Iglesia.

Pero no es esta demostración lo que se proponía el R. P. Flamérion; quería solamente establecer dos cosas: primero, que la decadencia de las naciones católicas, si es que esta decadencia existe, no tiene y no puede tener por causa el principio católico; después, que la superioridad de las naciones protestantes, si es que esta superioridad es segura, no tiene y no puede tener por causa el principio protestante.

Pues bien, lo que hay de cierto es que ni esta decadencia ni esta superioridad están firmemente establecidas; y concluída la discusión teórica, el autor para probarlo desciende á los hechos de la historia. Menos personal, menos llena de pensamientos tal vez, ménos nueva, esta segunda parte de la obra es sin embargo bien instructiva, Ella completa la primera y la fortifica. Hay que leerla, aún cuando uno cree conocerla: nadie sabrá demasiado los prodigios que en el pasado el espíritn católico y su civilización han esparcido por el mundo.

Por otro lado, si el pasado no fuera nada, está el presente que es algo, y ¿que es lo que vemos sino que la indigencia y la pobreza que se atribuye en montón á todas las naciones católicas está lejos de haberlas alcanzado y aminorado sin excepción.

Y en efecto, ¿qué es la Francia sino la preocupación contínua, el objeto constante de la envidia de Inglaterra, su rival bajo el punto de vista del co-

mercio, de la industria, de la colonización, de la política? Y si salimos de Francia para penetrar en Bélgica, ¿qué vemos allí sino un reino católico, autónomo, independiente, animado de una vida comercial é industrial inauditas, de un tráfico marítimo que toma proporciones asombrosas? En cuanto á Italía, ¿quién no sabe que el catolicismo está allí fuera de causa, y que si esta nación ha declinado, es porque ha sido penetrada lentamente por el doble veneno de la masonería y del maquiavelismo?

En fin, hay que mirar dos veces la naturaleza oculta, la verdadera, de esa superioridad con la que pretenden derribarnos al mostrarnos á las naciones protestantes. Un hecho económico tan cierto como desastroso es que, en Inglaterra sobre todo, la riqueza se concentra en manos de algunos, mientras que la masa, una masa numerosa, está aplastada bajo el pauperismo. ¿Qué es la ostentación brillante de algunos, qué es una muestra insolente de prosperidad, si las multitudes sufren en la miseria? ¿Qué es una nación que paga tan caro la vanidad de su gloria?

«En una nación en la que todos los ciudadanos pueden vivir, la pobreza puede ser aparente, pero la satisfacción es riqueza, como advierte el autor. Al contrario, si las multitudes mueren de hambre ó de miseria, la nación es bien pobre á pesar de la ostentación de su prosperidad material... Todos los ciudadanos de una nación deben encontrar su parte de vida en los recursos de la producción. Sin duda, pretender á un reparto igual sería absurdo é imposible. La Providencia ha dejado flotar, como fortuna disponible, un supérfluo más ó ménos considerable, de modo que, gracias á la actividad humana discretamente ordenada, la repartición de lo supérfluo entre algunos no quita á ninguno lo necesario. Suponed ahora que estando este supérfluo repartido entre algunos privilegiados, estos acaparan todavía sobre lo necesario la parte de 10, de 20, de 100, de 1.000; son 10

20, 100, 1.000 individuos condenados á una existencia miserable y tal vez á morir de hambre. He aquí precisamente uno de los efectos de la prosperidad económica en Inglaterra. Ella acumula la riqueza entre las manos de algunos privilegiados, ávidos, sin escrúpulos, sin piedad, en tanto que la negra miseria devora á las masas laboriosas.»

«En el estado actual de Inglaterra, ha dicho por su lado M. León Faucher, los pequeños capitalistas son una clase desconocida; los capitalistas medianos desaparecen poco á poco; los grandes capitalistas resisten sólos á la violencia de la lucha y se hace á su alrededor como un desierto.»

Por otro lado, esto no es extraño. El carácter más cierto, tal vez, del protestantismo es de limitar el ideal del hombre al microcosmo, en el que ha encerrado su vida, de hacer de la felicidad temporal la mejor y la más grande de las felicidades; de suerte que en almas de apariencia austera, de actitud virtuosa, existe siempre la aspereza de la ganancia y la hoguera de la codicia. Tratándose de moralidad superior, el protestantismo conoce una sola: vivir su vida, vivirla lo mejor posible, ocultando el secreto de ella lo mejor posible.

Volvemos á repetirlo, con semejantes principios en semejantes almas, nada menos sorprendente que esa concentración de la riqueza en algunos y esa desastrosa miseria en las multitudes, que ese egoismo triunfante bajo el manto de una austeridad rigurosa.

Nada menos sorprendente, delante de un espectáculo semejante, que esta frase extrañamente profunda de J. de Maistre: «No he visto nunca el alma de un malvado, pero conozco la de un hombre honrado: es horrible.»

Tal es, muy en resúmen, la obra del R. P. Flamérion, ó más bien, puesto que estamos en presencia de un proceso, tales son las piezas del expediente. ¿Es acaso necesario decir que, ante todo tribunal que no

fuera voluntariamente ignorante ó sistemáticamente rencoroso, el autor tendría la causa ganada?

No obstante, le reprochamos no haber suficientemente concluído, ó más bien no haberlo hecho para nosotros. Nos ha mostrado que el desarrollo de una nación protestante no puede ser la obra del principio protestante; que la decadencia de una nación católica no puede ser la obra del principio católico; que, por otro lado, no hay al fin y al cabo tanto desarrollo de una parte, tanta decadencia de otra. Pero esto no es suficiente.

Si, en efecto, el protestantismo es un veneno, si el principio católico, por el contrario, léjos de ser el enemigo de la prosperidad de un pueblo, es su causa más enérgica y su fuente más viva, ¿cómo no deducir que es necesario á toda costa; y hoy más que nunca, dar un nuevo impulso á nuestra civilización cristiana?

Todo está ahí. Por otro lado, hace solamente algunos años, uno de los que han visto mejor sus vastos horizontes y comprendido su belleza sobrenatural, trazaba un cuadro profundo desde la cátedra de Notre-Dame, Mons. de Hulst. Hay que dirigir hácia allí nuestras miradas y encadenar nuestras almas. Una de las mayores desgracias de nuestra época es la invasión en los católicos de los que Renan ha llamado: subjetivos. Estamos, y esto es ¡ay! también otra consecuencia de nuestra educación moderna, estamos demasiado ocupados de nosotros mismos y demasiado arrastrados, absorvidos por el objeto, es decir, por lo que está delante de nosotros, el mundo, la naturaleza, la historia. Hablar de sí, es siempre mal, pues esto supone que si uno piensa en sí es un robo que se hace á Dios.

Pues bien, no hay que olvidar que si Dios no ve más que el interior, como decía Pascal, los hombres no son como Dios, y ellos ven sobre todo el exterior; hoy que se observa con una pasión ansiosa la vida económica y el destino social de un país, es necesario

más que nunca contar con que las multitudes se pondrán generalmente del lado de los hombres que por su saber, su paciencia, su celo, se hayan mezclado á esa vida económica para preparar ese destino social.

La desgracia es que hemos dejado esa tarea en manos que no son católicas: la política, la industria, viven y se desarrollan, de una manera general, fuera de nosotros. Esto es lo que no debe ser. Penetrando en esos recintos que no están ocupados por nosotros. haremos precisamente obra de civilización cristiana.

A los protestantes que nos aplastan con su desprecio mostrándonos su desarrollo, es necesario poder responder por una actividad y un impulso que no sean inferiores.

Es necesario poder demostrar que, si nada de lo que San Agustín ha llamado la ciudad de Dios nos es indiferente, nada de lo que puede llamarse ciudad de los hombres nos es extraño

Así, cuando se nos muestre con orgullo flores y frutos que no sean de nuestras tierras, podremos mostrar nuestras flores y nuestros frutos respondiendo como San Pablo: *Et ego*, y nosotros también. Cuando se nos hable de libertad esparcida y de progresos efectuados: *Et ego*, y nosotros también. Cuando se nos hable del porvenir y de su conquista en la luz de las ciencias y de las artes, podremos dirigirnos hácia adelante: *Et ego*, y nosotros también.

Tal vez, en fin, tendremos así discípulos en el lugar mismo de los que son hoy nuestros enemigos; y será nuestro consuelo más firme el ver unidos, bajo una misma ley, á extraviados que se habían consumido en luchas estériles, sin haber podido extinguir una sola llama de los cirios que desde hace dos mil años arden en el altar de Cristo.

El porvenir del catolicismo juzgado por protestantes

A los disidentes que nos quieren aplastar con su desprecio, calumniando á la Iglesia como destinada á desaparecer por ser incompatible con los destinos de las naciones civilizadas, les queremos responder con la autoridad de escritores protestantes, que no solo atribuyen á la Iglesia para el porvenir, la supremacia en el orden intelectual, sino que en el dominio social, político y general declaran al catolicismo como la única religión susceptible de guiar á las naciones y en particular á los Estados Unidos de América.

He aquí en efecto, las opiniones de un profundo escritor protestante sobre el porvenir del catolicismo en el mundo y muy especialmente en América.

Es algo extraordinario, en verdad, que en una de las más grandes revistas americanas *(Atlantic Monthly)* un protestante declarado como H. B. Sedgwick, salude la próxima alianza de la democracia y de la Iglesia.

Hasta ahora, desde Tocqueville hasta Brunetière y y Bourget, son los europeos los que han hecho nuestras informaciones sobre el nuevo mundo. Seguros del porvenir, conscientes de su vitalidad y convencidos de su hegemonía futura, son hoy los yankees los que echan sobre Europa una mirada de investigación para encontrar en ella puntos de apoyo y colaboraciones. Si se cree al autor, y no se le puede contradecir, esta compenetración entre los dos mundos se continuará y aumentará. Y precisamente lo que parece convenir mejor á M. Sedgwick como fuerza cooperante, es el Papado, es la Iglesia romana. Con una erudición minuciosa y un sentido muy vivo de las realidades, el escritor traza el cuadro de nuestras conquistas; enumera las comunicaciones

progresivas entre el catolicismo y la jóven desbordante democracia americana; y es su convicción imperturbable que esta fusión irá aumentando, revistiendo formas y tomando una importancia cuya extensión y cuyos caracteres no es posible todavía determinar. Lo mismo que el doctor anglicano Mallock, el autor tan universalmente apreciado de *¿La vida vale la pena de ser vivida?* atribuye á la Iglesia para el porvenir, la supremacia en el orden de la ciencia, así, en el dominio social, político y general, el doctor Sedgwick considera al catolicismo como la única religión susceptible de guiar á las naciones, y en particular á los Estados Unidos.

Los yankees son realistas y conquistadores; así que lo que determina el pronóstico de su observación, no es ni un sentimentalismo vago, ni una teoría abstracta, ni una simpatía del espíritu ó del alma; es la realidad concreta; viviente; son los servicios prácticos y tangibles que el catolicismo ha hecho al bullicioso hormiguero americano. La trascendencia social y nacional de la Iglesia se impone al autor en el terreno de los hechos y de los resultados.

Cuando todas las otras comunidades cristianas han sido impotentes para llegar á ser el cimiento de la unidad americana, la Iglesia ha realizado ese milagro nacional. Ella ha sido el incomparable crisol en el que irlandeses, alemanes, polacos, italianos, tcheques, belgas, ingleses, se han fundido en una masa compacta, sólida y simétricamente americana. La obra, realizada por los obispos al principio de la edad media, esa unidad maravillosa cuya grandeza y eminente beneficio han sido exaltados por todos los historiadores, se renueva en el alma del Nuevo Mundo. «Admitimos, escribe el sábio autor, que un poder divino ha asistido á la Iglesia en sus albores; y creemos del mismo modo que ese poder misterioso la sostendrá en nuestros días y la dirigirá en la continuación de sus conquistas.»

Este juicio tiene un gran alcance; puesto que es el

homenaje más caracterizado que se haya rendido á la orientación sagaz y previsora de León XIII. Hace nueve años, bajo la impulsión alemana, los grupos inmigrados reclamaban de Roma la autorización de fundar en los Estados Unidos iglesias casi nacionales. Mons. Ireland comprendió la extensión del peligro; y en nombre de los intereses fundamentales de la religión, dirigió el asalto directo contra aquella acción centrífuga.

El conflicto fué ardiente; pero León XIII, recordando los principios y el método de la Iglesia, condenó el particularismo y proclamó la fuerza de unificación nacional de nuestra religión; esta es el alma, la forma subsistente de la patria.

Es interesante y tambien consolador, constatar el resultado de esta línea de conducta. El artículo de M. Sedgwick recuerda las crónicas del tiempo de los bárbaros, crónicas que han ensalzado el poder unificante del cristianismo.

Si la Iglesia de Roma tiene este privilegio, ella lo debe á su carácter universal. «La Iglesia romana, continúa nuestro guía, ha sido siempre internacional. Han habido Papas ingleses, holandeses, alemanes, españoles, franceses é italianos; sus iglesias elevan sus cúspides luminosas desde Noruega hasta Sicilia, del Canadá á la Patagonia; sus misioneros están desparramados por toda la superficie del globo, y por todos lados han sacrificado su alma y derramado su sangre. Su universalidad hace su fuerza. Inglaterra reconoce en el rey la autoridad suprema de la Iglesia anglicana; Rusia considera al czar como el jefe de la religión; pero la Iglesia de Roma no conoce en su dominio fronteras políticas ó naturales.

Ella sola ha sido capaz de ofrecer al Occidente el ideal de una Iglesia que abarcara toda la humanidad. Hé aquí la causa primera de su poder de atracción; y en el curso del nuevo siglo, cuando las barreras que separan á los pueblos hayan caído en su mayoría, sus pretensiones á la obediencia universal serán más fuertes y más eficaces que nunca. Los americanos no pueden arrodillarse ante un rey de Inglaterra, ni humillarse ante un czar, pero muchos hacen ambas cosas ante el Gran Sacerdote de la humanidad.»

Es por esto que las preocupaciones desaparecen; y los más refractarios, los metodistas y los anabaptistas, sacuden sus ódios: es la señal del retorno. «Toda idea de unión, prosigue M. Sedgwick, prepara las vías hácia Roma. La gran Iglesia primitiva puede abrir los brazos á todos los que se vuelven hácia ella, y nunca se desviará de su curso para aventurarse en una *vía media*... La democracia americana y la Iglesia de Roma no tardarán en armonizar sus fuerzas y en entenderse; y los acontecimientos preparan este acuerdo. No habrá entre ellas ni celos ni rivalidad. No tenemos ningún *Credo* nacional para oponer á las creencias católicas, ni Roma tiene ninguna ambición comercial que esté en oposición con la nuestra.»

El autor se complace en trazar el cuadro de los acercamientos que se operan en América. Las iglesias sienten y comprenden que empieza la lucha contra «la irreligión, el vicio, la avaricia y el predominio de la brutalidad.»

Más adelante el doctor Sedgwick atribuye á la Iglesia católica la misión de « mejorar las condiciones de las clases obreras, » y éste será su oficio más importante. «La riqueza aumentará y las clases de los trabajadores reclamarán una vida superior en nombre de la igualdad y de la justicia» y es la Iglesia la que debe «ser la mediadora en favor de los pobres, de los débiles y de los oprimidos.»

No es esto todo: la mirada del autor abarca todo el horizonte. «Las grandes causas de disensiones, observa, no coincidirán ya con las cuestiones nacionales. Los problemas internacionales serán resueltos con la ayuda del consejo de arbitraje: será entónces cuando la mediación de la Iglesia de Roma,

á la que toca el rol de anfictiona, será la égida de la sociedad en general, y en particular de los trabajadores que sufren más que los otros de sus conflictos con los capitalistas. Los ministros de la Iglesia anglicana no podrían ser árbitros en los asuntos franceses; el clero de la Iglesia griega no sería aceptado por los alemanes; pero los sacerdotes de una Iglesia universal son los mediadores designados para las cuestiones que traspasen las fronteras de las naciones.»

Detengámonos; aunque sería necesario traducir todo este artículo profético, que eleva el espíritu, refresca la imaginación y consuela el alma.

¡Qué léjos están, pues, los yankees de nuestros anticlericalismos grotescos ó de nuestros políticos algebráicos! ¿Hay acaso una confirmación más evidente y más irrecusable de la grandeza y de la orientación pontifical? ¿Puede haber un homenaje más precioso á los esfuerzos de los grandes católicos americanos? Nosotros damos á esas ideas un precio inestimable, pensando que, con la Rusia, América dominará, por razón del número, los primeros puestos del mundo, los yankees van en busca de aliados. Los primeros, los mejores, son los católicos romanos, es el «Gran Sacerdote del Monte Santo.»

II

Pero hay más; M. Mallock, uno de los más eminentes pensadores ingleses contemporáneos, autor de varias obras de filosofía social, de las cuales *¿La vida vale la pena de vivirse?* ha sido traducida al español, acaba de publicar en el «Nineteenth Century» un importante artículo sobre «El porvenir intelectual del catolicismo» que ha hecho sensación y será leído con interés por los católicos del mundo entero. La tésis que sostiene M. Mallock es que «si la religión cristiana es capaz de mantener sus posiciones frente á la ciencia moderna, es la religión cristiana como está incorporada en la Iglesia de Roma y no una forma cualquiera del protestantismo la que está llamada á salir victoriosa del conflicto empeñado.»

Las Iglesias reformadas ven claramente desplomarse los dos grandes principios sobre los que ha sido edificada la reforma, á saber: 1.° que la Biblia sola es garante de la verdad del cristianismo; 2.° que las creencias y la práctica atribuidas á la primitiva Iglesia bastan para la interpretación de las Escrituras. Eso supuesto, M. Mallock hace observar, «que al mismo tiempo que aumenta bajo varios puntos de vista el interés que se consagra á los estudios bíblicos, se ve claramente que los libros que componen la Biblia son completamente incapaces de proporcionarnos, por sí solos, un sistema completo de doctrinas ó de probárnoslas; y al mismo tiempo, mientras se aumenta el interés por los estudios de historia religiosa, se nos demuestra, cada vez más claramente, que tanto el cristianismo protestante como el de Roma, lejos de ser parecido al primitivo modelo, son el resultado de un contínuo desenvolvimiento.»

La cuestión principal para M. Mallock, hoy día, es llegar á definir dónde se encuentra la autoridad docente en la Iglesia, dónde la autoridad que, cualesquiera que sean los descubrimientos de la ciencia ó las especulaciones de la filosofía, pueda establecer el límite entre la verdad y el error, y establecer esta limitación de una manera infalible.

La Iglesia de Roma pretende poseer esa autoridad infalible; y aunque M. Mallock no quiere examinar, por el momento, si tal pretensión es legítima ó nó; el sólo hecho de que exista, dice, es una cosa importante. Por lo menos, la Iglesia de Roma ofrece un sistema completo, y él sólo puede salvar al cristianismo, si el cristianismo es verdadero.

Después de adoptar, como se ve, por lo anterior, durante la mayor parte de su artículo, el lenguaje de un indiferente y de un incrédulo, M. Ma-

llock deja ver, al terminar, hácia que lado tienden sus simpatías y sus esperanzas. No teme para la Iglesia ningún descubrimiento ni método filosófico, pues ella sabrá siempre distinguir la verdad del error y asimilarse los elementos sanos de los nuevos sistemas.

«Así, termina, es como Roma ha absorbido el platonismo en el cuarto Evangelio y la doctrina de la Trinidad; el aristotelismo en la doctrina de la presencia real; así también podemos verosímilmente esperar que absorba, en una teoría que le sea propia, las ideas madres de esta filosofía evolucionista, que tantos creen que está destinada á consumar su destrucción.»

Este artículo viene muy apropósito en un momento en que, á causa de las interpretaciones erróneas, dadas por la prensa protestante á algunas decisiones de la curia romana, los católicos de Inglaterra se encontraron en una situación difícil con respecto á sus compatriotas.

La prueba ha sido ruda para los católicos de ese país. Algunos, y no los menos ilustres, como el profesor Saint-Georges Miward y aún el honorable William Gibson, el heredero de la dignidad de *par* de Asbourne, han querido, con gran escándalo de sus correligionarios, separar la causa de la Iglesia de la de esas venerables instituciones que son el brazo derecho del soberano magisterio: las congregaciones romanas. Y se ha tenido el dolor de ver católicos de ese valer y de este nombre reconstruir la antigua historia de Galileo con gran alegría por parte de los enemigos de nuestra fe.

Así pues, la publicación del artículo de M. Mallock tiene una gran importancia en las circunstancias presentes. Se trata de que la *Catholic Truth society* la haga publicar en una encuadernación especial para repartirla en todos los paises.

Esperamos que esta feliz iniciativa no encontrará obstáculos y que pueda ser realizada para el progreso del catolicismo entre las naciones protestantes.

La cuestión social y el catolicismo

Parte muy principal del *legado del Siglo XIX* es el grande y tremendo problema social; pues bien, es opinión comun entre todos los publicistas contemporáneos que el porvenir de la sociedad moderna dependerá en gran parte de la solución que llegue á tener la *cuestión social* en el siglo XX.

Pero existe un síntoma consolador indicando que esa solución se encamina á los ideales del Evangelio y no hácia los del socialismo materialista y ateo, que bien podrá trastornar y convulsionar la sociedad; pero jamás traer un estado regular para los pueblos y naciones.

Existe ya ese síntoma de feliz solución, pues que, como advierte un publicista contemporáneo, el siglo XIX ha terminado con la persuación de que fuera de la religión no hay salvación alguna.

El problema de la desigualdad social no puede ya resolverse con la esclaviiud, como lo resolvió la civilización pagana; queda pues librada su resolución á la fraternidad evangélica, cuyos vínculos son la caridad y la justicia, y estos no son posibles con la teoría socialista que á fuer de atea, ni puede tener justicia, ya que carece de sanción; ni menos caridad, que es el amor del prójimo por Dios.

La armonía de los deberes de estas dos virtudes fué y es la gloria de la civilización cristiana, de la cual ha pretendido separarse la civilización ateista; pero á la qué es necesario que torne, si no se quiere caer en una nueva barbarie, peor que la antigua.

Ya, desde sus días, lo decía el eminente Luis Veuillot, intimando á la Francia un dilema que se reduce à esto: «ó volver á ser cristiana ó perecer.» Y esto lo reconocía Adolfo Thiers, confesando que la sociedad no podía salvarse sino por el Clero; esto

es, por la influencia de la Iglesia Católica. Y lo que es más, lo ha confirmado poco ha, en Bélgica, Mr. Fréron, de la escuela racionalista, asegurando que, para reformar á la sociedad, se requiere una religión positiva, y entre éstas, sobresale aquélla, que ejercita un apostolado, el cual, como lo demuestra Isaac Periére, no se halla sino en la Iglesia.

Y por no citar á otros muchos respecto á la eficacia de este apostolado, tenemos el testimonio de Hoffman, quien en el Congreso de la democracia social, celebrado en Estokolmo, declaró abiertamente que «contra la potencia del catolicismo en Alemania, los esfuerzos más desesperados del socialismo, resultaban inútiles; y que esto era manifiesto, ni convenía ocultarlo.»

Y daba la razón de ello el Cardenal Capecelatro, con estas palabras, que indican el vigor del catolicismo al espirar el siglo XIX: «¿Quién podrá resolver el complicado asunto de la cuestión social?» pregunta, y responde: «solamente la Religión Católica lo resolverá en cuanto es posible; pues la cuestión social es cuestión de justicia y de caridad, y solo el cristianismo tiene una idea determinada, constante é inmutable de la justicia, y encierra en sí inmensos tesoros de caridad, que difunde más copiosamente en un día que el mundo pagano en un siglo. El catolicismo resolverá la cuestión social; pues el catolicismo tiene eficacia sobre ricos y pobres, prometiendo premios y amenazando con castigos á unos y á otros, si se alejan del camino de la caridad y de la justicia. Lo resolverá la Iglesia Católica, porque, ella sola, no habla jamás de derechos sin hablar también de deberes; que antes bien, sabiendo que el derecho nos satisface siempre y el deber nos hace á menudo sufrir, proclama con más frecuencia éste que aquèl.»

De aquí se puede argumentar que las influencias benéficas del catolicismo en las naciones, si por un lado aparecen disminuidas, por el otro á causa de las necesidades sociales se encaminan á un grandioso

engrandecimiento, que será tanto más rápido, en cuanto que estas necesidades prevalezcan sobre los hechos; esto es, cuanto más los Estados se sientan oprimidos entre las garras del socialismo. Y así la Iglesia, á la que se ha tratado de excluir políticamente, se ve poco á poco volver socialmente al corazón de las naciones; sintiéndose hoy sobre todo, que sin el concurso de su doctrina y obra, no hay remedio seguro para ellas.

II

Para que pueda tenerse una idea algo más exacta acerca pel problema de la cuestión social y de la benéfica influencia del catolicismo en la solución de la misma, vamos á transcribir casi íntegro el discurso que sobre este asunto tuvimos ocasión de pronunciar en el Congreso de los Círculos de Obreros celebrado en Montevideo el año pasado.

Es más grande, decíamos, de lo que pudiera manifestaros la satisfacción que experimento al tener el honor de presidir esta asamblea, tan augusta por ser de obreros dignificados por el divino obrero de Nazaret; y porque este Congreso representa un gran paso dado en la obra santa de regeneración social por medio de la institución de los Círculos Católicos de Obreros, tan recomendada por el sabio León XIII y que tan felices resultados ha producido en el mundo de los trabajadores.

Las asociaciones obreras, en efecto, están llamadas en la época presente á servir de base firme al orden social cristiano, único compatible con los destinos de la civilización y de la humanidad. Por eso sus miembros, persuadidos de la misión providencial que deben desempeñar en estos tiempos en que los cimientos puestos por Jesucristo al orden social, se sienten fuertemente sacudidos, se empeñan en robustecer su acción para oponerse á la propaganda demoledora del socialismo revolucionario y ateo.

Es cierto que nuestros Círculos de Obreros no son más que una preparación para la democracia social cristiana, que es la dueña incontestable del porvenir; sin embargo, es también verdad que por medio de ellos se inicia eficazmente la futura organización que tendrá la sociedad humana cuando vuelva de lleno á la vida del cristianismo; lo que sucederá cuando la utopía socialista, sepultada en los horrores del anarquismo, haya pasado, aleccionando cruelmente á los pueblos; y pasará sin duda, más pronto de lo que se cree, como han pasado todos los sistemas y sectas violentas que han pretendido suplantar al cristianismo.

Así pues, no os parezca extraño que en este discurso inaugural, cualquiera que él sea, me proponga deciros una palabra sobre la cuestión social, según las enseñanzas del gran Pontífice de los obreros, quien la ha tratado magistralmente en su famosa Encíclica *Rerum Novarum*.

Y desde luego, como advierte el Papa, en esta materia los lauros del cristianismo son indiscutibles en los anales de la civilización; de manera que si hoy contemplamos al gran León XIII preocupado de la cuestión obrera y de los intereses sociales, no ha hecho más que seguir la tradición de la Iglesia y de los siglos pasados, aunque adaptándose á las necesidades presentes.

En efecto; ya en su tiempo se escandalizaban los Fariseos de ver las preferencias de Jesucristo por las pobres gentes del pueblo, y á pesar de ello, fué entre los humildes hijos del pueblo que escogió los fundadores de su Iglesia, dándoles el encargo especial de evangelizar á los pobres; y desde entonces no ha hecho más que afanarse por cumplir esa misión eminentemente popular. Fundada por un artesano, la Iglesia se empeñó constantemente en honrar el trabajo y rehabilitar al trabajador.

Con una prudencia tan sabia como eficaz, consiguió la manumisión y emancipación del esclavo.

Más tarde salvó de nuevo á los pobres artesanos protegiéndolos contra la lepra de la usura; en la edad media elevó y mejoró la condición de los siervos de la gleba; y gracias á su influencia, el mundo conoció á los hombres libres de los municipios, que aún Roma y Grecia habían ignorado; por manera que es suma ingratitud olvidar que es á la Iglesia á quien se debe la dignificación del trabajo y la transformación del antiguo siervo en el obrero libre de los tiempos modernos, base indispensable de la democracia contemporánea.

Y que este movimiento social en pro del mejoramiento de las clases populares sea obra y efecto del cristianismo, como es plagio del Evangelio, en lo que tienen de justo y racional los sistemas adversos, lo declaraba ya en su tiempo, el conde de Chateaubriand en las *Memorias de ultratumba*: «La idea cristiana, decía, es el porvenir del mundo. Es imposible comprender á quien no es cristiano, la sociedad futura siguiendo su curso.... En todas las hipótesis, las mejoras que deseáis, no las podéis sacar sino del Evangelio.

«En el fondo de las combinaciones de los sectarios modernos, socialistas, comunistas, igualitarios, *está siempre el plagio, la parodia del Evangelio; siempre es el principio apostólico lo que se encuentra.* Y este principio de tal manera nos ha compenetrado, que usamos de él como si nos perteneciera; lo presumimos natural, aunque no sea tal; pues nos viene de la antigua fe encarnada desde generaciones. Y ese principio independiente que se preocupa del perfeccionamiento de sus semejantes, no hubiera jamás pensado en ello, si el derecho de los pueblos no hubiese sido puesto por Jesucristo. Todo acto de filantropía que realizáis, todo sistema que soñáis en interés de la humanidad, no es más que la idea cristiana renovada, cambiada de nombre y con frecuencia desfigurada; pero es siempre el Verbo hecho carne.»

Pues bien, para confirmar esta gloriosa tradición

de la Iglesia y continuar su benéfica influencia, ha publicado León XIII la monumental Encíclica sobre la condición de los obreros, que, al decir de un publicista liberal «ha venido en el momento más oportuno y será el monumento más glorioso de su pontificado por constituir *la gran carta económica del mundo moderno*, con un espíritu progresista y democrático.»

III

En efecto; por su excelencia y oportunidad ha producido en todas las esferas la más honda sensación, pues contiene la gran palabra sobre la cuestión social, que desde hace un siglo divide y apasiona los espíritus, y de cuya solución depende la suerte de la sociedad moderna.

La solución dada por el Pontífice resuelve todas las dificultades sin dañar ningún derecho, y proteje con igual eficacia los intereses del capital y del trabajo, mientras indica el ùnico remedio que puede curar la llaga del socialismo; y he aquí porque no ha existido en este siglo un documento emanado de la autoridad pontificia que haya suscitado tan viva y universal adhesión. En prenda de ello y para alejar de mí toda sospecha de crítica parcial, preferiré, para inspirarme, entre los múltiples juicios publicados, el muy notable de Mr. A. Leroy Beaulieu, quien por pertenecer á la escuela liberal, tiene todos los caracteres de imparcialidad en su juicio crítico sobre la mencionada Encíclica.

Empieza el eminente publicista por declarar que este fin de siglo da un singular mentís al espíritu que ha presidido á sus orígenes. El siglo XIX se preciaba de excluir la religión de los negocios de este mundo, de relegar el Clero al Santuario, de hacer del laicismo, en una palabra, el principio dominante del Estado y de la sociedad. Más he aquí que ha sentido la nostalgía de la antigua fe; y el siglo no se muestra

sorprendido al contemplar que la Iglesia toma solemnemente su puesto, reivindicando la parte de influencia que le es debida en el gobierno y dirección de las cosas humanas.

Asistimos, por tanto, á la entrada en escena de uno de los grandes actores de la historia; pero sobre el antiguo teatro, de donde se le había querido expulsar, el Pontificado se encuentra con un personaje nuevo, muy distinto de aquéllos que desde mil años acostumbraba á tratar; pues, en lugar de las dinastías consagradas por sus manos, se encuentra en presencia de la democracia. Imponente encuentro en verdad; porque de él depende el desenlace del drama de los tiempos modernos; y para acentuar más aún la significación de ese gran paso, el Papa va derecho á la democracia, y le habla de lo que le es más querido y más le interesa: *la cuestión social*, ofreciéndole la solución más eficaz y prudente, con la sabiduría y magestad que distingue al Pontífice clarividente; quien, en verdad, se coloca en un terreno en el cual, aún el incrédulo, no podría negarle la competencia; pues se refiere, sobre todo, á los principios de moral y de derecho; y cuando toca las cuestiones económicas y desciende á los medios prácticos, lo hace con tacto y delicadeza soberanas. Así que, su Encíclica sobre la condición de los obreros, es algo más y más importante que un programa económico: es un beso de Cristo dado á los proletarios, es el abrazo maternal dado al pueblo por la Iglesia.

El Papa ha visto á la sociedad moderna dividida en dos campos enemigos y ha descendido en medio de los combatientes puestos en línea de batalla; y entre ambas líneas ha plantado la cruz, que significa la reconciliación de todos por la caridad y la justicia. El Papa ha comprendido toda la gravedad del problema social, y afirma que apesar de todos los medios humanos que indica, fuera de Dios y de la religión no podrá encontrarse la solución adecuada y eficaz.

«Por rancio y anticuado que parezca el remedio fundamental que nos propone, advierte Leroy Beaulieu, es sin embargo el más serio y eficaz que puede ofrecernos. Sólo Dios puede volvernos la paz social; y es absolutamente necesaria la intervención divina, porque todo el arte y toda la ciencia de los hombres fracasarán.»

¿Y quién puede negar que el Evangelio es la gran escuela del deber social para todos, no solamente para los pobres, sino también para los ricos? El influye á la vez en las alturas y en las infimas capas de la sociedad. Los ricos, las altas clases sociales, con frecuencia son inconscientemente los grandes factores del socialismo; su vida es una predicación contra la sociedad: el olvido de la ley del trabajo, la frivolidad impertinente de la juventud de salón; el fasto provocador de las fiestas mundanas; el lujo desvergonzado de la corrupción elegante ¡qué lecciones para el pobre pueblo! Una sociedad semejante para no provocar los rencores y la cólera de las turbas, tiene necesidad de purificarse y de regenerarse; así como la tiene el proletarismo, con frecuencia degradado por el vicio de las tabernas y el espíritu de incredulidad.

Pero ¿cómo podrá esto realizarse sino por medio del Evangelio y del cristianismo, al que debe la civilización todo lo que tiene de justo, de moral y de bueno; mientras su olvido y desprecio nos hace retroceder á la corrupción y desenfreno del antiguo paganismo? Hè aquí la gran lección de la Encíclica pontificia: la reforma social no puede realizarse sino por la reforma moral: ahora bien, este principio de reforma no existe fuera del cristianismo, porque la ciencia bien puede ilustrar la inteligencia, pero carece de fuerza moral para imponerse á la voluntad.

Por eso Leroy Beaulieu aplaude la admirable sabiduría de los principios generales que han inspirado la Encíclica pontificia, y la saluda como el punto de partida de una regeneración de la vieja sociedad enferma; y como declara un publicista anticlerical, *esta*

Encíclica es el principio del siglo XX: el programa del porvenir. Más aún; Leroy Beaulieu hace esta observación de una sensatéz incontestable: si le parece imposible prácticamente una legislación obrera internacional, cree necesario sin embargo, que en la reglamentación de la cuestión social, los gobiernos deben estar animados de un mismo espíritu y obedecer á una inspiración común. Ahora bien, esta inspiración común nadie puede comunicársela mejor que la Iglesia y el Pontificado. Las diversas sectas cristianas no tienen un credo ni un criterio común y uniforme; mientras la Iglesia ha sido y es aún, el agente magno de unificación del mundo moderno: el Pontificado es el único poder verdaderamente cosmopolita; sólo la religión puede sin inquietudes y sin amenazas para nadie, á fuer de poder meramente moral, realizar el *internacionalismo* pacífico y eficaz al que tiende la civilización moderna por la fraternidad de las naciones.

IV

Así, pues, si el mundo escucha atento las enseñanzas del gran Pontífice, las cuestiones obreras, estudiadas en todas partes en el mismo sentimiento humanitario y cristiano, recibirán la única solución internacional compatible con la variedad de las situaciones y de las circunstancias, con la diversidad de lugares y tiempos y la desigualdad de los hombres y de las razas. Esta es la consigna que ha recibido la Iglesia para salvar la sociedad moderna en este período de transición hácia la democracia social cristiana, que aparece en el horizonte como el porvenir de la humanidad, al decir del ilustre catedrático de Pisa, el eminente conferencista Toniolo, que recibe con frecuencia las inspiraciones del Vaticano.

Por fin, Mr. Leroy Beaulieu propone esta cuestión: «¿La democracia aceptará la mano que le tien-

de el Pontificado? Nada, dice, podría resistir sobre el globo á esa alianza de las dos grandes potencias del mundo, y sería el más grande acontecimiento de los tiempos modernos esta unión de la joven y turbulenta reina de los tiempos presentes con la antigua Iglesia, heredera á la vez de Roma y de Jerusalén.»

Pero el ilustre publicista vé obstáculos casi insuperables, quizás por su criterio racionalista y liberal, para la consolidación de este pacto, que sin embargo califica de grandioso. «La Iglesia, dice, ofrece dos cosas á la democracia: la creencia en un más allá y una soberanía moral; pero aunque éstas son las cosas de que la democracia moderna tendría más necesidad, son también por las que desgraciadamente este cuarto estado siente menos gusto.

Desde luego la declaración de ser esa aljanza la más necesaria para la democracia, equivale á confesar que sin ella no podrá existir; y que por tanto, tarde ó temprano se verificará como consecuencia de la lucha por la existencia».

Además, para sostener su tésis nos muestra casi por todas partes á la democracia social inclinada al materialismo, hostil á las influencias morales y religiosas y limitada á esta tierra toda la realización de su ideal. Más esto, solo demuestra que existirán dificultades para la alianza, pero también demuestra que es un estado destinado á desaparecer por incompatible con la dignidad del espíritu humano y los mismos destinos de la sociedad; sería uno de esos períodos transitorios que Mr. Guizot llama *días de vergonzosa decadencia*, pero que la ley providencial del progreso ascendente hará desaparecer ó elíminará á su tiempo.

Sin embargo, nos parece que Leroy Beaulieu cae en una confusión lamentable, identificando el movimiento democrático social con el socialismo revolucionario y ateo. En verdad que casi en todas partes, los jefes del socialismo contemporáneo poseen incurables desconfianzas y un ódio latente

respecto de la Iglesia, cuando no una violenta hostilidad; pero el socialismo revolucionario no debe ser confundido con la gran corriente de la democracia social que hoy atraviesa las sociedades y los pueblos.

El socialismo aspira, sin duda, á tomar en sus manos la dirección del movimiento democrático social; pero no podría establecerse una estrecha y completa solidaridad entre este socialismo y la democracia contemporánea. ¿Se podrá decir que esas inmensas masas populares de Francia, Alemania, Inglaterra, España, Austria y especialmente las de la América latina y sajona, son enemigas natas de la Iglesia y de la religión? Afirmarlo sería una falsedad y una injusticia ante todo; porque la democracia es una idea y una evolución cristiana.

Y en todo caso podríamos preguntar con el mismo Leroy Beaulieu «¿qué es lo que impide á la democracia moderna convertirse al cristianismo? La Iglesia ha dominado las más fieras resistencias y doblegado el orgullo de los más altivos conquistadores ¿por qué la nueva soberana, la impaciente heredera de las viejas dinastías, no vendrá también á dar su mano á la que bautizó á los bárbaros y ungió á los Césares del santo Imperio?»

Y este noble designio que persigue el Papado, es tanto menos una utopía, cuanto que la democracia para vivir y prosperar, para encarnarse en una forma histórica durable, tiene necesidad de la religión y de la Iglesia como la más grande potencia moral que existe en el mundo. Y hasta «puede declararse esta verdad como axioma: ó la democracia se hará cristiana ó su triunfo efímero se disolverá en la anarquía y en los horrores de la comuna dinamitera.» Y como añade Mr. Guizot, bastará un poco más de fe en el pueblo para que el socialismo y el comunismo sean considerados como incomprensibles locuras.

He dicho que la Iglesia no tiene que temer por el triunfo definitivo de la democracia social porque es

una idea y una evolución cristiana; voy á confirmarlo con la autoridad de Mons. Bougaud en su apología del cristianismo, para así terminar con una palabra elocuente: «Creo, dice, que el movimiento que eleva en estos tiempos las clases populares tiene sus raíces en las últimas profundidades de la historia cristiana, que empezó hace diez y ocho siglos y no ha cesado de marchar, sin haberse detenido un instante.... y que las clases populares en particular ceden á su empuje sin comprenderlo, porque es completamente irresistible. Este movimiento, esta nueva potencia que se levanta es la *democracia*. No digo la demagogía, que pasará; hablo de la democracia, que es la reina del porvenir. Más, por qué se la habría de temer? Ella es el último término de esa ascensión peligrosa, pero necesaria y admirable, por la cual el cristianismo ha tomado al pueblo caído en tierra, sin derechos, encadenado, esclavo; y del esclavo hizo por de pronto un siervo; después, del siervo un hombre libre, el ciudadano de un municipio, y en fin, del ciudadano libre, un ser cada vez más apto para todas las conquistas del progreso social.»

Las palabras del ilustre Prelado me llevan á esta conclusión final: el porvenir es de la democracia social cristiana, que dató su proclamación oficial con el día de la Encíclica *Rerum Navarum*, que es á la vez su código moral y su constitución económica.

Con el siglo XX un mundo nuevo, no conocido, aparece en el horizonte de la humanidad, y la Iglesia, después de superadas todas las dificultades, volverá á salvar á la sociedad como lo ha hecho en todas las agonías, que parecían de muerte y que no eran sino épocas de transicion; porque Jesucristo, su fundador, vive, reina é impera en todos los siglos: *Christus, heri et hodie; ipse et in sæcula.*

VI

Para que se considere la participación que la autoridad del Papa ha tomado en la solución de la

cuestión social entre los centros que de ella se preocupan, vamos á recordar brevemente la representación que ha tenido en los diversos Congresos públicos y privados que se han celebrado en Europa para ocuparse de la cuestión social y de los obreros.

León XIII, que desde los primeros años de su pontificado, se conquistó el glorioso título de «Padre de los obreros», acaba de ser reconocido como tal, no solo por los católicos, sino también por los mismos socialistas y protestantes, en el Congreso Internacional celebrado en París á fines del año pasado para la «Protección del trabajo.»

En el año 1890 fué convocado en Berlín el primer «Congreso Internacional para la protección legal del trabajo», y para este Congreso la Santa Sede envió como representante á Mons. Kopp. En 1897 se celebró otro, aunque privado, en Zurich, en el que tomaron parte socialistas y católicos, habiéndose señalado de un modo especial el católico De Curtins; en el mismo año tuvo lugar un tercero, también privado, en Bruselas, entre liberales y católicos, en el que se decidió que el cuarto de estos Congresos se abriría en París durante la Exposición de 1900.

Se abrió, en efecto, á fines del mes de Julio. Intervinieron en él, delegados de todas las partes del mundo y personajes de distinción de todos los países, católicos, socialistas ó protestantes. La Italia envió al ilustre profesor José Toniolo, príncipe de los economistas italianos modernos, como lo apellidó el Santo Padre.

Uno de los resultados más importantes del Congreso fué la fundación de un «Instituto de Legislación Internacional», en el que serán representadas no sólo todas las sociedades obreras, sino también los gobiernos; y en las determinaciones tomadas entraba que, entre los gobiernos debía ocupar un lugar la Santa Sede, como la potencia moral más grande del mundo.

Esta propuesta, aunque en general bien acogida,

fué combatida por algùn socialista, pero defendida calurosamente por el célebre José Toniolo, y aún por los hombres de estado de Bélgica y otras naciones, aunque ardientemente protestantes. El día de la clausura del Congreso, se leyó el proyecto de este «Instituto de legislación internacional del trabajo», en el que se mantenía la representación de la Santa Sede, y se explicaban los motivos que habían inducido á la Comisión para mantenerla; no obstante las observaciones hechas en contrario. Acabada la lectura se alzó un socialista para combatir este párrafo, lanzando contra el Papado las calumnias de costumbre, de que rebosan los diccionarios del liberalismo y de las sectas. Entonces el señor Mahaim, belga y protestante, se puso de pie y demostrando en pocas palabras cuanto había hecho el Pontificado en favor de las clases obreras, y especialmente León XIII con la encíclica *Rerum novarum*, rebatió victorisamente los sofismas del furioso socialista. Pero éste, no desanimado volvió á la carga, vomitando un torrente de tan estúpidas insolencias, que todos los circunstantes quedaron aturdidos y levantaron tal rumor, que el socialista, no logrando hacerse oir más, volvió confuso á su puesto.

Luego se levantó el señor Berlepsch, Ministro del comercio, prusiano y protestante, y después de haber hecho la más hermosa apología de los beneficios obtenidos de la autoridad moral del Papado para la causa del obrero, invitó al socialista á retirar su moción. Otros socialistas aparecieron en la tribuna y aunque profesaron abiertamente sus principios y manifestaron su aversión al Papado, sin embargo declararon que en esta cuestión disentían de su colega y apoyaban con todo su poder el artículo que mantenía la representación del Papa en este Instituto. A los socialistas se agregaron los dueños de grandes oficinas, librepensadores, quienes afirmaron que, considerando el inmenso beneficio hecho por la palabra del Papa sobre un gran número de sus operarios,

nunca consentirían en que el Papa fuera excluido de este instituto y apoyaban de buena voluntad el artículo en cuestión.

En suma la oposición de aquel socialista dió lugar en este congreso á una manifestación tan expontánea y grandiosa como inesperada en favor de la Santa Sede de parte de aquellos que no profesan la religión católica. Tanto puede la evidencia de la razón y de los hechos!

El Presidente del Congreso hizo pasar el artículo á votación. En toda la asamblea no se vieron más que manos levantadas. Un adversario pidió la contraprueba, á lo que el Presidente accedió gustoso. Pero ¡cosa admirable! no se levantó más que la mano de aquel socialista, que tan ferozmente había atacado el artículo, viendo así reprobada su conducta y doctrina. El resultado pues, no pudo ser ni más expléndido ni más decisivo; de modo que el Papa, excluído del consejo de las naciones en la Haya, por las intrigas de la diplomacia de gobiernos sectarios, vuelve á él por la voluntad de los pueblos. Así fué desde el principio, rechazado por el imperio romano cuando más necesidad tenía de su apoyo, fué aclamado por los pueblos, y esta actitud los salvó.

La gran institución del Pontificado (1)

Existe en el mundo y en la historia una institución, al decir del publicista Macaulay, que es superior á todas las creaciones políticas y religiosas que ha contemplado la humanidad: esta institución es el Pontificado fundado por Jesucristo en Simón-Pedro, el Pescador de Galilea, y primer Papa; institución continuada al través de diecinueve siglos hasta León XIII, y que continuará más allá, hasta la consumación de los tiempos.

(1) Transcribo aquí el discurso pronunciado en el «Club Católico», para contestar á los pronósticos de decadencia que hace el protestantismo sobre el Pontificado.

Si ninguna otra creación es más admirable, ni se le asemeja, ya en grandeza moral, ya en duración, es porque su fundamento lo puso Dios: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». Y si á pesar de perpetuas persecuciones y fatídicos anuncios de muerte, no desaparece jamás, es porque respecto de sus enemigos dijo y anunció Jesucristo que no habían de prevalecer: «*non prævalebunt*»: «no prevalecerán». No los tememos.

Era la víspera de su ascension á los cielos.

«Apacienta mi grey; apacienta mi rebaño», dijo Jesús al pobre Pescador de Galilea, Simón Pedro, pues que por la debilidad del sujeto quería demostrar la divinidad de la institución.

«Apacienta mi grey;» esto es, anda á buscar á los hombres, tus hermanos, y diles que el destierro en que gimen desde cuatro mil años ha terminado; y que, vencedor del mundo, te he dado á tí, Pedro, y á tus sucesores, la mision y el poder de romper el yugo ominoso y degradante que pesa sobre sus hombros.

Y hé aquí que pronto harán dos mil años desde que esta palabra fué dicha allá en las felices riberas de Tiberiades; y desde entonces el Pescador de Galilea no ha dejado de cumplir su misión. Para ello abandona sus redes, deja su patria y fué á plantar su cayado en pleno foro romano, á fin de que todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, señores y esclavos, supiesen que había sonado la hora de la luz, la hora de la verdad, la hora de la libertad y la hora de la bien, ésto es, la hora de la redención humana...

En verdad, la orgullosa Roma ni siquiera sospechó que aquel humilde Pescador iba á disponer de sus destinos; y tenía razón, porque eso era imposible sin una misión divina. La gran ciudad en su loco orgullo, creía no haber vencido y subyugado á los pueblos de la tierra, sino para hacerlos instrumento de su gloria y de su sibaritismo. A los ojos de César, que ella se habia dado, los hombres, todos los

hombres, no eran más que el juguete envilecido de su poder, ó de sus caprichos.

Y sin embargo, Roma y César no habían hecho otra cosa que luchar y vencer para preparar la grey de Simón-Pedro. Jamás lo hubieran imaginado; pero es lo cierto que su cetro de hierro empezó á perder su fortaleza el día en que el cayado del pescador de Galilea se levantó sobre el mundo esclavizado para establecer el reino de Cristo. ¡Pero que luchas y que triunfos los del inerme Pescador!...

Cien veces y mil veces, en el curso de los siglos, Roma y César, los príncipes de la tierra, las naciones conjuradas, los pueblos extraviados y las masas seducidas decidieron la dispersión del rebaño, anunciaron la muerte del Pescador de Galilea y proclamaron la ruina del imperio de Jesucristo. Y sin embargo, la palabra del Maestro es siempre verdadera, siempre viva, siempre victoriosa: «Apacienta mi grey, apacienta mi rebaño.»

Desde las catacumbas, donde se refugiara, desde el fondo de la cárcel, donde César le arrojó, desde el destierro al que los tribunales le enviaron, hasta desde el mismo lugar en que va á sufrir el último suplicio, no cesa un instante de obedecer la orden de su Maestro, venciendo todos los obstáculos.

Bien pueden rugir y bramar las iras del mundo; bien pueden dar trègua á sus querellas particulares los reyes, los príncipes y los jefes de los pueblos para unirse contra el inerme Pescador de Galilea; pues no dejará por eso de conducir los hombres y las sociedades; y antes bien contemplará legiones enteras que arrojan sus armas para morir con los corderos de su redil.

Y los jueces, y los verdugos, que aùn ayer enrojecían el Circo y el Foro con la sangre de los mártires, corren presurosos á entrar en el rebaño, sin cesar diezmado, al mismo tiempo que en perpetuo aumento. El mismo Cèsar dejará Roma á Simón-Pedro: y antes de abandonarla, inclinará la diadema imperial ante

el cayado del Pastor de Galilea, y el vencido de todos los días, permanece el vencedor de todos los siglos.

Caerán los imperios; nuevas sociedades se levantarán sobre las ruínas del viejo mundo, tronos, que datan desde mil años, se desplomarán en un instante; nada de lo que existía quedará en pie; sin embargo, Simón-Pedro permanecerá inconmovible cumpliendo siempre la misión que le fué dada en el lago de Tiberiades: «Apacienta mi rebaño».

Cuando el antiguo mundo está próximo á desaparecer, Simón-Pedro, empuña el cayado, marcha al encuentro de los bárbaros; y con una sola mirada detiene á Atila, el devastador de pueblos y ciudades. Con gran escándalo quizás de los hombres de aquel tiempo, acoge á esos lobos furiosos, les introduce en su redil y, de estas bandas indómitas, después de mil trabajos y cuidados, forma la sociedad cristiana y constituye las nacionalidades modernas.

II

Pero he ahí que se preparan nuevas luchas y nuevos triunfos. El enemigo ya no viene de afuera; ya no es César con sus edictos, ni son los bárbaros con sus devastaciones y sus bríos indómitos. Se levanta dentro del mismo aprisco, loco de orgullo, ébrio de cólera y dispuesto á todas las perfidias para arrebatar el cayado de manos de Simón-Pedro.

Y la lucha recomienza más áspera, más difícil y penosa. Pastor por excelencia, Pedro daría de buena gana su propia vida por cada una de sus ovejas, por el más humilde de sus corderos; y sin embargo, para impedir que el rebaño todo entero corra á apacentarse con pastos emponzoñados, se vé obligado á arrojar los rebeldes fuera del aprisco.

Ya sea que su frente lleve el sello del genio, que su palabra tenga los acentos de la elocuencia más robusta, que hayan sido objeto de las más hermosas esperanzas y que por los servicios prestados hayan

adquirido títulos inmortales á la gratitud del mundo; desde el momento que ponen en peligro la grey, el cayado de Pedro irá á herirlos en el retiro en que meditan sus errores, en las basílicas donde pretenden enseñarlos al amparo del carácter sagrado de que estén investidos, hasta sobre las gradas del trono, cuya protección mendigan. Y con ellos deberán salir los cristianos que se han dejado seducir; y al precio de las lágrimas de sus ojos, del más agudo dolor de su corazón y muchas veces de la sangre de sus venas, el Pescador de Galilea defiende inquebrantable la parte del rebaño que ha permanecido fiel.

Si para dar libre curso á sus pasiones los poderosos de la tierra, abusando del poder pretenden romper los vínculos sagrados de la familia; si las grandes inteligencias del siglo, enorgullecidas con las luces de su razón y los progresos de su ciencia intentan extraviar las masas; si las naciones se coaligan para arrancar de su autoridad una declaración nociva á la salud del redil, Simón-Pedro no traiciona jamás su misión de Pastor, de Príncipe y de Padre: antes morirá protestando: *non licet, non possumus.*

El se ha llamado León el Grande, se llamó Gregorio VII, Inocencio III, Pío V y Pío IX. Pero si León el Grande, Gregorio VII, Inocencio III, Pío V y Pío IX han muerto; Simón-Pedro está allí de pie, viviente, obedeciendo la orden del Maestro; y es siempre el Pescador de Galilea quien apacienta la grey de Jesucristo.

Y hoy día, que se llama León XIII, es todavía y siempre Simón-Pedro, que vive en sus sucesores.

Cuando la sociedad ébria de independencia, impaciente de todo yugo, pretende sacudir todo freno, no caminar sino con su propia luz, el Pescador de Galilea no desfallece y le recuerda que todo poder viene de Dios, cualquiera que sea la forma de gobierno; que la esencia de la libertad está en someterse á la observancia de las leyes eternas. A los fuertes, á los

ricos y á los dichosos de la tierra, les enseña que poder, fuerza y riquezas les han sido otorgadas sobre todo para el mayor bien de sus hermanos, y que es una *verdadera usura* hacerlas servir para su único goce con detrimento de los pequeños, de los débiles y de los pobres, *víctimas de una miseria inmerecida.* Pero si proclama así, tan alto, á la faz del mundo atónito, los derechos de los pequeños, de los débiles y de los pobres, no se propone de ningún modo ni adular sus pasiones, ni excitar su codicia, ni menos lanzarlos *por el camino, con frecuencia ensangrentado, de la violencia y de la rebelión, de donde jamás han conseguido otra cosa que un aumento de miserias y desgracias.*

A los amigos ó adversarios que pretenden confundir los intereses de la grey de Cristo con los de alguna institución humana, cualquiera que sea, y apoyar sus vistas personales con su autoridad universal, Simón-Pedro declara que es Pastor de todos y que su cayado está por encima, así del cetro de los reyes, como de los caprichos populares.

«Apacienta mi grey». Y en cumplimiento de esta misión Pedro distribuye á todos y á cada uno el alimento más adecuado y lo dá en la hora más conveniente. De la verdad, que es la salvación del mundo, solo él tiene el depósito, solo él sabe lo que los hombres pueden soportar; él es el que conoce la hora en que conviene introducir la grey en la tierra de promisión, ante cuyos umbrales más de un imprudente fué á estrellarse por haber querido precipitar los acontecimientos y empujar los pueblos à conquistas que el tiempo no había preparado todavía.

Los sábios del mundo se inquietan, los orgullosos murmuran, los hijos del siglo se irritan, y abandonan insensatos el rebaño del Pastor de Galilea para ir á buscar la ruína y la muerte en los senderos de una falsa independencia; y sin embargo, Simón-Pedro, lamentando sin duda la muerte de los extraviados, continúa su misión, conduciendo siempre la grey hácia los ideales eternos.

III

Pero, una vez más los poderosos de la tierra se han conjurado contra el Pastor de Galilea; Simón-Pedro está hoy cautivo en esa Roma que él había libertado del yugo ominoso de César, para hacer la capital del mundo y el centro de la grey confiada á su paternal solicitud.

Para evitar toda sombra de parcialidad al referirme á este acontecimiento, tengo necesidad de apelar al criterio ageno, dejando la palabra al ilustre publicista M. de Vogüé, librepensador y miembro de la Academia de Francia: «La expoliación del 20 de Septiembre de 1870, dice, ha inaugurado una era de decadencia definitiva, según los observadores superficiales, que tal la creyeron, porque han despreciado las enseñanzas de la historia. Para nosotros empero, el suceso de 1870 es uno de esos accidentes, tan comunes en la historia del Papado. Hemos visto Papas prisioneros, arrojados del Vaticano, desterrados fuera de Italia, emigrados durante *tres cuartos de siglo* en Aviñón; Papas que se dividen à Roma con el César latino, con el César bizantino, con el César alemán; Papas dominadores del mundo sin tener donde apoyar su cabeza; y los hemos hallado siempre en todas las condiciones y en todos los infortunios á la altura de su misión, adaptando su institución permanente á las formas transitorias más diversas, siempre investidos de su autoridad indefectible en la evolución perpetua de sus derechos reales ó señoriales.

Nadie puede prever el desenlace de esta prueba *temporal,* ni cuál será la situación *aceptable* que ofrecerán al Pontífice las combinaciones históricas del porvenir. Pero las lecciones del pasado nos autorizan para descuidar estos incidentes secundarios.» Por eso esperamos en la Providencia, que no abandona á la Iglesia jamás.

«Pero si el Papa carece desde 1870 de una inde-

pendencia que le *es tan necesaria*, no ha perdido por eso elemento alguno esencial de su poder y de su fuerza intrínseca. ¿Dónde está, pues, el secreto del poder pontifical?» Y el mismo autor responde:

«Olvidaremos, por un momento, que la Iglesia se apoya sobre promesas eternas, y examinaremos la cuestión, basados solamente en el criterio de la razón esclarecida por la historia.

«Poder de opinión, el Papa disfruta de la preponderancia adquirida por los poderes de este orden. El es el jefe de la asociación más poderosa y disciplinada que existe, en un tiempo en que la fuerza del principio de asociación está centuplicada por el aislamiento individual de todo aquello que pudiera hacerle oposición.

Se nos permitirá repetir, añade, lo que afirmámos á este respecto hace algunos años, pues la observación ha robustecido nuestra convicción: «Todas las transformaciones de nuestro tiempo conspiran en favor de la Iglesia; á consecuencia del doble movimiento democrático y cosmopolita, se efectúa un notable desalojo de poder pùblico. Los poderes de opinión, los poderes internacionales, se engrandecen; y el efecto inevitable de la democracia es envilecer los cargos oficiales y elevar consiguientemente los cargos morales é intelectuales, que la opinión ha conferido.»

«Pues bien; el Papa desempeña el primero de estos cargos. El representa la opinión, y más que la opinión, la fe de muchos millones de hombres. El Papado es también, más allá del círculo de los fieles, un centro de atracción para muchas inteligencias libres. El gran trabajo crítico de nuestro tiempo y la aplicación experimental han demostrado la vanidad de los principios políticos, sociales, estéticos y anticientíficos por los que se apasionaron nuestros padres, y de lo que resta menos que nada.

Cada día se nos pone inexorablemente ante los ojos el hombre interior, que se inquieta al sentirse abandonado y sin timón, y el ciudadano que se espanta al ver la máquina pública, que es la patria, funcionando en el vacío. Sobre todos los escombros de todos los sistemas, solo un cuerpo de doctrinas permanece en pie. El ofrece una solución á todas las necesidades públicas é individuales y se pierde en las profundidades de la historia, probando su eficacia entre las más diversas organizaciones sociales. Tal es el depósito confiado al guardián del Vaticano.»

«Por fin, pregunta el mismo escritor, ¿se presenta favorable el porvenir para la continuación de su misión? Las líneas precedentes responden á esta pregunta demostrando que las corrientes que arrastran nuestro mundo, marchan en el sentido de la verdadera vocación de los Papas, y que estas corrientes vuelven á crear las condiciones históricas en que el Soberano Pontificado ha obtenido sus más brillantes victorias. La novedad sorprendente sería que el Papa faltase á las circunstancias ó que las circunstancias le faltasen á él.»

En verdad; si he abusado haciendo una cita tan prolija, creo me la disculparéis, porque es tan sensata como eficaz para demostrar lo que me había propuesto: el Pontificado de Simón-Pedro no dejará jamás de cumplir la misión que le confiara el Maestro: «Apacienta mi rebaño.» Es una institución *intangible*.

Y he aquí que al terminar uno de esos minutos en el reloj de la eternidad, que nosotros llamamos siglos, la tempestad brama por todas partes; como en otros tiempos, los hombres claman: ¡la paz, la paz! y no hay paz para ellos, pues tan poderoso es el clamor del sufrimiento, de la cólera y del odio que se levanta de la tierra... Mas, no importa. Será un nuevo triunfo la pacificación del mundo por Pedro.

Mientras fuera de la Iglesia reina el desórden, la agitación y los odios, Pedro recuerda que ha recibido el depósito de las misericordias divinas, y levanta su mano en ademan de bendecir para repartirlas á ma-

res sobre el mundo. Reune su grey y llama á sus hijos, á los que son de su rebaño y á los que se han separado de él, á los que jamás le han conocido y que poco hace, en un arranque de paternal audacia, consagraba sin embargo al Corazón de su Maestro.

Dirige un llamamiento al mundo entero, á ese mundo agitado, inquieto y atormentado, presa de todas las pasiones, víctima de todos los errores y vicios; lo llama para ofrecerle la paz, la libertad y la vida.

La tempestad no se ha calmado, pero dominando el tumulto, se ha hecho oir de una á otra extremidad del mundo la voz de Simón-Pedro, la voz de ese anciano augusto, que un soplo algo más recio arrojaría por tierra. Un prolongado extremecimiento ha conmovido todas las almas, y, al llamado del Pastor toda la grey se ha levantado.

Sus hijos acuden del Norte y del Mediodía, del Oriente y del Occidente; los fieles se dirigen de todas partes del mundo hácia esa Roma en donde Simón-Pedro, á pesar de estar cautivo, es sin embargo más rey y más augusto que todos los reyes de la tierra.

Este es el Año Santo para Roma, como el siguiente lo será para el mundo entero: es la hora de las misericordias supremas.

Cuando se eleva á los cielos la voz de Simón-Pedro, sube como una plegaria poderosa hasta el trono de Aquel que, vencedor del mundo, *ego vici mundum*, le dijo un día, y para toda la sucesión de las edades: *apacienta mi rebaño.* Y nosotros sabemos, y lo comprueban diecinueve siglos, que ni el furor de las tempestades, ni la rabia de los rebeldes, ni los asaltos del enemigo prevalecerán jamás contra el Pescador de Galilea.

Hoy mismo, mientras Pedro está cautivo en su propio Palacio, la nota más alta en Roma son las numerosas peregrinaciones que llegan sin interrupción al Vaticano.

Son como un coro inmenso que se levanta desde un

extremo al otro del mundo para honrar y venerar al gran Anciano, al Pontífice-Rey, el más grande y más humilde de los reyes de la tierra. Es la potencia moral indestructible, ante la cual todo pasa, mientras ella permanece asentada por Dios sobre *roca firme*, contra la qne se estrellan las potestades del averno.

La conciencia libre y el Papa

Al tratarse de la institución del Pontificado, sus adversarios suelen pregonar la dicha de las naciones protestantes y cismáticas, por que ellas, segun dicen, no tienen que temer la intervención del Papa, soberano extranjero, en sus negocios; mientras las naciones católicas no gozan de esta independencia. Pero esta ironía no basta para dar novedad á una objeción con tanta frecuencia dirigida contra el catolicismo, y es mas impotente aún para hacer fundada esa objeción.

No es una desgracia, sino una gran felicidad para un pueblo el ser católico; puesto que no existe un medio mejor y mas eficáz para que, conservando la unidad moral, permanezca libre, en el dominio de la conciencia, ante el poder civil. En efecto; la seguridad que dá la unidad moral, la fuerza que produce el sentimiento de la dignidad humana, inviolable en el fondo del alma libre, son la base principal de la grandeza de los pueblos.

Las naciones que no son católicas nos ofrecen dos espectáculos diferentes; ó bien el Estado no se preocupa de reglamentar las creencias, y entonces véseles divididas cada vez más en sectas enemigas. O bien el Estado gobierna la religión, como la política, y entónces el poder material puede, con todos sus medios de coacción pesar sobre la conciencia íntima del ciudadano; estará obligado á creer lo que quiera el Estado, como está obligado á pagar los impuestos.

Bajo este aspecto, ningún librepensador podrá considerar feliz á un pueblo que cree y piensa bajo la férula del gobierno y según las órdenes del poder civil.

Por otra parte, un país dividido en múltiples sectas diferentes, lleva en sí el gérmen de debilidad y descomposición; puesto que cualquiera que sea el grandor y la fuerza de ese país, semejante gérmen peligra de serle fatal un día ú otro, mientras la nación sería más grande y más fuerte y más segura del porvenir, si está unida moralmente. Encorvado hasta el fondo de la conciencia bajo el jugo del Estado, del poder material, un pueblo sufre forzosamente á la larga una depresión de carácter; podrá conservar admirables cualidades pasivas, á no ser que por la ley de reacción se eche en la anarquía ó el nihilismo; pero no tendrá esas resurrecciones, cuya posibilidad inquieta á los gobiernos de corta vista, aunque han salvado tantas veces á las naciones.

Con el catolicismo, ni esta descomposición por la multiplicidad de las sectas, ni esta depresión por la intromisión del Estado en la conciencia, son de temer. Evidentemente esto puede ser fastidioso algunas veces para el Estado, cuando desea estender demasiado y hacer pesar su dominio. Así encontraríamos explicable, sin considerarla válida, la objeción indicada de parte de un cesariano partidario del Dios-Estado ó del César Pontífice; pero no al tratarse de naciones cuya base es la libertad civil y moral.

Quizas se nos responderá que precisamente el catolico no es libre en su conciencia, ya que está sometido á una ley, el dogma y la disciplina de la Iglesia, y sigue una guía, el Romano Pontífice. Desde luego debe advertirse que no es lo mismo libertad de conciencia que no tener conciencia, inexplicable sin una ley. Pero recuérdese que el católico no obedece esta ley ni este guía sino porque *él lo quiere*. Todo está aquí; y esto no puede ser más libre, por-

que no sufre coacción alguna material. Libremente por tanto, da reglas á su libertad y libremente acata la autoridad del Papa, por lo mismo que es una autoridad moral, sin poder material para imponerse á los creyentes. No hay institución más libre, ni que mejor garanta la libertad de la conciencia contra toda imposición material ó de fuerza. Y sino ¿cuántos que fueron católicos por el bautismo, son hoy libre-pensadores, sin que por ello hayan sufrido dificultad alguna? ¿Cómo podría llamarse *yugo papal*, según frase protestante, la autoridad del Papa, que todo católico acepta voluntariamente y en virtud de sus convicciones?

Es necesario, en verdad, que el Papa sea un príncipe temporal, ó por lo menos, que no cese de reivindicar el poder temporal, para que no se sospeche que sus direcciones han sido inspiradas por los intereses particulares de tal ó cual país. Pero jamás ha sido cuestión de investirlo de una soberanía que le diese una fuerza material capaz de pesar, en un caso dado, sobre las decisiones políticas y religiosas de los pueblos.

No reina sino por la conciencia y en la conciencia, cuando la conciencia quiere escucharlo Es la suma libertad y su suprema garantía.

El Papa en cuanto representa la soberanía religiosa, no es un soberano extranjero para las naciones, porque no es acatado como soberano temporal para los asuntos nacionales y civiles; sino como soberano espiritual para los intereses morales y religiosos de la conciencia libre, que no tiene nacionalidad.

No existe pues, organización alguna que garanta más completamente á la vez, los intereses de los pueblos y la dignidad de los individuos. Y la historia nos enseña que las naciones católicas han sido grandes y fuertes, cuando vivían conforme á las leyes de su religión. Y esta es la suprema apología del catolicismo en la historia.